

La celebración de las Fiestas de Muertos en el Estado de Oaxaca

Una aproximación histórica



Salvador Sigüenza Orozco
Coordinador

La celebración de las Fiestas de Muertos en el Estado de Oaxaca

Una aproximación histórica

Salvador Sigüenza Orozco
(Coordinador)



GOBIERNO DE
MÉXICO

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Oaxaca
JUNTOS CONSTRUIMOS EL CAMBIO



SECULTA
Secretaría de las Culturas y
Artes de Oaxaca

PRODICI

Programa para el Desarrollo Integral de las
Culturas de los Pueblos y Comunidades Indígenas

398.97274
C454C

La celebración de las Fiestas de Muertos en el Estado de Oaxaca. Una aproximación histórica / Salvador Sigüenza Orozco, coordinador.

México: Gobierno del Estado de Oaxaca, Secretaría de las Culturas y Artes de Oaxaca, Programa para el Desarrollo Integral de las Culturas de los Pueblos y Comunidades Indígenas, 2019.

224 páginas: fotos [b/n]; 22 cm.

Ritos y ceremonias fúnebres - Oaxaca (Estado) – Historia.

Indios de México - Oaxaca (Estado) – Cultura.

Oaxaca - México – Vida social y costumbres.

Sigüenza Orozco, S. Coordinador.

Diseño editorial: INTER ESTUDIO

Ilustraciones: Daniel Hernandez

D.R. 2019 Secretaría de las Culturas y Artes de Oaxaca. Calzada Madero N° 1336, esquina Avenida Tecnológico, Col. Linda Vista, Oaxaca, Oax. C.P. 68030.

© Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: En trámite
Impreso en México.

“Este Programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.”

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero. *Secretaria de Cultura*

Mardonio Carballo Manuel. *Director General
de Culturas Populares, Indígenas y Urbanas*

José Enrique Pérez Franco. *Dirección de
Desarrollo Regional y Municipal*

SECRETARÍA DE LAS CULTURAS Y ARTES DE OAXACA

Alejandro Murat Hinojosa. *Gobernador Constitucional
del Estado Libre y Soberano de Oaxaca*

Adriana Aguilar Escobar. *Secretaria de
las Culturas y Artes de Oaxaca*

Alejandro Edi Rivera Ramírez. *Director de
Conservación y Divulgación Cultural*

Contenido

- 13 Presentación**
- 15 Introducción**
Salvador Sigüenza Orozco
- 21 Los ritos fúnebres y la
celebración del Día de Muertos
en la época novohispana**
*Huemac Escalona Lüttig y
Selene García Jiménez*
- 23 Prácticas funerarias entre mixtecas y
zapotecas de los siglos XVI y XVII
- 27 Testamentos de caciques
- 30 Funerales de clérigos y comerciantes de
Antequera del Valle
- 39 Un cuadro de ánimas de
Santa Catarina Tayata
- 46 Las ofrendas para los muertos
- 51 Comentarios finales

53 Algunas anotaciones sobre la muerte en Oaxaca durante el siglo XIX

55 **Los panteones civiles.**
Salvador Sigüenza Orozco

64 **La fiesta de los difuntos**
Félix Romero.

68 Apuntes sobre el sentido de la muerte entre pueblos y comunidades durante el siglo XX

71 **Chatinos**

79 **Chinantecos**

89 **Chocholtecos**

90 **Chontales**

94 **Cuicatecos**

100 **Huaves**

110 **Mazatecos**

120 **Mixes**

133 **Mixtecos**

143	Triquis
148	Zapotecos
184	Zoques
193	Afromexicanos
197	Oaxaca de Juárez
215	Fuentes

Presentación

Este libro reúne un conjunto de textos y artículos con la finalidad de que el lector tenga una aproximación histórica a la celebración de las Fiestas de Muertos en Oaxaca; contiene ciertos elementos de la época prehispánica, las formas de realizar los ritos fúnebres en el periodo novohispano, datos generales del siglo XIX y una compilación de diversos estudios etnográficos sobre ritos funerarios y prácticas de recuerdo en ciertas comunidades indígenas de Oaxaca durante el siglo veinte, al final agrega notas de prensa sobre la celebración en la capital del estado.

El trabajo propone conocer, en forma parcial y representativa porque la información disponible es vasta, el complejo proceso de articulación de dos tradiciones culturales sobre la muerte, sus implicaciones y sus expresiones materiales y culturales. Así, la reconstrucción e interpretación del tema realiza un recorrido diacrónico en cuya articulación se recurrió a diferentes fuentes: archivos, crónicas virreinales, memorias, trabajos etnográficos y antropológicos, periódicos y revistas.

Las diversas aportaciones que se incluyen en este volumen, cuya finalidad es educativa y cultural, son cortesía de diversas personas e instituciones. Agradecemos el respaldo del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de sus autores. Asimismo, se consideraron algunos escritores oaxaqueños de las regiones, como Jacobo Dalevuelta, Alejandrina Pedro Castañeda, Tomas García Hernández, Roger Merlín Arango, Hilario Concepción Roque y Mario Molina Cruz.

Esperamos que este trabajo contribuya a la difusión de la diversidad cultural y a la preservación del patrimonio inmaterial de Oaxaca.

Adriana Aguilar Escobar

Secretaria de las Culturas y Artes de Oaxaca

Introducción

Salvador Sigüenza Orozco

CIESAS Pacífico Sur

Las celebraciones de muertos en México y en especial en el área mesoamericana tienen una profundidad histórica y un conjunto de manifestaciones diversas, que son resultado de la pluralidad cultural y geográfica del territorio. Los ritos que permiten curar la pena por perder a alguien son agrupados por Mendoza Luján en: ritos funerarios y ritos de recordatorio. Los primeros se efectúan al perder a una persona con la que se comparten experiencias, y se realizan “... a partir de su muerte hasta el momento de llevarlo al lugar destinado para su cuerpo-cadáver:” Una vez superada esta etapa, suceden los ritos de recordatorio, que son los que “... permiten la trascendencia y convivencia del difunto con los vivos.” Es decir, se trata del proceso de recordar el significado y la trascendencia de las personas; en estos ritos se encuentran los aniversarios mortuorios y los días de muertos (Mendoza, 2006: 29). En tanto, Elsa Malvido afirma que las ceremonias y rituales del día de muertos “... son netamente españolas, coloniales, cristianas

y en algunos casos romanas paganas, enseñadas por frailes, curas y otros europeos a los indios y mestizos.” (2006: 45) Asimismo, considera que existieron dos momentos durante los cuáles las celebraciones tuvieron cambios significativos: la separación de la Iglesia y el Estado con las Leyes de Reforma en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la muerte pasó al control y registro del Estado civil y la gente empezó a ser inhumada en los panteones civiles o privados; el otro, más tardío, creado por la ideología cardenista que se basó en la recuperación de elementos de lo que se consideraba auténticamente mexicano.

Cabe señalar que en la tradición católica la muerte tiene un peso muy importante. Los cementerios y el entierro se insertan en el concepto medieval de resurrección y celebración de la memoria de hombres buenos, nobles y sacrificados; es decir, los santos y los mártires. La celebración de Todos los Santos el primero de noviembre, fue promovida en el siglo XI por el abad de Cluny y aceptada dos siglos después por la iglesia romana; posteriormente, el Concilio de Trento (1545-1563) reforzó dicha celebración. En ese día se exhibían las reliquias y los tesoros para que los creyentes ofrendaran oraciones y obtuvieran el perdón por sus pecados, y de esta manera evitar el sufrimiento en la otra vida. Así, no es complicado entender que, en un contexto de temor a la vida eterna en el infierno y el sufrimiento que implicaba, el día de Todos los Santos era una celebración muy concurrida que acumulaba ofrendas. Debido a que algunas reliquias eran huesos, cráneos y esqueletos; en ciertos sitios católicos de la península ibérica y en Italia empezaron a elaborarse dulces y panes que las imitaban, de ahí el nombre de huesos de santo con el que actualmente se conocen. De hecho y como señala Malvido, muchos de esos alimentos se bendecían en las iglesias y eran llevados a las casas, donde se colocaban en las mesas junto a las imágenes de los santos; se consideraban una ofrenda protectora. Algunas de esas reliquias llegaron a México con la conquista. La peste que arrasó gran parte de la población europea en el siglo XIV propició que el calendario cristiano dedicara el 2 de noviembre para

orar por los Fieles Difuntos. Hacer un día de luto permitía adornar las calles e iglesias con colores negros.

Acerca de la forma en la que ambas celebraciones se articularon, Malvido señala que “... desde el siglo XVIII en México, se tornaron en una danza macabra que duraba dos días enteros y continuó trastocada en una fiesta Popular en la Ciudad de México durante todo el mes de noviembre, conociéndose como el ‘Paseo o Verbena de Todos Santos’, o -en un solo documento muy tardío del México independiente- el “Paseo de los Muertos”. (2006: 50). Es importante señalar que las ceremonias y las costumbres funerarias cambian, los rituales se modifican y algunos perecen.

A consecuencia de las epidemias de cólera en la primera mitad del siglo XIX, las autoridades mexicanas decidieron que los muertos se exhumaran fuera de las iglesias y lejos de los poblados, de ser posible en sitios elevados, para que el viento dispersara los hedores y se evitaran posibles contagios. Así, la peculiar frase ‘visitar a los muertos’ se convirtió en un paseo para ir a colocar las ofrendas en los ahora lejanos cementerios, de esta forma se adornaban los sepulcros. Por las distancias que la gente habría de recorrer, empezaron a surgir puestos de comida y bebida, que también eran llevadas a los panteones donde, por el hambre y la sed, se consumían en la tumba del finado que se visitaba. “La visita a las reliquias ocasionaba verdaderas verbenas populares, pues a la entrada de los templos se instalaban puestos de golosinas, buñuelos, aguas frescas y principalmente de pan y alfeñiques que hacían la delicia de quienes los saboreaban.” (Bazarte, 2006: 61).

El largo proceso de evangelización generó un sincretismo entre las prácticas religiosas mesoamericanas y las celebraciones católicas, las adaptaciones y modificaciones propiciaron un complejo ceremonial único (Todos Santos / Fieles Difuntos), con formas católicas y contenidos indígenas, llamado popularmente Día de Muertos (Conaculta, 2005). El Día de Muertos se trata de una celebración íntima

y familiar, cuyos elementos más visibles en la actualidad son: la elaboración de alimentos, la visita a los cementerios y la realización de ofrendas domésticas (flores, velas, copal, bebidas, alimentos), mediante altares familiares colocados en una habitación principal. Ahí se ponen imágenes de santos y fotos de los difuntos familiares. Los muertos consumen los alimentos de los altares domésticos, los vivos se alimentan en los cementerios junto a las tumbas.



Los ritos fúnebres y la celebración del día de muertos en la época novohispana

Huemac Escalona Lüttig

Posdoctorante IIH /UNAM

Selene García Jiménez

Biblioteca Francisco de Burgoa/UABJO

La llegada de los españoles y la cristianización de las sociedades indígenas transformó las prácticas rituales y celebraciones en torno a la muerte que desde la época prehispánica tenían lugar en las distintas regiones de lo que hoy es el estado de Oaxaca. La mayoría de los grupos indígenas habían estado acostumbrados a convivir con la muerte en el contexto de los conflictos armados y el impacto de fenómenos naturales. Sin embargo, una nueva forma de morir se hizo presente a partir de la colonización europea. Nos referimos a la muerte masiva de personas causada por las epidemias. Un suceso de esas magnitudes no había sido experimentado antes por las poblaciones mesoamericanas e impactó de manera contundente, no solo en la desaparición de asentamientos

enteros, sino también en cómo los supervivientes reorganizaron sus sistemas de creencias.

Los pueblos mesoamericanos tenían integrados a su cosmovisión los conceptos de la vida, la muerte y el resurgimiento. Los tres elementos formaban parte de un ciclo que se caracterizaba por ser un proceso de transformación constante sin principio ni final. En otras palabras, se consideraba que la muerte no cerraba un ciclo, sino que era el comienzo de otro, es decir, un devenir continuo (Barba, 2004: 10). Eso justificaba la importancia de los ritos funerarios.

En el pensamiento del México antiguo, la interpretación de la fase de transición entre la muerte y una existencia posterior dependía de la manera en la que la persona había fallecido. En tal caso las exequias estaban diseñadas de acuerdo con ciertos parámetros. Así, por ejemplo, aquellos que morían ahogados o fulminados por un rayo se enterraban completos y se creía que sus almas estaban destinadas a gozar de un paraíso acuático, denominado *Tlalocan*. Los fallecidos de manera natural eran incinerados y sus almas iban al *Mictlán*, lugar de los muertos. Los muertos en la guerra y las mujeres fallecidas en el parto también se incineraban, aunque con mayor solemnidad. Sin embargo, el rito fúnebre que más destacaba eran las lujosas exequias de los dirigentes nobles, los cuales no solo integraban el simbolismo tradicional mortuario sino también una serie de elementos de carácter político y diplomático, cuyo objetivo era legitimar a la clase gobernante (Valero, 2004: 244). En Oaxaca, la arqueología ha mostrado que en regiones como la Mixteca los dirigentes eran enterrados por sacerdotes a medianoche en cuevas o sótanos excavados en los campos o en los montes fuera del pueblo. Estos “sótanos” eran una especie de pozos cavados en la tierra y sellados posteriormente con una gran piedra. El cuerpo del difunto se colocaba de forma sedente y se envolvía en un petate atado con mecates, mientras que “su cara se cubría con una máscara de madera adornada con mosaicos de turquesa y concha”. Por su parte la gente

más humilde enterraba a sus muertos ya fuera debajo de sus casas o en el patio de las mismas (Lind, 2008: 21, 29).

Después de la conquista, los misioneros y sacerdotes católicos trataron de borrar cualquier rastro de las religiones locales. Uno de los aspectos que intentaron suprimir fue la cremación de los cadáveres. Se ordenó que todos los cuerpos debían ser enterrados sin excepción. Además, se indicó que sin importar que el difunto hubiera dispuesto el lugar de su sepultura y la forma de organizar sus funerales, todos los entierros ya no debían efectuarse en los patios de las casas sino en lugares consagrados, tales como los templos, los atrios de las iglesias o cementerios (Valero, 2004: 245). A pesar de las prohibiciones, muchos elementos y ritos prehispánicos se mantuvieron de forma clandestina o fusionados con las ceremonias católicas. Ese fue el caso de la fiesta prehispánica de los muertos, cuya celebración en el mes de noviembre coincidió con el correspondiente al ritual católico de Todos los Santos y los Fieles Difuntos. Por ello, el objetivo de este texto es mostrar algunas prácticas culturales relacionadas con la muerte durante la época virreinal en la entonces provincia de Oaxaca.

Prácticas funerarias entre mixtecas y zapotecas de los siglos XVI y XVII

Poco antes de la llegada de los españoles a la Mixteca, los altos dirigentes de la región, tras morir, eran envueltos en mantas o petates en posición sedente. En la parte exterior del envoltorio se colocaba una máscara de jade o turquesa, que evocaba el rostro de la persona. A pesar de la cristianización de los indígenas por parte de los frailes dominicos, esta práctica se conservó a inicios de la época virreinal.

Así, en Yanhuitlán, cuando doña Ana —esposa del cacique Francisco— murió, los sacerdotes indígenas cortaron un mechón de su pelo y lo amarraron a una máscara de turquesa; le pusieron una piedra

preciosa en la boca, la envolvieron con mantas, colocaron la máscara sobre el envoltorio, comieron frente a ella e hicieron el mismo tipo de sacrificios que antes habían hecho frente a las imágenes sagradas. Entre la población se rumoraba que don Francisco había guardado los bultos mortuorios de sus padres y esposa en una cueva. En los años cuarenta del siglo XVI, en el mismo Yanhuitlán, el cacique don Domingo de Guzmán aún ofrecía banquetes y sacrificios anuales a su difunto tío, antiguo *yya toniñe* [señor gobernante] (Terraciano, 2013: 420).

A mediados del siglo XVI, fray Benito Hernández, autor de la primera doctrina en lengua mixteca, encontró un grupo de envoltorios mortuorios enmascarados en una cueva ubicada en lo alto de una montaña llamada Cumbre de Cervatillos, cerca de Achiutla. Los bultos, ricamente vestidos y adornados con joyas y cuentas de jade, estaban en fila sobre bancos de piedra pegados a una pared. Al acercarse a los cuerpos, el fraile se percató de que algunos correspondían a caciques locales muertos recientemente, a quienes él tenía por “buenos cristianos”. Más adentro de la cueva había nichos en las paredes, figuras de metales preciosos, objetos de madera labrada y lienzos de tela con jeroglíficos. El recinto era una especie de tumba colectiva muy similar a los entierros prehispánicos (Terraciano, 2013: 409).

Ya en el siglo XVII, el clérigo Gonzalo de Balsalobre (2008: 225-226) registró las prácticas fúnebres entre los zapotecas de Sola, pueblo ubicado en la sierra sur del actual estado de Oaxaca que hoy recibe el nombre de San Miguel Sola. El cura describió que apenas acaecía la muerte, el cadáver era lavado con agua fría. Si se trataba de una mujer se le peinaba y los cabellos eran atados con una cuerda blanca de algodón. Después, el cuerpo era amortajado con las vestiduras más nuevas. Se solía poner dos o tres pares de enaguas y huipiles, según la capacidad económica de cada familia. Encima de la ropa se colocaba la mortaja ordinaria, bajo la cual se ponían piedras pequeñas amarradas en un paño. Los parientes del difunto consultaban al



curandero local sobre la muerte de su familiar. Éste echaba suertes con trece maíces, en reverencia de trece dioses, y ordenaba una penitencia para los dolientes.

Al fallecer un hombre se acostumbraba que los parientes más cercanos, durante nueve días, no vistieran ropa limpia, tampoco debían tomar nada con la mano, ni extenderla a otra persona; además tenían que observar abstinencia sexual. Si se trataba de una difunta, el ritual era el mismo, pero solo durante ocho días. Después de ese periodo, los deudos debían ayunar durante uno o dos o tres días, según lo determinado por los maíces del curandero. En la mayoría de los casos, los parientes debían conseguir perros, gallinas o guajolotes, y copal para realizar una ofrenda durante el último día de ayuno. El curandero acudía entonces a la casa del difunto y de ahí se dirigía a las afueras del pueblo con una o dos personas, las más cercanas en parentesco al fallecido. En un lugar determinado hacían uno, dos o tres hoyos, uno detrás de otro. Dentro de cada agujero se echaban trece trozos de copal, después, uno de los familiares degollaba a uno de los animales elegidos y rociaba con un poco de sangre el copal; el resto del líquido se vertía en uno de los hoyos. En el borde de cada agujero se colocaba un pedazo de copal sin sangre y se quemaba, después se echaba dentro al animal sacrificado. Cabe puntualizar que si se trataba de una gallina grande se llevaba a la casa del difunto para cocinarla y servirla a todos los que habían ayunado.

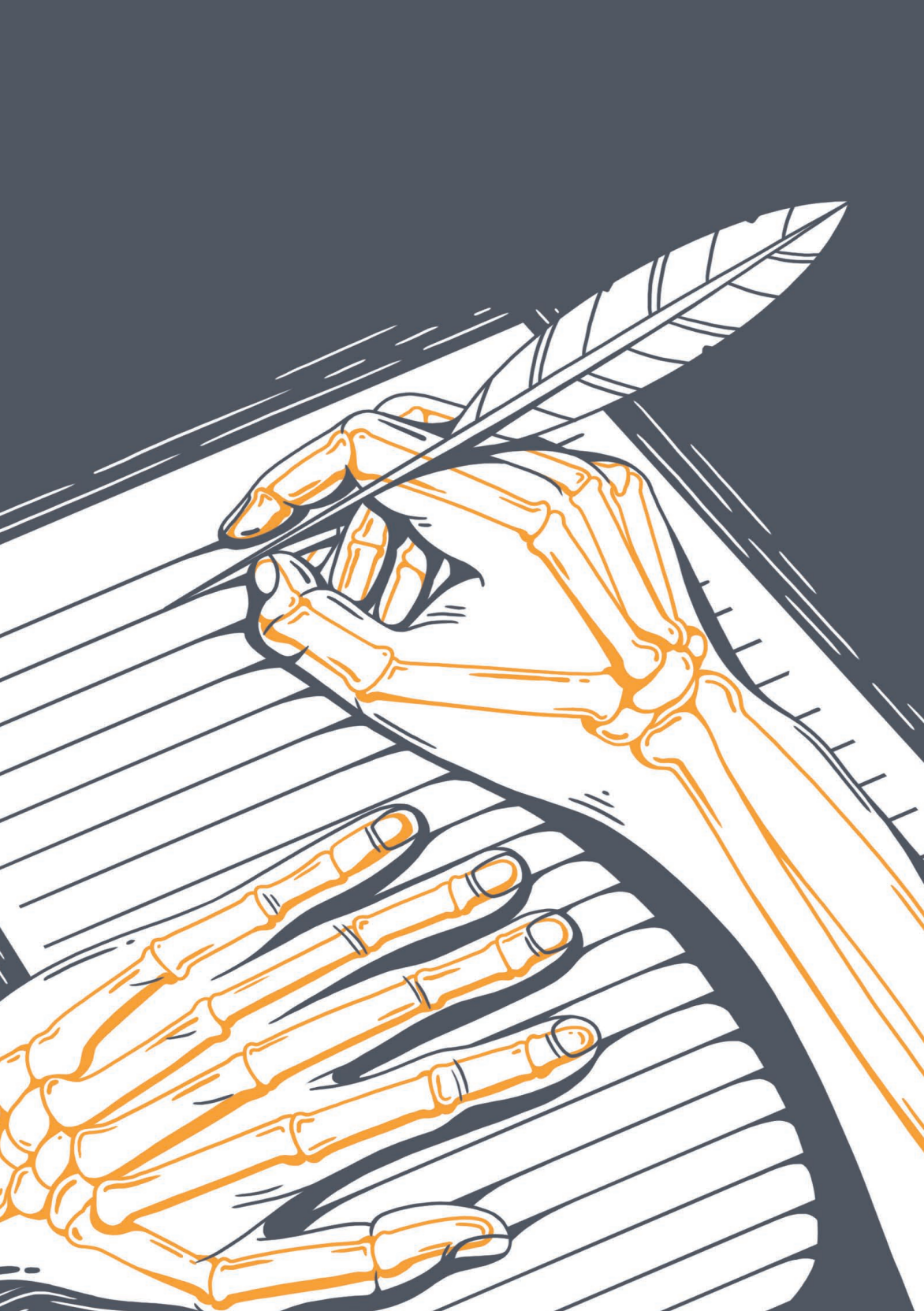
Según Balsalobre, los agujeros se cubrían con tierra y se recitaban las siguientes palabras: “Este sacrificio ofrezco al demonio por este difunto, conviene saber, al dios del infierno y a la diosa, su mujer, y a tal, y a tal dios”. Después, los involucrados en el ritual volvían al pueblo, a la casa del fallecido, donde cenaban. El objetivo de todo esto era bloquear el camino a las enfermedades y a la muerte, o sea, evitar que llegasen a la casa de los deudos del fallecido. Balsalobre señaló que otras veces, después de la penitencia y el ayuno, el ritual completo se realizaba en el mismo aposento donde había expirado la persona.

En la sierra norte se realizaba un ritual similar que incluía nueve días de ayuno. Cabe decir que el nueve estaba relacionado con igual número de divinidades del inframundo mesoamericano. En aquella región también se bañaba a los difuntos antes de amortajarlos y se les colocaba *metalotaxe*: una mezcla de siete tortillas de maíz crudo y diez granos de cacao. Después se ofrecían una o dos gallinas, cuya sangre era rociada sobre copal en combustión. Posteriormente, las aves sacrificadas eran guisadas y se colocaban sobre la sepultura del difunto, con ello se evitaría cualquier daño a los vivos. Otras veces, el guiso era entregado a quienes habían cantado los responsos (Zilberman, 1998: 156).

Testamentos de caciques

La cristianización de los indígenas incluyó que éstos redactaran testamentos (Menegus 2005: 518). El testamento se consideraba una práctica de devoción y el objetivo del testador no era solamente arreglar sus asuntos temporales, sino también determinar las condiciones de su sepultura y reparar, en lo posible, errores u omisiones del pasado. Casi todos los testamentos se ocupaban, en primer lugar, de lo que debía hacerse tras la muerte del testador; y en segundo término, se enfocaban en los bienes y herederos. Muchos testamentos registran, además, las deudas que debían saldarse.

En general, el testador establecía las condiciones de su inhumación, el tipo de ceremonia religiosa y el número de misas que se ofrecerían por el descanso de su alma. Las misas podían ser rezadas o cantadas, perpetuas o temporales. Algunos altos dirigentes indígenas tenían una capilla propia en la iglesia del pueblo. Era común que los miembros de la élite indígena dispusieran en sus testamentos que parte de su fortuna se entregara como limosna para las cofradías a las que



pertenecían. Estas asociaciones ofrecían, en sus cartas de hermandad, una ceremonia fúnebre con música, túmulo y otros adornos. Algunas hermandades llegaban a ofrecer el toque de campanas en el momento de la agonía del cofrade para anunciar con ello su última presencia en la tierra.

Así, en 1758, don Juan Manuel Avendaño y Ximeno, cacique de Santo Tomás Ixtlán, pero radicado en Antequera del Valle, indicó que deseaba ser enterrado en la parroquia de su pueblo de origen, pues ahí descansaban los restos de sus padres. Sin embargo, si esto no podía cumplirse, facultaba a sus albaceas testamentarios para decidir el lugar de su inhumación. Los albaceas también eran responsables de las exequias y de que el día del entierro se cantara una “misa con diácono y subdiácono de cuerpo presente y con acompañamiento de vigilia” (AHNO, Escribano Thomás de Caña, 1758, libro 179, 59-59v).

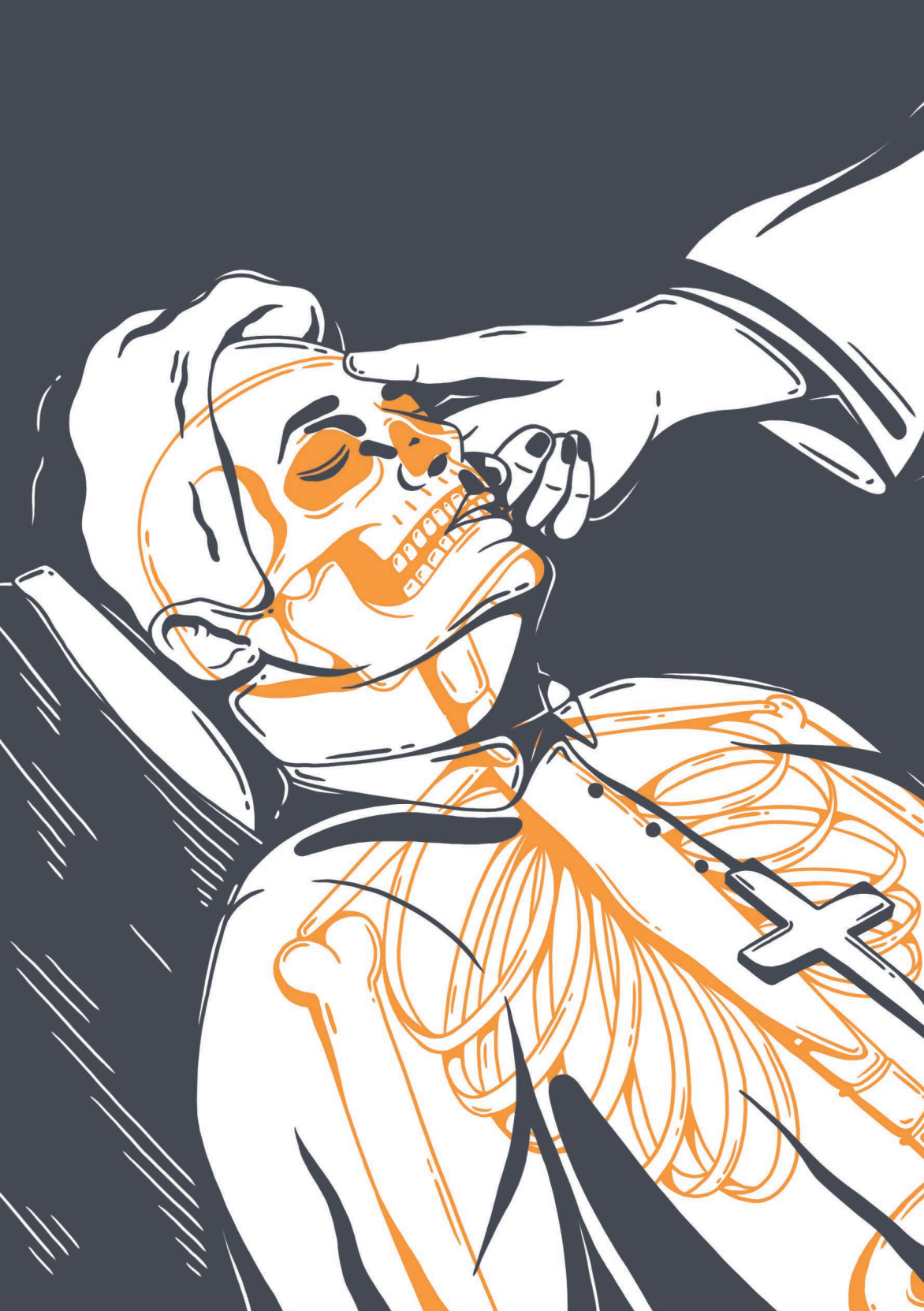
Por su parte, los mixtecas ponían especial atención en el cuidado y mantenimiento de sus imágenes cristianas, es decir, de los santos, vírgenes y cristos. En consecuencia, una parte importante de cualquier testamento tenía que ver con la donación de dinero para las imágenes sagradas de la iglesia local. Puesto que los templos albergaban muchos santos, las donaciones testamentarias podían alcanzar una suma considerable. Los mixtecas acaudalados ofrecían monedas de gran valor, mientras que los pobres se las arreglaban para dejar unos cuantos tomines —la fracción más pequeña de la moneda novohispana—. Algunas veces se donaba más dinero del que realmente se tenía, así que los parientes de algunos difuntos terminaban endeudados. La gente depositaba monedas en las urnas de los santos, que eran usadas para pagar su fiesta anual, en la cual se daba de comer a los vecinos del pueblo o, al menos, a aquellos que pertenecían a la cofradía encargada del santo en cuestión. Se puede decir que las ofrendas realizadas a los santos se convertían en comida y bebida para los pobladores.

En 1672, don Gerónimo García y Guzmán, indígena principal de Teposcolula, dejó dinero para un santo Cristo mixteco y para otro “español”. En esa época había cinco imágenes de Cristo en la iglesia del mencionado lugar. Don Gerónimo también legó recursos para tres imágenes distintas de la Virgen: de la Soledad, del Rosario y otra sin especificar, que se encontraba debajo del coro. En ocasiones, los indígenas donaban dinero para imágenes o recintos dentro de las iglesias vinculadas con la población española. Así, por ejemplo, en 1726, Petrona Calderón dejó un donativo para *satnu animas yya castilla*, es decir para la caja de “las almas de los españoles en el purgatorio” (Terraciano, 2013: 469). Mientras que otros legaban parcelas de tierra a algún santo. Por ejemplo, doña Josefa de Salazar, quien tenía muchas imágenes de santos en su casa, había dedicado a ellas varias de sus tierras. En su testamento, fechado en 1759, dividió el patrimonio de su difunto esposo de la siguiente manera: una parcela y su casa para los santos y algunas tierras para cinco herederos.

Los ejemplos anteriores hacen referencia a prácticas funerarias entre zapotecos y mixtecos, en el siguiente apartado nos acercaremos a los rituales en torno a la muerte llevados a cabo por otros sectores de la población oaxaqueña.

Funerales de clérigos y comerciantes de Antequera del Valle

Los habitantes del obispado de Oaxaca veían la muerte con mucha familiaridad, de tal forma que estaba incorporada a su existencia, a sus pensamientos, o a sus actitudes vitales. Mucho de ello se debía a la doctrina cristiana que vinculaba a los vivos con los difuntos, a los seres de la tierra con los del purgatorio y los del cielo (Curiel y Rubial, 2002: 35). El rito católico incluía la preparación para la muerte.



Por ejemplo, en el caso de los enfermos terminales se practicaba la unción que consistía en el ritual final con que la Iglesia ayudaba a sus feligreses a luchar en sus últimos momentos por la salvación de su alma. Este ritual también se conocía como extremaunción o sacramento de los moribundos y se le atribuía la cualidad de sanar el alma del enfermo agonizante. La agonía constituía un trance compartido por el mundo de los vivos y de los muertos, “en el cual se justificaba la vida, se trataba de enmendar los yerros del pasado, se confesaba y recomendaba, se padecían los últimos momentos de dolor y se vislumbraba el paso hacia el más allá” (Zárate, 2002: 374). Este último episodio de la vida del enfermo solía involucrar a muchas personas convocadas por la proximidad del deceso.

En la literatura de la época sobre la “buena muerte” se recomendaba officiar una misa para pedir la gracia del bien morir. Al inicio de la agonía, uno de los acompañantes debía encomendar su alma, otro echaba continuamente agua bendita sobre el yaciente, sobre la cama y en toda la habitación, al mismo tiempo alguien se encargaba de rezar tres veces el Credo mientras otros más leían oraciones devotas. La agonía era acompañada a su vez del sonido de campanas para indicar la inminencia de la muerte e invitar a todos los fieles a rezar por el sufriente (Zárate, 2002: 375).

El sacramento se complementaba con otras ceremonias efectuadas después de la muerte: el duelo, el entierro y las exequias. Todas ellas integraban una ceremonia mayor que recibía el nombre de sepultura eclesiástica, a través de la cual se manifestaba la creencia en la resurrección de los cuerpos. Este rito además de dar sentido a la existencia del purgatorio y a prácticas que facilitaban a la Iglesia alargar su influencia más allá de la muerte, radicaba en adoctrinar a los vivos recordándoles la omnipresencia de la muerte y la imperiosa necesidad de prepararse cristianamente para recibir su llegada (Lugo, 2005: 575).

Cabe decir que las órdenes mendicantes tuvieron una influencia importante en el ritual mortuorio. Muchos difuntos se enterraron con el atuendo que portaban los frailes franciscanos y agustinos principalmente. Respecto a los primeros, Justina Sarabia (2002: 220) indica que su hábito había recibido muchas indulgencias de varios Papas. En otras palabras, el fundador de los franciscanos, San Francisco de Asís, gozó de gran popularidad ya que se le llegó a considerar como un “segundo Cristo encarnado”. Además, tenía un carácter intercesor para las almas del Purgatorio. A todo ello se unía la manera de ser humilde, tan propia de estos frailes, deseo que todos –tanto ricos como pobres– querían asumir a la hora de la muerte.

Encontramos también que varias personas de cierta relevancia solicitaban que se les cantase misa de réquiem, con diácono y subdiácono, ofrendada de pan, vino y cera, cuya limosna se pagaba de sus bienes. Para ello se colocaba el difunto sobre un catafalco en el centro del crucero, con los pies dirigidos hacia el sagrario, rodeado de cuatro cirios en los ángulos. El acompañamiento que llevaba el fallecido respondía al rango social y económico que tuviese. Otro aspecto significativo era la manifestación de la piedad, la cual estaba arraigada a la pertenencia a una o varias cofradías establecidas en los templos conventuales y parroquias. Estas además de dar cabida a los actos relacionados con el culto público, “solían impregnar la vida doméstica y prolongar en el ámbito familiar las devociones particulares, muchas veces como forma de vida y también de preparación para la muerte. Al momento de testar era habitual que se hiciera referencia a voluntades postreras relacionadas con las cofradías de pertenencia.” (Sarabia, 2002: 222)

En ese tenor, la muerte de un obispo implicaba una serie de medidas que debían llevarse a cabo, sobre todo porque era la máxima autoridad de la iglesia en las provincias. Veamos el rito fúnebre de unos de los patriarcas de Oaxaca en el siglo XVII. El 26 de enero de 1678, como a las diez y media de la noche se anunció que el prelado de la ciudad de Oaxaca, Tomás de Monterroso había muerto. Una vez

reconocida su muerte, se anunciaba al público la noticia y se preparaba el cuerpo para su exhibición con el objetivo que la sociedad fuera partícipe del correspondiente rito funerario. Contamos con una descripción de la época la que nos indica que: “vide el cuerpo de su majestad reverendísima tendido a lo largo en una cama vendado por las barbas muerto naturalmente a la que pareciera y sin aliento ni respiración vital” (Exequias de Monterroso, 1678, f. 9).

Siguiendo con los preparativos funerarios, se procedía al embalsamamiento del cuerpo. En el caso del difunto prelado, se le pagó al médico y cirujano la cantidad de 800 pesos. Así el cuerpo del obispo fue depositado en un féretro donde permaneció por tres días. Monterroso había dejado la indicación de que se le rezaran todas las misas posibles antes de ser enterrado, en consecuencia, se realizaron en total ciento noventa y cuatro misas durante los tres días que estuvo expuesto el cuerpo. Además de ello, se hizo acompañar su féretro de velas de cera de castilla y se repartió limosna entre los asistentes.

Se continuaba con las exequias que “son el conjunto de prácticas comunitarias que acontecen justo después del fallecimiento”. Con ello se buscaba mantener la presencia e imagen del difunto obispo en la memoria colectiva. En otras palabras, “estos ritos postreros se afirman en el deseo, súbito y momentáneo, pero también poderoso, de no olvidar al ausente: en hacer ver y sentir, por medio de evocaciones físicas, su permanencia en la memoria colectiva” (Morales, 2014: 18).

En ese tenor, uno de los medios idóneos para dejar en la memoria de los antequerenses la fama ganada por el obispo y las acciones realizadas durante su mandato, fue la elaboración de un túmulo de madera que junto con el ataúd y mesa tuvieron un costo de ochenta y nueve pesos y cuatro reales. Dicho túmulo se compuso de varios jeroglíficos, pinturas y la escritura de poesías que realizó el pintor Juan de Aragón. Todo el inmueble debió estar rodeado de candelabros que alumbraban el aparato efímero y que era de vital importancia dentro

del ritual funerario. Los elementos que acompañaban la ceremonia, sin dudarlo, activaron los sentidos de las personas que acudían a los funerales, ya que, por medio de la vista, las imágenes plasmadas en el túmulo tomaban sentido, el oído por la música que interpretaba la capilla y el olfato por el olor del incienso.

Por ello, no es extraño que fray Baltazar de Alcozer y Sariñana, en un sermón, indicara que “morir en paz, no se consigue, sino se muere adornado de virtudes”. Así según la costumbre de la época, cada obispo debía ser sepultado en paz con la debida “pompa en sus exequias fúnebres aparatos, copiosos llantos, y tiernas demostraciones” (Alcozer, 1700, p. 4v). En conclusión, la suntuosidad era parte fundamental en los entierros. Veamos otro caso.

En 1691 murió Pedro de Otálora Carbajal, arcediano del cabildo catedral de Antequera. Durante las exequias, el panegirista Antonio Saldaña y Ortega predicó un sermón en honor del difunto, a quien reconoció por haber sufragado la construcción del templo de la Soledad, donde se realizaron las exequias del clérigo (Saldaña y Ortega, 1691: 32). El orador se dirigió a la feligresía y le dijo: “Este es el ingenio de las abejas, nunca más sabias que cuando en la calavera de Onésilo, rey de Chipre, fabricaron sus mieles. Qué prodigiosos serían los panales destilándose sobre una imagen de la muerte de sus flores”. Antonio Saldaña citaba al sabio griego Heródoto para elogiar al difunto: al igual que las abejas, Otálora también produjo miel, que fue derramada en beneficio de Antequera en forma de obras piadosas, como el financiamiento de la basílica de la Soledad. Según el clérigo y escritor español Sebastián de Covarrubias, la miel conserva a los cuerpos de la corrupción, mientras que la abeja es símbolo de la limpieza y castidad. La cita de Antonio Saldaña bien se puede vincular con el emblema *Ex amaritudine dulcedo*, (Covarrubias, 1610: 7) en el que el cráneo es símbolo de la muerte y su amargura, mientras que las abejas son una alusión a la dulzura de la redención y la gloria eterna (Fig. 1). Entonces, el cráneo y las abejas referían a las virtudes del difunto y a la esperanza de que por sus

obras piadosas alcanzaría la gloria. Por último, la oración fúnebre recordaba: “No es otra cosa la muerte, que tememos, sino descanso, gozo y verdadera vida que comienza a vivir el hombre con descanso cuando muere” (Saldaña y Ortega, 1691: 6).

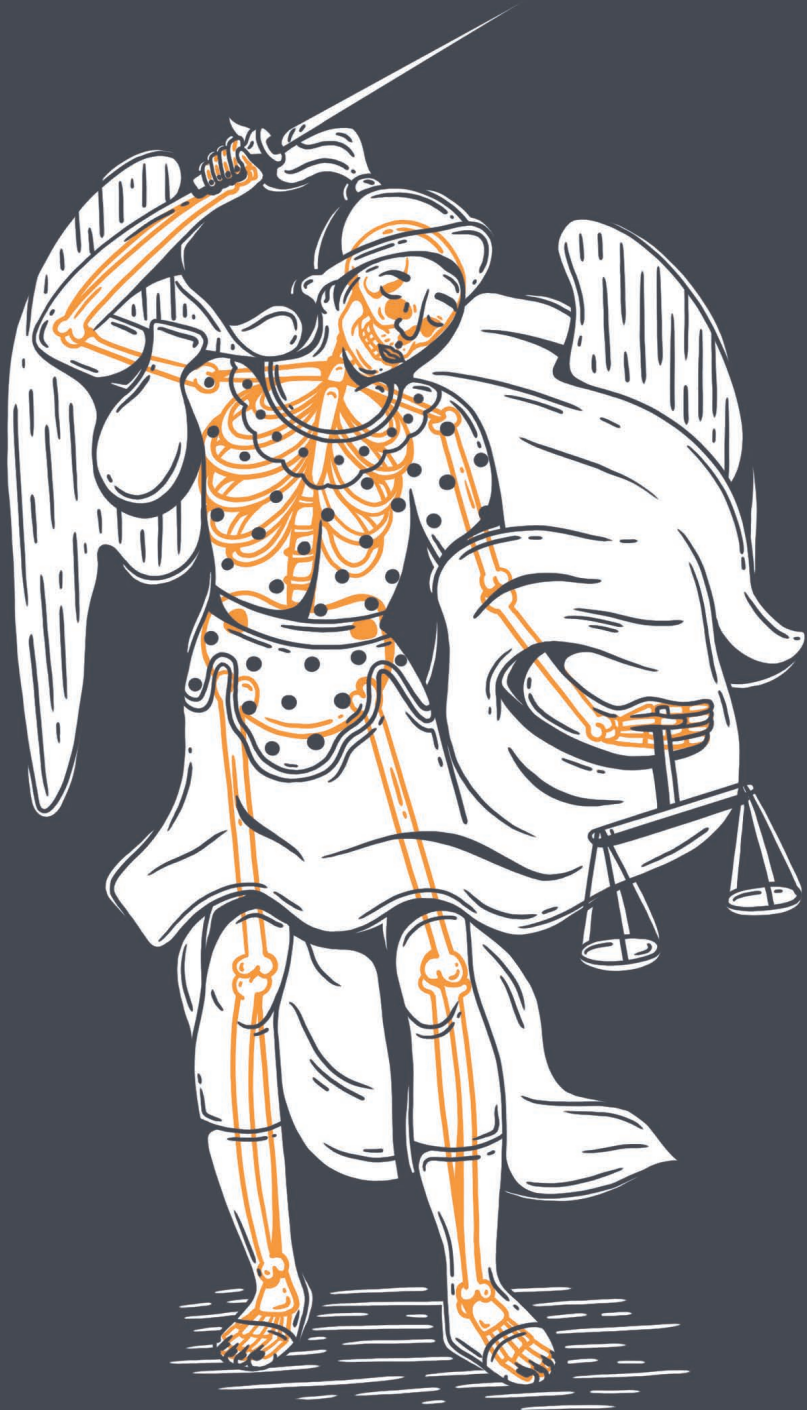


Figura 1. Sebastián de Covarrubias, *Ex amaitudine dulceo*. Foto: John C er Brown Library.

Aquí vale la pena indicar que las oraciones fúnebres eran “pequeñas obras literarias que se realizaban [...] sólo para las muertes distinguidas, y se imprimían unos cientos y a veces miles de ejemplares. En general estos impresos constan de una relación con la vida y la muerte del personaje (Rodríguez Álvarez, 2001: 6)”. No sabemos cuántas piezas se imprimieron del sermón dedicado a Otálora, pero algunos ejemplares se han localizado en acervos antiguos de bibliotecas de las ciudades de Puebla y México.

Pero no sólo los dirigentes de la Iglesia merecieron un sermón fúnebre, también acaudalados comerciantes tuvieron tal distinción. Por ejemplo, Manuel Fernández de Fiallo de Boralla (1631-1708), quien donó gran parte de su riqueza para el bien público de la ciudad de Antequera. El sermón que se predicó en las exequias de Fernández de Fiallo se titulaba *El arte de enriquecer*, y en él se ordenaba que el cuerpo del magnate debía ser sepultado en la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús. Muchos pobres de la ciudad asistieron a la misa fúnebre y entre “suspiros y lágrimas” lloraron la muerte de su benefactor. En su testamento, Manuel Fernández de Fiallo indicó que de su peculio se dedicaran dos mil pesos para los pobres que acudieran a la misa. De esta manera, “La muerte de algún bienhechor fue un acto ejemplar y vivido colectivamente con el fin de advertirle a los vivos la importancia de ejercitar las virtudes cristianas para alcanzar la gloria eterna y al mismo tiempo recordarles el carácter finito de la vida” (Cuadriello, 2012: 168).

El 6 de febrero de 1722 murió el capitán y comerciante Juan Gómez Márquez, sus albaceas Benito Crespo, Juan Francisco Gutiérrez, Francisco Martín Cuerva y don Manuel de Landeta, ante escribano público, señalaron que el difunto debía ser enterrado en la iglesia de la Santa Veracruz del convento de carmelitas descalzos (AHNO, Escribano José Álvarez, 1722, libro 33, 45v-46). Durante la inhumación, Benito Crespo y compañía indicaron que por voluntad del capitán se repartirían mil pesos de limosna a los pobres y que cumplido un año



debían celebrarse misas rezadas por el sufragio de su alma y otras más dedicadas a las ánimas del purgatorio.

Los ejemplos descritos anteriormente nos muestran que la muerte en la época colonial no era un evento privado, sino que también tenía un carácter público. La investigadora María Concepción Olgún señala que por las calles de las ciudades novohispanas era frecuente encontrarse “infinidad de espectaculares cortejos fúnebres, por donde transitaban las élites conduciendo el cadáver del lugar del duelo a la iglesia y de esta al cementerio, mientras que el pueblo ávido de espectáculos observaba silencioso el paso del doliente.” (Olgún, 1994: 20).

En la misma línea, encontramos que la fundación española de la ciudad de Antequera y el establecimiento de villas de españoles en las diferentes regiones de Oaxaca influyó en las prácticas culturales de aquellos pueblos asentados en su entorno, no solo en aspectos como el vestir a la usanza española por parte de las élites indígenas, sino también en la adopción de aspectos del ritual fúnebre español vinculado a personajes ilustres, esto con el objeto de distinguirse del resto de la población originaria. Los rastros de estas manifestaciones han llegado hasta nosotros, también, a través de la pintura novohispana. En el siguiente apartado mostraremos algunos detalles sobre el rito mortuorio a través de la imagen religiosa, sobre todo aquella relacionada con el purgatorio, y en el último apartado veremos la mezcla de elementos europeos e indígenas que se pusieron en práctica en algunas de las regiones indígenas oaxaqueñas.

Un cuadro de ánimas de Santa Catarina Tayata

La muerte no sólo propició rituales y sermones sino también la creación de obras pictóricas. A mediados del siglo XVI, la representación

del purgatorio era de lo más común en retablos de parroquias tanto urbanas como rurales (Morera, 1999: 58-63). En estas pinturas, los fieles podían ver a las almas que eran purificadas por el fuego, las que eran rescatadas por algunos santos y la celebración de las misas de difuntos para que las almas pasaran el menor tiempo posible en el purgatorio.

En la parroquia de Santa Catarina Tayata, ubicada en Tlaxiaco hay un cuadro dedicado a las ánimas del purgatorio (Fig. 2). La parte superior de la obra está dominada por Cristo, el Padre Eterno y el Es-



Figura 2. Anónimo. *Ánimas del Purgatorio*, Santa Catarina Tayata, Tlaxiaco. **Foto:** Catálogo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, sede Oaxaca.



Figura 3. Detalle de la balanza de San Miguel, en *Ánimas del Purgatorio*, anónimo. Foto. Catálogo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, sede Oaxaca.

píritu Santo, o sea, la Trinidad, que se encuentra flanqueada por la Virgen María y San José. En el centro está de pie el arcángel Miguel, quien sostiene una balanza, en cuyos platillos se miran dos almas, una en actitud piadosa de oración y otra en plena caída hacia el fuego purificador, mientras con la otra mano sujeta una espada (Fig. 3). A los pies del arcángel se representó una misa de difuntos. Frente a un altar decorado con un textil negro con cráneos y tibias blancas se mira una imagen de la Virgen del Rosario. Ante esta imagen, un sacerdote, acompañado por un diácono y subdiácono, realiza la consagración de la hostia. La Virgen del Rosario fue una de las devociones más socorridas para interceder por las ánimas del purgatorio. El fraile dominico Miguel Martínez decía que rezar el rosario era fundamental para ganar indulgencias y rescatar a las ánimas (Fig. 4).

En el costado derecho del altar se observa una mujer con velo blanco, a quien una pequeña inscripción identifica como Antonia Ortis. En el costado izquierdo fue representado un hombre con capa negra, a quien, también una inscripción señala como Domingo de los San-

tos. A un lado de Domingo fue pintado un jovencito, cuyo nombre es Domingo de la Cruz. Es probable que estos personajes fueran los caciques de Tayata, quienes pagaron la realización del lienzo. En la parte inferior de la escena se miran varias mujeres y hombres, entre quienes destaca un personaje, quien, arrodillado frente a un ataúd rodeado de seis velas alrededor, sostiene un libro y un rosario. Quizá se trate de un rezador.

Alrededor de la escena de la misa, se ven almas que son purificadas por el fuego y otras que son rescatadas por santos dominicos y franciscanos. San Vicente Ferrer y Santo Domingo de Guzmán utilizan un rosario para rescatar a las ánimas, mientras que San Francisco de Asís y San Antonio de Padua usan el cordón de su hábito (Fig. 5).

Ahora bien, el mencionado cuadro de ánimas permite ver una convivencia entre vivos y muertos. Esto se puede notar en la escena principal que alude al purgatorio, cuyo mensaje central es invitar al



Figura 4. Detalle misa de difuntos en *Ánimas del Purgatorio*, anónimo. Foto: Catálogo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, sede Oaxaca

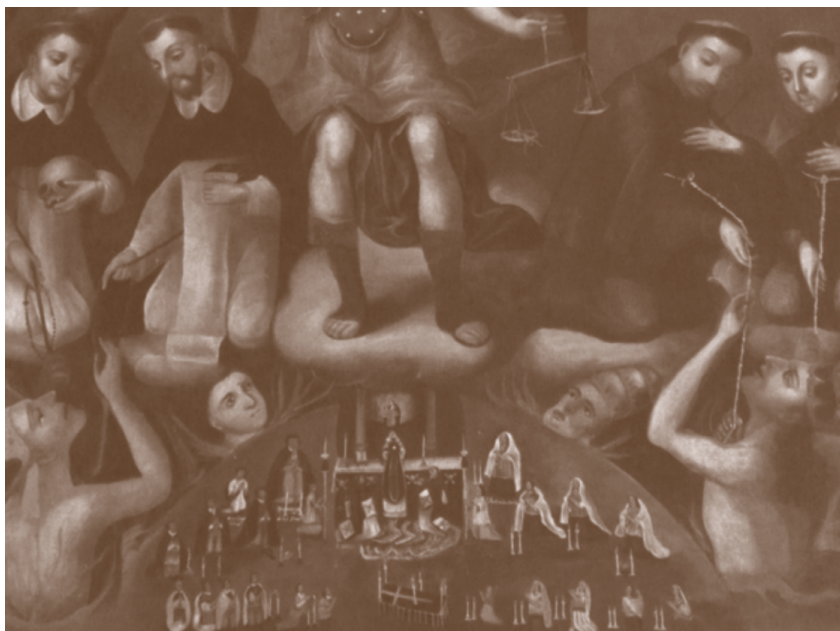


Figura 5. Detalle de santos en *Ánimas del Purgatorio*, anónimo. **Foto:** Catálogo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, sede Oaxaca.

cristiano a seguir una conducta acorde a las normas señaladas por la iglesia católica. En el mismo sentido, la obra muestra que mediante el sufragio de la misa sus almas podían ser rescatadas del fuego del purgatorio. Así, los devotos participaban del propio ritual a modo de espejo, pues veían esa escena y ellos mismos realizaban un acto similar y, seguramente, a su muerte alguien más rezaría por su alma dando lugar a un acto muy parecido.

Como indica el investigador Jaime Morera, en el misal hay cuatro tipos de misas de difuntos “una para el día de la conmemoración de los fieles difuntos, otra para celebrar *in die obitus*, el día del fallecimiento, la tercera para el día del aniversario y la cuarta para decir la todos los demás días” (Morera, 1999: 73). De esta forma la misa era parte fundamental dentro del ritual mortuorio y como tal se repre-

sentaba en los cuadros de purgatorio, ejemplo de ello es la escena que se incluye en el lienzo aquí descrito.

A diferencia de otras misas de difuntos, en la composición de la imagen que describimos no vemos las ofrendas que se colocaron en cuadros relacionados con este tipo de representaciones pictóricas. Una obra que sí incluye ofrendas es el cuadro del Juicio Final que se localiza en la parroquia de San Cristóbal Suchixtlahuaca. Observamos que en la predela de la pintura se representa una misa de difuntos celebrada por un sacerdote, apoyado por dos acólitos de fisionomía y vestimenta indígena, y en la que participan dos mujeres arrodilladas. Además de las personas involucradas, se mira una serie de objetos que se entregaban a manera de ofrenda. Se trata de dos bultos de grano —que serían utilizados después de la ceremonia—, un borrego, dos botellas —en cuyo interior podrían contener vino—, un comal de tortillas y unos panes (Fig. 6).

En palabras de la investigadora Perla Jiménez “la presencia de los alimentos y animales como posible ofrenda y pago en especie, evidencia el coste que necesariamente debía acompañar la partida de un difunto” (Jiménez, 2012: 222). Por la vestimenta y los rasgos fisonómicos, es factible que los representados sean los caciques del lugar, los indios “principales [que] exhiben la vigencia de sus privilegios y su autoridad terrenal como argumento comunitario y participación colectiva en una ceremonia pensada para el ‘más allá’, e incuestionada como elemento de salvación” (Jiménez, 2012: 225).



Figura 6. Detalle de la misa de difuntos en Retablo de Ánimas, 1709, de Miguel de Mendoza. Reprografía de *Ciclos pictóricos de Antequera-Oaxaca, siglos XVII-XVIII*, 2012, p. 215.

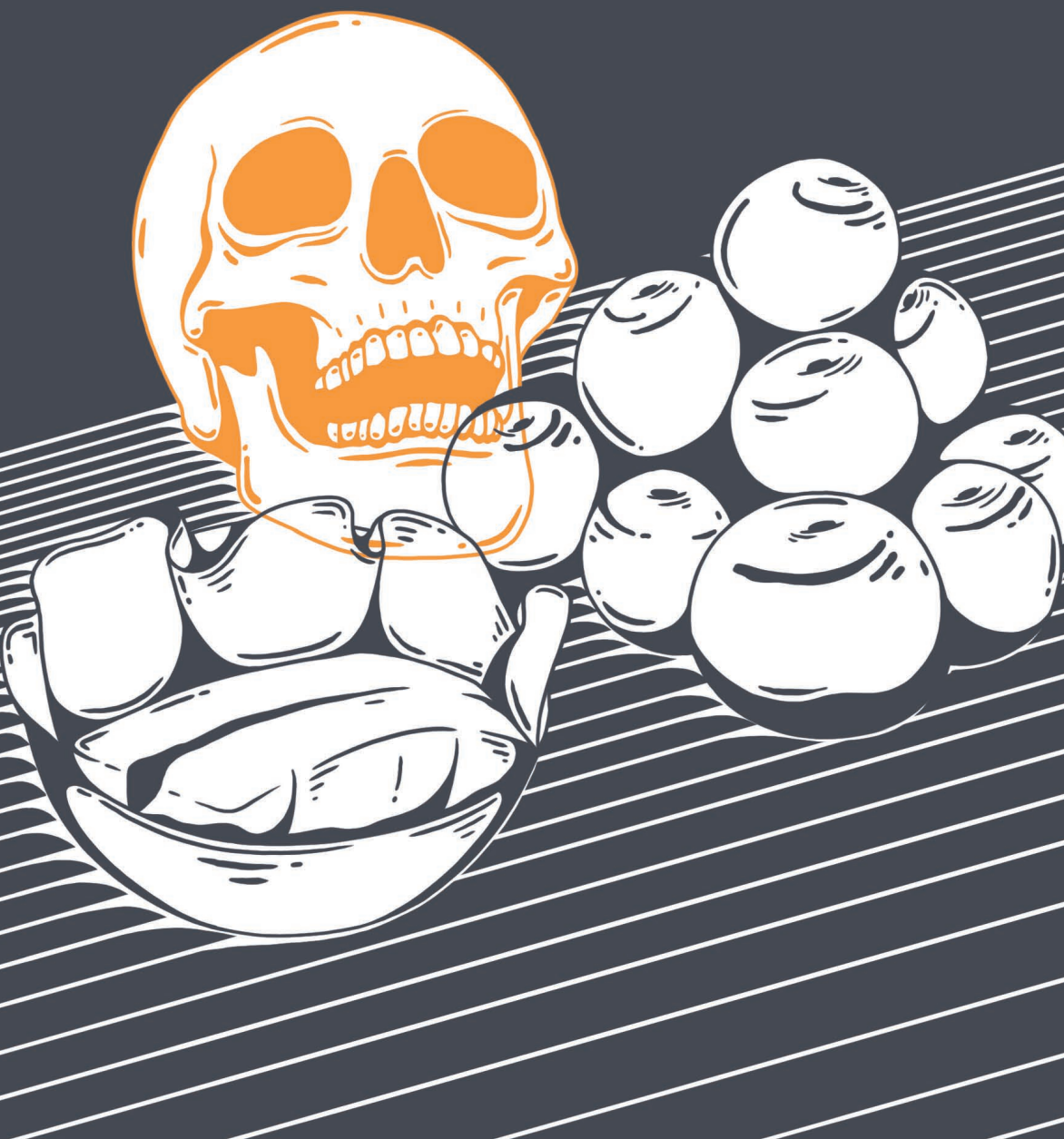
Así, el investigador Jaime Morera señala que, en la religión católica, las ofrendas a los difuntos tenían su referente directo en el libro de Tobías: “Esparce tu pan sobre la tumba de los justos, pero no le des a los pecadores”. El mismo Morera, citando a Mario Righetti, indica que “el ágape [celebración de fraternidad] expresaba la perenne unión de los fieles con el (difunto) sobre todo el día (del aniversario) en que el mártir había alcanzado la posesión de la luz en el refrigerio del convite celeste. Todos ellos llevaban sus cestitos de comida, una parte de la cual era consumida, la restante era dejada para beneficio de los pobres” (citado en Morera, 1999: 183).

Ahora bien, sí en ambos casos las representaciones descritas aluden a los caciques del lugar, nos estarían hablando, por un lado, de la adopción de la élite indígena de algunos elementos relacionado con los funerales cristianos como: la celebración de una misa de difuntos, las imágenes religiosas, las velas y el ataúd. Pero, por otro lado, vemos la continuidad de ciertas prácticas religiosas tanto de españoles como de indígenas en relación con las ofrendas de pan, de bebidas y de animales. De esta manera, los españoles ofrendaban comida a sus muertos, al igual que lo hacía la población indígena. Recordemos el detalle mencionado al inicio del texto, en referencia a la organización por parte del cacique de Yanhuitlán en la primera mitad del siglo XVI de banquetes anuales en honor a su difunto tío, antiguo señor gobernante. En el mismo sentido de la veneración a los ancestros, contamos con el registro de la celebración de rituales en el pueblo de Lachirioag en 1704 (Tavárez, 2012: 364), donde se sacrificaban guajolotes que luego se comían con pequeñas tortillas de maíz. Estos actos se realizaban escondidos en una cueva en presencia de bultos sagrados. Según Tavárez (2012: 366) los bultos proporcionaban un vínculo entre los vivos y sus antepasados. Cada generación o linaje tenía bajo su custodia un bulto sagrado similar que les había sido entregado, al que se le rendía culto, sobre todo, “en tiempos de necesidad colectiva”. En el siguiente apartado veremos con más amplitud cómo el culto a los antepasados continuó en la época colonial adaptado al calendario festivo católico.

Las ofrendas para los muertos

Fray Diego de Durán escribió en *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* (1984, T. I:119-121, 269-273) que los nahuas del centro de México celebraban una fiesta de los pequeños muertos, llamada *Miccailhuitontli*, y una de los adultos, la cual recibía el nombre de *Xocotl Huetzi*. La primera se realizaba a principios de agosto, mientras que la segunda tenía lugar el 28 del mismo mes. En ambas se incluían ofrendas de comida y frutas endulzadas, aspectos que las celebraciones cristianas también integraban. Durán sospechaba que los nahuas mantenían su antigua tradición bajo una apariencia cristiana:

“De la primera causa que dije para que se llamase fiesta de muertecitos, que era para ofrecer por los niños, quiero decir lo que he visto en este tiempo y el día de Todos Santos y el día de los Difuntos. Y es que el día mismo de Todos Santos hay una ofrenda en algunas partes, y el mismo día de Difuntos, otra. Preguntando yo por qué fin se hacía aquella ofrenda el día de los Santos, respondiéronme que ofrecían aquello por los niños, que así lo usaban antiguamente y habíanse quedado aquella costumbre. Y preguntando sí habían de ofrecer el mismo día de Difuntos, dijeron que sí, por los grandes. Y así lo hicieron, de lo cual a mí me pesó, porque vi patentemente celebrar las fiestas de difuntos chica y grande, y ofrecer en una, dinero, cacao, cera, aves y fruta, semillas en cantidad y cosas de comida, y otro día vi hacer lo mismo. Y aunque esta fiesta caía en agosto, lo que imagino es que si alguna simulación hay o mal respeto –lo cual yo no osaré afirmar- que lo han pasado a aquella fiesta de los Santos, para disimular su mal en lo que toca a la ceremonia” (Durán, 1984, T. 1: 269-270).



Varios de los elementos vistos por Durán en el valle de México también fueron registrados en rituales efectuados en la Mixteca. Un testigo indígena en un proceso inquisitorial del siglo XVI declaró sobre un festejo llamado *huico tuta* (festejo del agua) que coincidía con el día de Todos Santos. En esa fiesta, los sacerdotes indígenas desenvolvían las imágenes de sus deidades y les hacían elaboradas ofrendas. Era el momento en que la gente compartía los frutos de la cosecha con sus ancestros sagrados.

En el período colonial muchos testadores hicieron provisiones especiales dedicadas a esta celebración “cristiana-mixteca”. En 1625, María López Siñuu vendió una casa y la tierra adjunta para pagar misas y sufragar los gastos de una fiesta que se celebraría el día de Todos los Santos, a la cual llamaba *huico tucu santo santa*. Honrar a los ancestros era una de las funciones de esta fiesta (Terraciano, 2013: 476).

Fray Francisco de Burgoa (1934, T. II: 390-393) aporta información relevante sobre una celebración indígena dedicada a los difuntos. El relato del fraile dominico destaca que “las noches de los finados” se profanaba la “piadosa ceremonia de la Iglesia” en que se realizaban ofrendas y sufragios a los fieles difuntos. Era tradición que los españoles dejaran vino y pan en las sepulturas de los muertos “como limosnas que se dan a los ministros”. Burgoa repudiaba a quienes a partir de esa práctica persuadían a los indígenas “a que pongan en sus cabeceras pan o frutas, que han de buscar los muertos”. Apuntaba que el mismo Satanás había generado confusión en los indígenas puesto que, desde antes de la llegada de los europeos, “había prevenido profanar la devota y piadosa ceremonia” que la Iglesia católica celebraba en el mes de noviembre con “generales sufragios la memoria de todos los que están en la carrera de la salvación”, imponiendo a los indígenas en la misma fecha un ritual de su autoría. Precisó que el mes de noviembre correspondía en el calendario mesoamericano al duodécimo mes, de los 18 que componían un año, el cual iniciaba en marzo.

Según el fraile, la ceremonia que la población indígena realizaba en noviembre se componía de ritos “tan deslumbrados”. Así pues, criticaba que el festejo iniciaba con una “gran matanza de aves, en especial de pavos grandes de la tierra [guajolotes]”, que se aderezaban con chiles secos molidos, “que llaman los mexicanos *chilhuaque* y pepitas de calabaza y hojas de yerba santa, o aguacate”. Se cocía todo con agua para obtener el guisado que “en mexicano llaman *totolmole*”. Por otro lado, cocinaban guajolotes con chile molido “envueltos en masa de maíz y sobre ésta una cubierta de las hojas de aguacate”. Los envoltorios se metían a cocer en ollas u hornillos de tierra. En palabras de Burgoa, “a este guisado llaman *petlaltamales*”. Ambos platillos se ponían en cazuelas o jícaras, que cada familia tenía preparado para ese fin, de tal forma que cuando anochecía los ponían en mesas o cañizos a manera de ofrenda a sus difuntos. Una vez hecho esto expresaban “grandes súplicas para que les perdonasen y viniesen a recrearse y comer aquel manjar que les habían aderezado”, y con ello “rogasen a los dioses a quienes servían allá en el otro mundo”, para que “les ayudasen, le dieran buena salud a toda su familia, les alcanzasen buenos temporales y cosecha de sus frutos”. En resumen, pedían todo lo que podían para satisfacer las necesidades básicas. Para realizar las referidas peticiones los dueños de la casa se ponían en cuclillas delante de la ofrenda, mirando al suelo, con las manos cruzadas. Pasaban toda la noche en continua vigilia sin levantar el rostro. Tenían la creencia de que cuando llegaban los muertos a cenar, a éstos no les gustaba ser observados. Que si los veían se irían enojados y pedirían un áspero castigo para quien los había visto.

Al otro día por la mañana festejaban todos muy alegres dándose muchas gracias del buen suceso, de no haber ofendido a sus muertos con la vista. Burgoa señala que en toda la noche no probaban un bocado de los platillos de la ofrenda ni tampoco al siguiente día. La comida se la daban a gente pobre o forasteros, y en caso de no tener a quien dársela se dejaba en lugares ocultos. Dichos alimentos eran

para ellos sagrados puesto que ya habían sido tocados una vez por los difuntos, y “era gran pecado volverla a recibir”.

En la misma época de Burgoa, el fraile Alonso de Espinosa había sorprendido a la familia de un principal de Tehuantepec “practicando la ceremonia supersticiosa de ofrecer tamales a los difuntos”. Fray Alonso confrontó a los susodichos y les dijo que los cuerpos muertos, ya hechos polvo en la sepultura, no podían necesitar de alimentos como los de los vivos; ni menos las almas, espirituales por naturaleza, y que ya en la eternidad habrían de recibir del Juez supremo la recompensa de sus acciones. A lo anterior contestó el principal que “estaban persuadidos que los difuntos no comían manjares ofrecidos, sino que sutilmente extraían de ellos la virtud y sustancia, quedando lo demás inútil y sin provecho; y que los españoles creían otro tanto, pues sobre los sepulcros de los suyos ponían pan, vino, corderos y otras ofrendas” (Burgoa 1934, t. II: 393).

El sacerdote insistió en convencer a los indígenas que las almas de los que habían muerto justificadas en verdad, pero sin haber satisfecho plenamente la pena debida por sus culpas cometidas en vida, necesitaban de ser socorridas por los vivos, pero no con alimentos, sino con oraciones y sacrificios dirigidos al verdadero Dios y no a ídolos que calificaba de insensibles. Apuntó que si los españoles ponían en los sepulcros vino y pan, no era para alimentar a los muertos, sino dádivas y oblaciones a los sacerdotes, con ocasión de las rogativas que hacían por la eterna ventura de los difuntos.

El clérigo e historiador del siglo XIX, José Antonio Gay (1950, Vol. 1, T. 2: 87) reflexionaba así sobre la costumbre de colocar comida sobre los sepulcros: “Como los españoles acostumbraban dar broma a los niños el día de finados, haciéndoles creer que los muertos llegaban por la noche a tomar los frutos que ellos pusiesen en la cabecera de la cama, teniendo tal uso alguna afinidad con las antiguas creencias de los indios, se habían afirmado en ellas, continuando sus prácticas supersticiosas.”

Comentarios finales

Respecto a la pervivencia de las costumbres prehispánicas en el caso concreto del ritual fúnebre y de la celebración del día de muertos, existen tres opiniones entre los investigadores. Una que avala la pervivencia de las costumbres prehispánicas de manera disfrazada, clandestina o simulada dentro de las tradiciones emanadas de la religión católica; otra que propone que la evangelización europea terminó tajantemente con los conceptos mortuorios de las religiones mesoamericanas y, finalmente, la que sugiere una mezcla de elementos de las culturas originarias de México y de la española. Esta última propuesta conduce a la discusión de qué tanto la fusión de ambas tradiciones generó una nueva religiosidad. Tal asunto resulta polémico y requiere de análisis profundos para llegar a algunas conclusiones. Debido a la brevedad y el carácter aproximativo del presente trabajo, consideramos que este no es el espacio para tratar semejante asunto.

Sin embargo, sí se puede precisar que en base a los ejemplos que se han mostrado, tanto en relación con los rituales mortuorios como en las descripciones de la celebración del día de muertos, encontramos que en Oaxaca no hubo una ruptura tajante con las costumbres prehispánicas. Principalmente en aquellas regiones apartadas de los grandes centros de población española, existen registros que indican la pervivencia de ciertas prácticas de origen prehispánico, mientras que otras, como la celebración del día de Todos Santos, se integraron, mezclaron o adaptaron tanto al calendario ritual católico como a sus manifestaciones festivas.

Dos factores favorecieron la mezcla o la superposición de aspectos de ambas religiosidades. Uno de ellos fue la coincidencia de elementos asociados a los ritos fúnebres en los dos sistemas de creencias, como por ejemplo el uso de la comida y la bebida en la realización

de la festividad dedicada a los muertos. El otro factor decisivo fue que los cristianos han tenido cierta libertad para imaginarse los sitios del más allá. Ello proviene de que en las Sagradas Escrituras no se describen detalladamente tales lugares. Por tanto, “el imaginario cristiano sobre la vida después de la muerte se ha enriquecido mediante distintas interpretaciones teológicas, canónicas y apócrifas; elementos de la devoción popular; relatos de experiencias místicas de santos y visionarios, y narraciones de aparecidos, entre otras” (Von Wobeser y Vila Vilar, 2009: 5). No es de extrañar que esta circunstancia facilitara que los indígenas encontraran similitudes entre los santos católicos y sus antepasados deificados, o que en base a sus creencias anteriores y al conocimiento del imaginario cristiano construyeran relatos donde se mezclaron ideas o elementos de las dos religiones.

Algunas anotaciones sobre la muerte en Oaxaca durante el siglo XIX

En este apartado se narra la influencia de las ideas liberales en relación con el sentido de la muerte y las ceremonias que la implicaban, se integra de dos bloques. Primero, se refieren noticias sobre el establecimiento y las características de los panteones civiles, que debían tener los mismos criterios institucionales para su uso; hay un conjunto de datos específicos sobre el Panteón General de Oaxaca, ubicado al oriente de la capital. Después se incluye un texto de Félix Romero sobre la fiesta de los muertos, escrito en 1850, impregnado de un espíritu racional y liberal.



Los panteones civiles

Salvador Sigüenza Orozco

CIESAS Pacífico Sur

Los cambios que se sucedieron en la segunda mitad del siglo XIX fueron provocados no solo por la separación de la Iglesia y el Estado, sino también por las ideas sobre salud pública, seguridad en aspectos higiénicos, la presencia de epidemias. Las ideas que equiparaban nuevos criterios en la organización de la sociedad tenían su justificación en los avances científicos, las ideas positivistas y las pautas de lo que se consideraba progreso. En el caso de los cementerios, se planteó ya no realizar las inhumaciones en los atrios ni bóvedas de los templos católicos, sino en cementerios construidos exprofeso, que debían reunir ciertas características: construirse en alto para que el viento soplara, ubicarse relativamente cerca del centro de la población, cercarse, las fosas debían tener determinada profundidad, lo cual era particularmente importante en caso de epidemias. Al respecto, Andrés Portillo (2001: 160) anotó: “La nueva civilización ha mandado poner los cementerios en lugares aislados y cubiertos de vegetales; y nosotros, los modernos, censurando aquella costumbre medioeval lo hacemos con razón, pero no con justicia si se atiende al medio social y político en que vivieron nuestros antepasados.” Los avances en el conocimiento científico y la conformación de normas

y reglamentos del nuevo país, provocaron que en la ciudad de Oaxaca se construyeran dos panteones, contiguos y diferenciados por el número (1 y 2), ubicados entre el río Jalatlaco (hoy entubado) y la Cantera municipal (Santa María Ixcotel).

El Panteón número 1 se estableció en 1829 a raíz de la epidemia de viruela; cuatro años después, en 1833, sucedió la de cólera. Poco a poco se levantaron bardas, nichos, se plantaron árboles. En 1844, debido a la prohibición de inhumar en templos, el panteón empezó a tener mayor uso. De esa década data el *Reglamento para el gobierno interior del panteón de esta ciudad*,¹ que a la letra señala:

“**Capítulo 1.** De su ubicación y formación.

Todos los fallecidos serán sepultados en el cementerio general, ubicado en el llano llamado de las Canteras; excepciones: gobernadores en ejercicio, esposa e hijos; obispos, priores, maestros y comendadores de las órdenes religiosas; quienes hubieran edificado iglesias o monasterios, y hubieran escogido tumba en ellos; quienes muran “en olor a santidad” y las religiosas profesas.

El ayuntamiento será responsable de concluir el panteón iniciado. Se expone la forma de construir, los edificios internos y la forma de forestar.

Las paredes interiores del cementerio se usarán para nichos, se dividirán: lienzo sur para ambos cleros, autoridades civiles, militares y municipales de la capital; lienzo poniente para párvulos; oriente y norte para particulares. El plano interior se dividirá en dos cuadrilongos para sepulcros.

Capítulo II. Fondos. Del Ayuntamiento, de cofradías de caridad o ánimas que llegaron a formarse, de la colecta de

¹ AGEO: Fondo: Gobierno. Sección: Panteones. Serie: Reglamentos. Caja/Legajo: 12/342. Exp. 16. Año: 1844.

limosnas. La inspección, dirección y responsabilidad es del ayuntamiento.

Se señalan cuotas. Pobres (certificado) gratis.

Capítulo III. De los sepulcros. Medidas, datos de fallecido.

Capítulo IV. Cementerios particulares.

Capítulo V. Ecshumación de los cadáveres.

Capítulo VI. Administración y gobierno económico del cementerio.

Artículo 26

Quinta. Cada año el día 2 de noviembre se celebrará un aniversario en conmemoración de los fieles difuntos, de acuerdo con los párrocos, siendo los gastos de cera y de tumba, de cuenta de los fondos del cementerio.

Oaxaca, septiembre 5 de 1844.

Antonio de León.

Benito Juárez. Secretario.”

Después de 1840, los pueblos remitieron al gobierno del estado solicitudes de creación de cementerios o de permuta de terrenos para los mismos. Por ejemplo, el 22 de noviembre de 1854, Braulio Dueñas, de Yanhuitlán, escribió al Prefecto de Teposcolula, Manuel Andrade, un informe sobre la situación que imperaba en las exhumaciones; básicamente expuso que seguían realizándose en los templos católicos, a pesar de reconocerse que había una ley que reglamentaba el proceso.² Dueñas señaló que recabó la información a partir de abril de ese año y notificó:

² AGEO: Fondo: Gobierno. Sección: Panteones. Serie: Informes. Caja/Legajo: 12/342. Exp. 11. Año: 1854.

“En debida contestación, a la nota oficial de V. S. fecha 13 del corriente, en que me pide una noticia de los cementerios o panteones de esta Parroquia. Digo: que en esta Parroquia, desde que se dio la Ley sobre Panteones, se designaron los lugares en que había de formarse, se fijó una cruz y se bendijeron, y en algunos pueblos, cercaron de órganos el terreno dedicado a sepultar los cadáveres, y en otros, con piedras anchas...

El Ilmo. Señor Obispo de esta Diócesis, elevó una representación a la Asamblea Departamental manifestando sobre el particular las razones convenientes para que se permitiera enterrar a los cadáveres en los cementerios de las iglesias. Y tomando en consideración la Honorable Asamblea Departamental la dicha representación: determinó en 13 de marzo de 1846, que en el interín se establecían los fondos para la terminación de los panteones fuera de la capital, se sepultaran los cadáveres en los cementerios de sus debidas iglesias. Por lo que desde entonces, se está usando de esta permisión, porque hasta la vez, no se han establecido los fondos para formar los panteones ni se han tomado las medidas para el debido efecto.”

Entre los pueblos que se encontraban en la situación expuesta, estaban: Yanhuitlán, Yucuita, Sinaxtla, Tillo, Nejapilla, Topiltepeque, Tiltepeque, entre otros. Sobre la forma de administrar los panteones, el informe precisó:

“En todos los Pueblos de esta Parroquia están los Cementerios a cargo de los funcionarios que gobiernan el pueblo, ya sea con el nombre de Alcaldes, Jefes de policía o Comisarios municipales, y cuando se mueren los individuos, los entierran, sin dar parte al cura, porque no pagan ningunos derechos de entierro ni funerales, hasta que se les pide a los

fiscales las listas de los que hayan fallecido para asentarlas en el libro parroquial. Solo en la cabecera es en donde está a cargo del cura el cementerio, y es donde se pagan derechos de entierro y funeral, conformé está establecido.”

En 1865, Santa María Ixcotel, argumentando estudios especiales sobre la calidad y la dureza del suelo, solicitó se le eximiera de la obligación de construir un cementerio porque carecía de un terreno con las características que se requerían; por ello, demandaba seguir realizando los entierros en el atrio de la iglesia o que, en su caso, el gobierno les indicara dónde construirlo. En dicha zona, contigua a la capital del estado, el suelo era de tepetate (cantera).³

Lo cierto es que la construcción de panteones era un asunto de salud pública, que el gobierno autorizaba las inhumaciones y exhumaciones, previa solicitud, y que se carecía de servicios exclusivos dedicados al tema (no había funerarias).

En 1891, a fin de preparar la Memoria del Gobierno del Estado, el administrador del Panteón General, Joaquín Colmenares, preparó la: *Ligera reseña histórica del Panteón General del Estado de Oaxaca*,⁴ de la cual se ha extraído la siguiente información:

“ I. Su fundación y progreso.

La influencia poderosa del clero, o quizás debido al estado sanitario de nuestro país en aquella época, los cadáveres, casi todos, en la Capital del Estado y Departamentos, eran inhumados en los atrios y bóvedas de los templos, resultando de esto que cada iglesia o templo católico, era un cementerio público.

³ AGE0: Fondo: Gobierno. Sección: Panteones. Serie: Solicitudes. Caja/Legajo: 12/342. Exp. 23. Año: 1865.

⁴ AGE0: Fondo: Gobierno. Sección: Panteones. Serie: Informes. Caja/Legajo: 12/342. Exp. 12. Año: 1891.

En el año de 1829 y a causa de una terrible epidemia de viruelas que se desarrolló en la capital, se suspendieron las inhumaciones en los templos por el temor de que el contagio tomara mayor incremento, y se dispuso no se sabe a punto fijo por quién, pero se cree que por disposición del clero, que en lo sucesivo y entre tanto se destruía el mal que asolaba a la población, se inhumaran los cadáveres contagiosos en un terreno sin muros de ninguna clase, situado al oriente de la ciudad.

Pasados los efectos de la citada enfermedad, volvieron las cosas a su primitivo estado, es decir, se continuó la inhumación en los templos y atrios hasta que en el año de 1833 y 1834 y debido también a la conocida y terrible enfermedad del cólera que invadió casi todo el Estado y con más fuerza la capital, se continuó nuevamente la inhumación de cadáveres en el terreno antes dicho.

En el curso del último de los años indicados o sea en 1834, comprendiendo la autoridad del Estado la urgente necesidad que había de resolver por completo el lugar más a propósito y adecuado para las inhumaciones; así como también, el de saber si el sitio que se había elegido era o no el más adecuado para su objeto, como desvanecer igualmente la diversidad de opiniones que había sobre si el terreno citado era o no útil, dispuso el 7 de diciembre del año precisado: que la Junta Superior de Sanidad aumentada con todos los facultativos que residían en aquella época en la capital y una Comisión del Ayuntamiento, estudiaran, previo reconocimiento del terreno, y resolviesen cuestión de tan grave interés. Rendido el informe respectivo por tan respetable comisión, resultó de aquel, que el sitio era el más apropiado y llenaba las condiciones indispensables para el objeto de su destino. En vista de esta declaración de procedió desde luego a cerrar el relacionado sitio con... de adobe que, según la opinión de un historiador oaxaqueño, aquel fúnebre recinto, con las mejoras

llevadas a cabo, en vez de aparecer atractivo y respetuoso, era visto por los habitantes con espanto y repugnancia. El Ayuntamiento dispuso desde luego, atendiendo el mal resultado de la mejora, la construcción de una capilla y anexa a ésta, una pequeña pieza que servía de sacristía, en el centro del terreno (hacia al oriente) se construyeran también unidos a la sacristía, varios nichos o sepulturas de piedra y a la entrada de terreno otras varias piezas, tal vez para el servicio de los empleados. La mala construcción, pésimo material y más que todo, el abandono completo en las nuevas reformas, hicieron que su destrucción fuera violenta.

El curso de los años pasó rápidamente, y el progreso comenzó a sentirse.

En el mes de septiembre de 1844 y por decreto del gobierno, se prohibieron las inhumaciones en la capital, es decir, en los atrios y bóvedas de los templos y se dispuso que los cadáveres se inhumaran en el nuevo cementerio. Comprendiendo también el mismo gobierno que el acuerdo anterior acusaba desde luego una pronta y elegante mejora en el edificio, ya porque su ruina lo demandaba, como porque en lo sucesivo sería visitado por personas de respetabilidad, se comisionaron a varias personas entendidas en el ramo para que formasen y presentasen diseños que servirían de guía en la reconstrucción del edificio y su capilla. Para este último trabajo fue aprobado el que presentó el conocido pintor oaxaqueño, señor José Francisco Bonequi y cuyo diseño fue avalado con ligeras modificaciones y por acuerdo superior, por el señor José Joaquín Heredia, residente entonces en la capital de la república, y por acuerdo también superior, el diseño que... fue construido en madera por el carpintero Diego Silva, cuto señor por nombramiento oficial quedó encargado de la obra de reconstrucción.

Las revueltas políticas y cambios continuados de gobierno que traen consigo la escasez de recursos, dieron lugar solo a la conclusión de los muros, y no así, que es de lamentarse en verdad, a la de la capilla.

Habiéndose encargado más tarde del Gobierno del estado el señor general Félix Díaz, desplegó gran interés en la conclusión de la capilla... y ordenó desde luego se continuara su construcción. Las reformas políticas y nuevas disposiciones de los gobiernos que le sucedieron paralizaron nuevamente la obra, hasta que el señor General Luis Mier y Terán con el carácter de Primer Magistrado del Estado e inspirado en las mismas ideas del señor Díaz, pensó en la conclusión de aquella obra, para cuyo efecto, se pidieron informes y referencias, se buscaron los diseños relativos, más todo fue en vano, todo quedó en su estado anterior.

Verdaderamente son de lamentarse los obstáculos, tropiezos y dificultades que se han interpuesto para llevar a cabo una obra que por su buen gusto artístico, bien entendido orden compuesto y solidez, hubiera levantado el arte arquitectónico en Oaxaca y embellecido el recinto sagrado que guarda las cenizas de nuestros padres y nuestros abuelos.

El municipio, de acuerdo con el gobierno y comprendiendo la urgente necesidad que había de la formación de otro cuadro, o sea tercero, pues solo existían dos que no eran suficientes para todas las inhumaciones, y destinar este último para la clase pobre a quien en la actualidad se le da sepultura gratis en aquel lugar, llevó a cabo en el año de 1869 la formación del tercer cuadro comenzándose a hacer uso de él, el 27 de junio de 1870.

Por último y por acuerdo del Gobierno del Estado en el mes de mayo del corriente año, una comisión científica formada

por tres de los más refutados doctores de esta capital, examinaron y reconocieron nuevamente el terreno tantas veces citado y tomaron también las dimensiones de las fosas.

Atendida la ilustración y conocimientos de aquellos facultativos, es de esperarse que su bien acabado informe, redundará en beneficio y mejora del cementerio general de Oaxaca."

El documento, fechado el 12 de agosto de 1891, contiene otras secciones: II. Descripción de sus departamentos comprendiendo su extensión. III. Leyes y reglamentos. IV. Productos y gastos. La parte final refiere la estadística anual de inhumaciones, entre 1839 y 1890: 25,783 hombres y 23,560 mujeres.

En la última década del siglo XIX, por motivos de salud, ya se había prohibido colocar restos humanos en los nichos. En 1897 el Ayuntamiento de Oaxaca decidió ampliar el cementerio, así surgió el Panteón número 2, al oriente del primero. La obra se concluyó en diciembre de 1899 y entró en servicio en julio de 1901. Asimismo, a finales de 1898 y principios de 1899, se propuso exhumar cuerpos, excepto de quienes murieron por cólera; también se especificaron las medidas de los sepulcros: para adultos, 2.47 m x 1.37 m; para niños, 1.65 m x 1.24 m.

La fiesta de los difuntos⁵

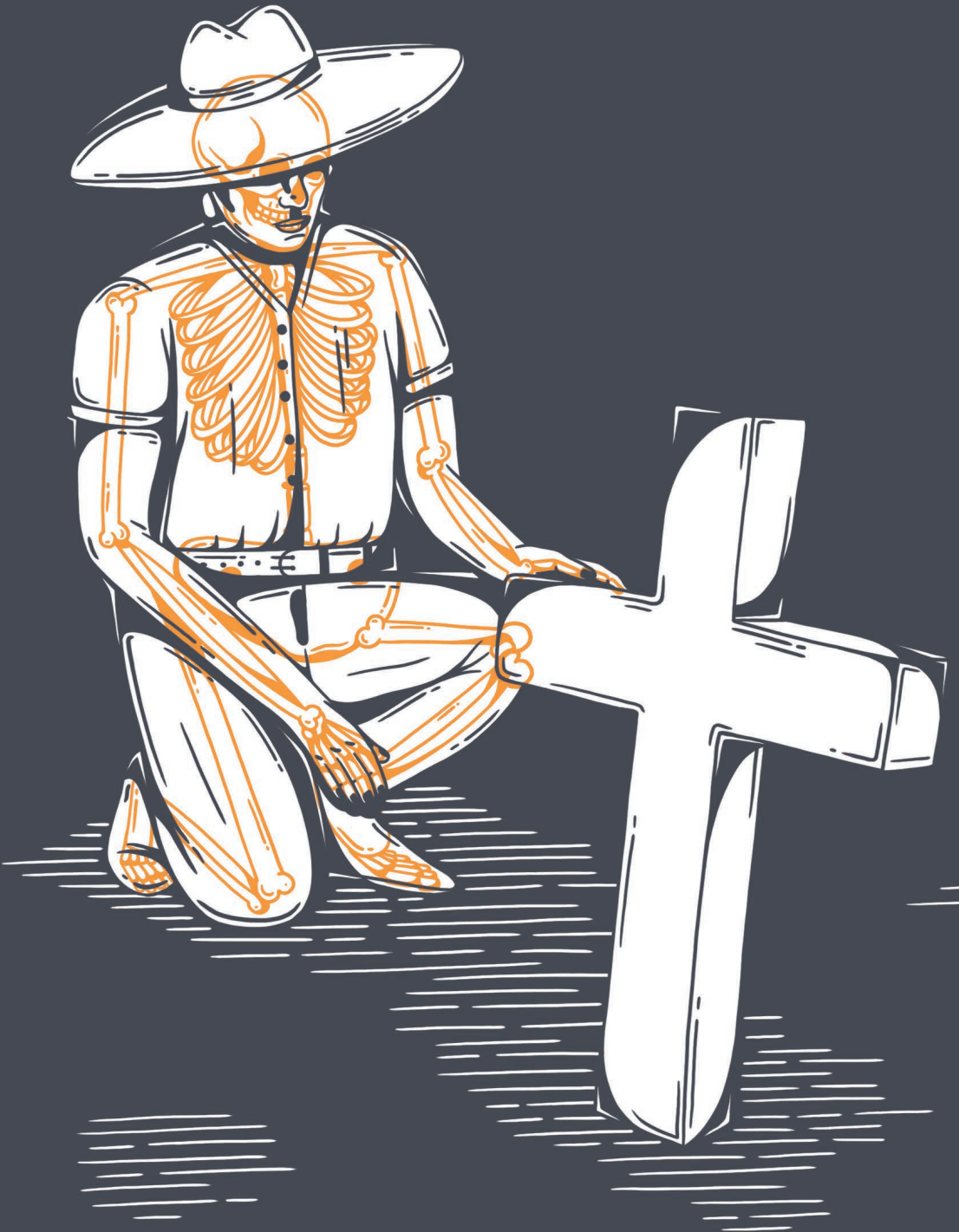
Félix Romero

*La muerte es una puerta
abierta en el cielo, y en cuyo
umbral dejamos un cadáver,
es una cosa que no tiene nombre,
es un puñado de ceniza!*

Bossuet

En este día todo de lágrimas, en que se anuncia el dolor por el tañido funeral de la campana, por el velo que enluta los altares y las piras que se levantan de enmedio de las naves de los templos, el corazón se comprime, y el espíritu se abisma en contemplaciones religiosas y sublimes. Todos los vivientes hacen libaciones por sus padres, deu-

⁵ *La Cucarda. Periódico político y literario*, Tomo I, N° 12, Oaxaca, 4 de noviembre de 1850: 6-7. Fuente: Hemeroteca Digital Nacional de México <http://www.hndm.unam.mx/>. Félix Romero (Oaxaca, 1831; Ciudad de México, 1912), egresó como abogado del Instituto de Ciencias y Artes (ICA), donde también fue profesor de gramática y director. Al promulgarse el Plan de Ayutla fundó el periódico *El azote de los tiranos*, después fue diputado por Tehuantepec al Congreso Constituyente de 1856, intervino en la elaboración de la Constitución de Oaxaca en 1857. En Oaxaca fue Secretario General de Gobierno, Relator de la Corte de Justicia y gobernador del estado (1871-1872); Romero presidió la Suprema Corte de Justicia en diferentes periodos entre 1890 y 1912. El relato sobre la fiesta de los muertos, escrito por él en 1850, tiene un espíritu racional y liberal.



dos ú amigos muertos. Por aquí oran, por allí riegan de lágrimas un féretro, más adelante ponen una corona de flores sobre la tumba de un niño, y de en cuando en cuando se oye, como un rumor, la música que acompaña al canto que se consagra á los difuntos. Hoy es el día de los recuerdos fúnebres, en que el pensamiento retrocede treinta años, trescientos años, para admirar á un guerrero como Napoleón, á un diplomático como Richelieu, á quienes en este día contempla convertidos en polvo! ó va más allá, hasta encontrar el paraíso terrenal, donde sorprende á Adan comiendo la manzana que la Eva seductora le dá por instigaciones del genio del mal.

Si es que, el pensamiento se remonta hasta los tiempos de Adan y Eva, al momento se fija en el quebrantamiento de la ley prohibitiva, y en que, de este quebrantamiento brotó la vida, esa primavera de algunos años, y la muerte, ese fantasma que torna el polvo al polvo y arrebatá los espíritus para llevarlos hasta el seno de Dios. Sí, la vida y la muerte brotaron á un mismo tiempo, como dos ecsistencias contrastadas, como el bien y el mal, como la luz y las tinieblas.

Y, ¿el hombre conoce lo que es la vida y lo que es la muerte? ¿Sabe por quién llora en este dia, en que se celebra la fiesta de la muerte? ¿Por quién llorais, vosotros, los que rodeais las tumbas? ¿Acaso, por qué recordais que el primer hombre cometió un parricidio dando la muerte a todos los hombres? ¿Llorais porque no teneis en vuestra presencia el polvo animado que se llamaba padre, hermano ú amigo, creyendo que no les volvereis á ver, porque olvidais insensatos! que en esta vida terrenal hemos nacido para habitar no mas un día é ir á vivir luego á la eternidad?

¿O llorais por las calaveras, por los huesos, por el polvo que encierran esos sepulcros frios? ¡Enjugad vuestras lágrimas y contened vuestros gemidos! Porque si Adan perdió al género humano en el paraíso, Cristo lo restauró en la Cruz: si no teneis delante á vuestros parientes ni á vuestros amigos, tened fé en el otro mundo y los vereis en espíritu, porque en esas tumbas han dejado el fango que sus almas

animaban sobre la tierra; y si creéis que con vuestras lágrimas se animarán los restos de los que fueron, esa creencia es una mentira.

Que no os horrorise tampoco la muerte, porque no es más que el término de la jornada que hemos hecho para llegar á la verdadera vida: es una escala puesta en medio de dos mundos, desde donde vemos á los hombres abajo; y al objeto de todas nuestras esperanzas arriba. O como dice Montaigne: “La muerte es una de las piezas del orden del universo: es una de las piezas de la vida del mundo.” Si esto es así ¿Por qué temerla? ¿Por qué tenerle horror? Si está en el orden de las cosas que el hombre se reproduzca; que de la infancia pase á la juventud, y despues, recorra las demás edades de la vida hasta llegar á la muerte; y se quiere la niñez y se ama la juventud y se adora, en fin, toda la vida, porque en ella hay sol, brisas y olores; ¿por qué se teme entonces la muerte, cuando es una verdadera reproducción; cuando es como la primera alborada de una primavera eterna, donde brilla el astro que dá luz al sol, alas á la brisa y es la esencia de todos los perfumes?

“Tememos la muerte, dice Aimé-Martín, porque cerramos los ojos á los beneficios de la vida. Si supiéramos mejor lo que Dios ha hecho por nosotros, sabríamos mejor lo que nos tiene reservado.” ¿Y qué nos tiene reservado? La religión lo dice, y en este día solemne, vosotros los que lloráis, podéis ocurrir á ella, porque ella sola puede ensanchar vuestros corazones y contener vuestros suspiros: porque ella sola puede daros para honrar la memoria de los difuntos aquello, que Arístides pedía a sus hijos y amigos para honrar su muerte. Oid lo que les dice estando próximo a morir: “Dejaos de lágrimas, de libaciones y de honores fúnebres: con virtudes es con lo que se honran las cenizas de los muertos”.

Apuntes sobre el sentido de la muerte entre pueblos y comunidades durante el siglo XX

Salvador Sigüenza Orozco

CIESAS Pacífico Sur

A principios del siglo XX Cayetano Esteva anotó que, según el Censo de 1910, el estado de Oaxaca tenía 1,041,035 habitantes; entre las razas (concepto acorde con los criterios de la época) que enlistó en orden decreciente, estaban: mestiza, zapoteca, mixteca, mazateca, mixe, chinanteca, cuicateca, chatina, chontal, mexicana, huave, chocha, trique, amuzga y zoque. En cuanto a la religión, aunque apuntó que predominaba la católica, precisó que había pueblos indígenas politeístas que “conservan las creencias de sus antepasados”.⁶ Abordar la historia del siglo veinte en Oaxaca plantea el reto de conocer y reconocer su diversidad cultural, la cual fue objetivo de

⁶ Cayetano Esteva, *Nociones elementales de Geografía Histórica del Estado de Oaxaca*, Oaxaca, Tipografía de San Germán Hermanos, 1913.

políticas homogeneizadoras que pretendieron unificar para progresar, ideal inserto en el discurso decimonónico y que fue continuado por los criterios del nacionalismo revolucionario.

Sin embargo, existen diferentes testimonios de viajeros, geógrafos, antropólogos, etnógrafos, profesores, escritores, entre otros; que observaron y realizaron abundantes registros de las expresiones culturales de las comunidades oaxaqueñas. En este apartado se incluye un compendio de lecturas de dichos autores, que presentan diversos datos y experiencias recolectadas en campo, con informantes locales, recurriendo en ocasiones a traductores e intérpretes; es importante señalar que los escritos corresponden a concepciones y categorías de la época en que se elaboraron. A partir de los pueblos y comunidades indígenas existentes en la entidad, se seleccionaron algunos textos que exponen aspectos de las ceremonias mortuorias, relatos y narraciones sobre la muerte, costumbres y creencias alrededor del ciclo natural de la vida. Asimismo, se incluyen ciertos materiales publicados en la ciudad de Oaxaca, fundamentalmente de origen hemerográfico: poesía, calaveras y relatos. Así, la muestra incluye información sobre amuzgos, chatinos, chinantecos, chocholtecos, cuicatecos, huaves, mazatecos, mixes, mixtecos, triques, zapotecos, zoques, población afromexicana y la ciudad de Oaxaca.

Se reconoce especialmente la autorización del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas para incluir fragmentos de publicaciones de su vasto acervo bibliográfico, el consentimiento del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y las aportaciones de obras publicadas por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y el Instituto Oaxaqueño de las Culturas. Asimismo, se incluyeron trabajos de autores oaxaqueños de las regiones, como Jacobo Dalevuelta, de Oaxaca de Juárez; Alejandrina Pedro Castañeda, de Huautla de Jiménez; Tomas García Hernández y Roger Merlín Arango de Tuxtepec; Hilario Concepción Roque, de Santa María Pápalo (Cuicatlán); y Mario Molina Cruz, de Yalalag. Para cada texto, el compilador realizó una breve anotación sobre su autor u origen.

La selección que aquí se presenta es inevitablemente limitada porque la celebración, aunque tiene una matriz cultural común, es múltiple y adopta características diversas conforme a los contextos locales; existen varios estudios y monografías que dan cuenta de ello. Por eso, el conjunto de textos recopilados tiene la sencilla pretensión de comunicar y exponer información diversa sobre una celebración que, al mismo tiempo que se llena de aromas y colores, tiene un intenso sentido simbólico, íntimo y familiar.

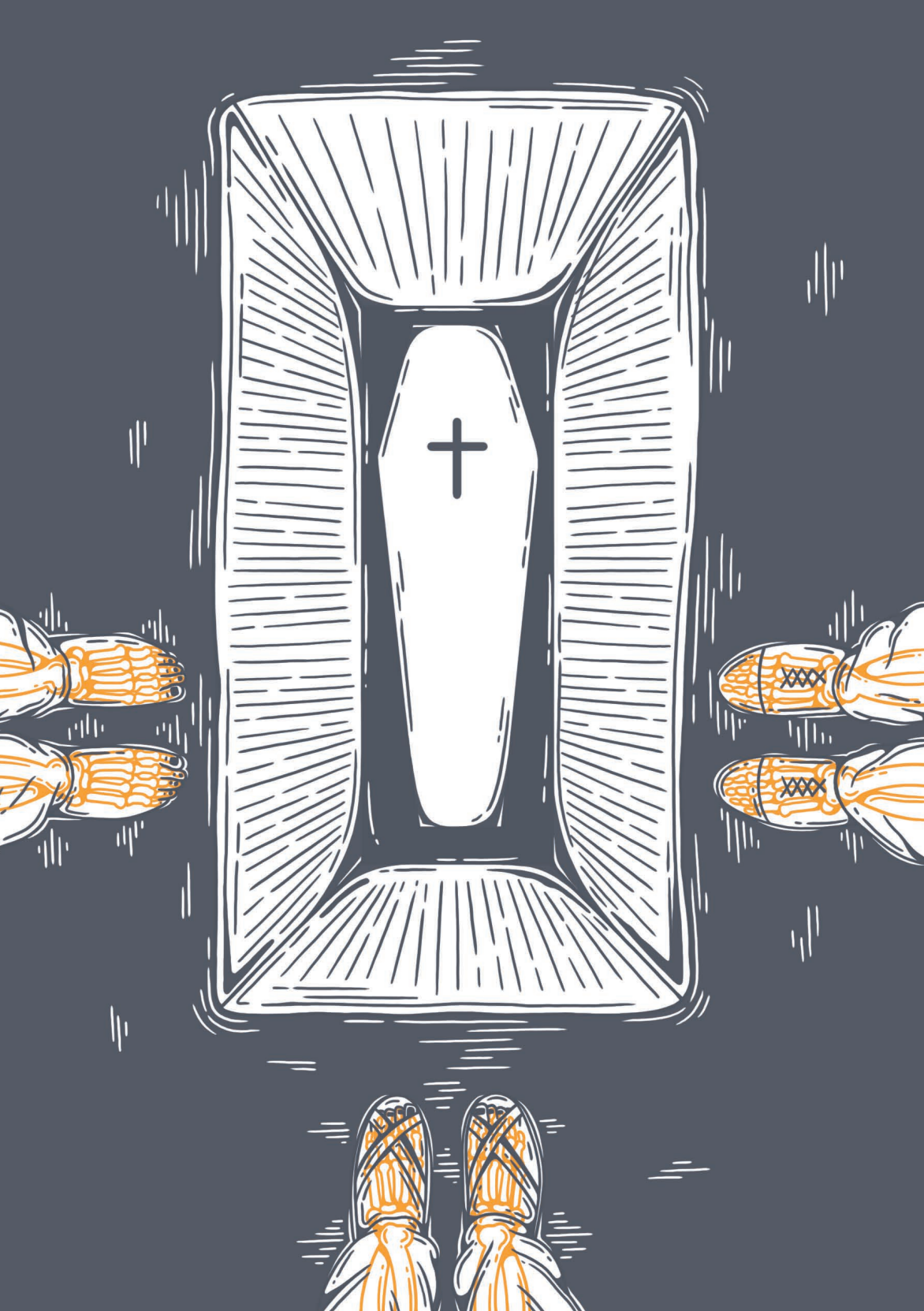
Chatinos

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*⁷

Cuando muere algún miembro de la tribu, lo amortajan o lo visten con su mejor ropa y lo tienden en el suelo o en una cama. Todos los amigos del fallecido están obligados a acompañarlo y asistir al velorio, que dura dos noches y parece propiamente una feria, ya que se toca música, la que más gustaba al difunto, y beben las mujeres y los hombres en tal cantidad que al poco tiempo todos están ebrios. El entierro se efectúa de acuerdo con los rituales católicos. Antes de sacar al difunto de su casa, se bendice y se le canta y toca música sacra. En esta ceremonia, verdaderamente original, desfilan cargando el cadáver por todo el pueblo, y después de pasearlo lo conducen al cementerio, donde un sacerdote bendice el sepulcro.

⁷ Carlos Basauri, *La población indígena de México*, México, INI, 1990, Tomo II: 447-448 (1940). Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Carlos Basauri fue un maestro normalista y antropólogo mexicano, autor de *La población indígena de México*, publicado en 1940 por la SEP cuando él era responsable del Departamento de Educación Indígena; la obra fue reeditada cincuenta años después por el Instituto Nacional Indigenista y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Basauri fue un investigador funcionario que con esta obra contribuyó a los estudios etnográficos del país, al abarcar el conjunto del territorio nacional.



Consideran los miembros de esta tribu que existen dos vidas y que la muerte es la segunda y más agradable existencia; de esta creencia ha nacido el culto a sus muertos, el cual celebran anualmente, durando varios días la ceremonia, y como hecho significativo de ella está el arreglo de las tumbas y los altares en los hogares, en los cuales se ofrenda pan y manjares, según hubiera sido el gusto de los muertos.

Ritos de pasaje

James B. Greenberg⁸

Entre las manifestaciones más claras de reciprocidad e interdependencia entre el hombre y los otros espíritus y seres que comparten el medio ambiente con él, están aquellas expresadas en los ritos de pasaje -en particular en los rituales de nacimiento, muerte y matrimonio.

Ritos de muerte

Al igual que los ritos de nacimiento, los opuestos, los de muerte, involucran términos, elementos y símbolos rituales. Así como los individuos nacen y son “plantados” en este mundo, deben ser paridos fuera de él y plantados en el próximo; así como se les dan cosas a los niños con el objeto de equiparlos para su viaje a través de esta vida, a los muertos se les proporcionan cosas para su viaje hacia la próxima vida.

⁸ James B. Greenberg, *Religión y economía de los Chatinos*, México, INI, 1987: 150, 154-161, 183-185. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. A principios de los años setenta del siglo pasado, el antropólogo estadounidense James Greenberg realizó estudios sobre la comunidad chatina de Yaitepec, en dos estancias realizadas en Oaxaca durante enero de 1973 – abril de 1974, y verano de 1976. El objetivo de Greenberg fue estudiar los cambios y permanencias de la sociedad y la economía chatinas, en un contexto de producción capitalista y programas estatales de desarrollo. La información que recopiló se enfocó a la estructura civil y religiosa, la economía local y su inserción en economía regional; del citado trabajo se seleccionaron párrafos sobre los ritos de muerte y la fiesta de Todos Santos.

(...)

El espíritu del difunto se dice que permanece en la casa durante nueve días.⁹ De hecho, el espíritu permanece renuente a dejar su casa y debe ser “desalojado”. En el tercer día de la novena a la familia del difunto, con excepción de la esposa, vuelve a bañarse otra vez al río Manteca. Allí, lavan todo lo que en la casa estaba relacionado con el difunto. Durante siete días la viuda continúa estableciendo un espacio y compartiendo sus alimentos con el espíritu del marido. Entonces, al noveno día, se forma una expedición para dejar su espíritu en el cementerio. La cal en polvo utilizada para elaborar la cruz que marca el lugar donde yacía el cuerpo, se barre y se lleva al cementerio. Se abre la fosa a unos 40 cm. de profundidad y se entierran la cal, su sombrero, cigarrillos y cerillos, y una pequeña réplica de su trabajo. Por ejemplo, si una mujer hacía servilletas o un hombre pipas, se entierran miniaturas detalladas de cada uno de ellos. Del cementerio, la familia, incluyendo a la viuda, acude a bañarse nuevamente al río Manteca.

(...)

Se dice que el espíritu sigue el “rastros de los muertos” en su camino hacia el siguiente mundo. En esta ruta, hace uso de los artículos colocados en su bolsa de tortillas o en su *redcackle*. Por ejemplo, los centavos son para la plaza en Juquila, la panga que cruza el río y para pagar la entrada hacia el siguiente mundo; las tortillas son para comer durante el camino y para dar al perro que cuida la panga; la abeja o la avispa están como protección contra los ladrones que se encuentran a lo largo del camino; el cangrejo o el camarón son para ayudar a que el espíritu encuentre haga; el renacuajo lo guía a través

⁹ Los nueve días que se dice que el espíritu de la persona que ha fallecido permanece dentro de la casa, es una feliz pieza del sincretismo religioso, con raíces tanto en el catolicismo, como en la cosmología precolombina. Los católicos rezan por los muertos nueve días, una novena. En la cosmología precolombina, el nueve estaba asociado con el inframundo y el trece estaba identificado con el cielo. De este modo, existían nueve capas o escalones hacia el inframundo, también nueve dioses, etcétera. En forma similar, el ciclo tenía trece estratos, etcétera.

del río, y el pequeño pollo vestido es para el joven halcón que cuida la entrada al inframundo.¹⁰

El “camino de la muerte” se divide en nueve etapas. Cada una es un sitio real y, en conjunto, marcan una ruta que lleva hacia el norte, saliendo del pueblo (De Cicco, 1959:22-23). En Yaitepec, los chatinos cuentan que el primer paso es *tu lo'o kwa*, “la puerta del cementerio”. Al segundo paso, el espíritu pasa *y'o sku'we*, “la Virgen de Juquila”. En el tercero, el ánimo escala los *ndiya ka*, “los nueve escalones” en el camino hacia San Juan Quiahije. Al cuarto, el espíritu visita la *kye ndukwa re*, “la roca del rey”, una escultura precolombina ubicada en el paso a San Juan. En el quinto, el alma visita *la kixi*, “la iglesia de San Juan”. Al sexto, el espíritu se detiene en la *ciénega ti tsa tsa'*, donde danza y chifla -si no le agradaba danzar en vida, entonces debe danzar con un pino. En el séptimo, cerca de Ixtapan, el alma cruza *chku ka*, “el río-nueve”, el Río Atoyac. Al octavo, el ánimo debe pasar *kye ndukwa kwitsu lo hye ndukwa kuno*, “la peña del joven halcón y la peña de la serpiente”. Según la tradición chatina, la entrada al inframundo es una cueva. Los chatinos de San Juan, por ejemplo, dirán que la entrada al inframundo es una cueva situada en el Cerro Neblina, un gran pico cercano a Zenzontepec (De Cicco, 1959:23). En el noveno nivel, en *kiche ka*, un pueblo con nueve casas, el espíritu abandona la geografía de su mundo, y la deja atrás.

El espíritu no regresa a visitar este mundo hasta la segunda celebración de Todos Santos, puesto que se encuentra ocupado cuidando su nueva casa durante el primer Todos Santos. No obstante, las ceremonias conmemorativas son llevadas a cabo un año después del fallecimiento de la persona.

Diez días antes del primer aniversario de la muerte de la persona, se reúnen los parientes, los compadres y los amigos del difunto, en su casa. Cada persona trae un pequeño regalo consistente en comida,

¹⁰ Existen pequeñas variaciones entre pueblo y pueblo con respecto a lo que se debe llevar y cómo y dónde usarlo.

mezcal o cigarrillos. Se prepara un cerdo pequeño o un pollo y todos comen y charlan. Se presenta, a la familia, una cruz chica, de arena blanca y delineada con arena de colores. Al siguiente día comienza la novena.

Diariamente, los cantores y los músicos acuden para recitar y tocar los misterios del rosario. Al tercer día de la novena, la familia entera va a bañarse y a lavar sus ropas al río Manteca. En el noveno día se reza el último rosario. Dos compadres, sentados a cada uno de los lados de la cruz, quitan una parte de la arena pintada en cada uno de los cuatro misterios. En el quinto misterio, la arena blanca restante se apila a la mitad de la mesa. Después del rosario, la arena se coloca en una jarra junto con tres velas, y la procesión parte de la casa, rumbo al cementerio. La procesión está encabezada por dos personas: una con la jarra de arena, la otra con la cruz permanente de la fosa. La procesión se detiene en la iglesia para encender velas en su centro y ante el santo patrón, para después trasladarse al cementerio. Allí, todo mundo se arrodilla alrededor de la fosa. La tercera vela es encendida. La cruz se coloca en la cabecera de la fosa, se traza una cruz de arena blanca en su centro, y se cubre con tierra. Después de rezar otra oración, todos parten, dejando en la tumba ofrendas de hojas de limón y flores del paraíso.

El equiparamiento de términos y símbolos entre ritos de nacimiento y de muerte, subraya su unidad esencial en el mantenimiento de la fertilidad. Aunque parte del infante es enterrada y parte del difunto es “renovada”, los términos y símbolos no se igualan en una base estricta de uno a uno. Las transformaciones ocurren; de este modo, las plantas que se siembran al nacer, pueden equipararse con las ofrendas de flores y alimentos para el difunto. Lavar el cuerpo es como lavar al niño. Mientras que los vivos tienen tonas como compañeros animales, los muertos tienen perros. A diferencia de los tonas, los perros fueron seres humanos alguna vez, que hicieron enojar a Dios con sus lenguas, así que “puso lo que estaba arriba, abajo, y lo que estaba abajo, arriba -con el objeto de que no pudieran hablar”. Qui-

zás las transformaciones más fundamentales son las distinciones de status que se hacen en los ritos de muerte. Los ritos de nacimiento hacen distinciones sexuales. Los ritos funerarios distinguen no solo sexo, sino status: “soltero” versus “casado”. Una persona “soltera” es *angele*, “un ángel”. Es enterrado en un ataúd blanco, en lugar de uno negro; y es ejecutada música alegre, en vez de cánticos fúnebres. El tratamiento de “angelito” no depende de la edad, sino de la virginidad. Un virgen, sea masculino o femenino, es en sí un “Ángelo”, igual que un casado es un pecador. El matrimonio, en otras palabras, es un mediador entre el nacimiento y la muerte, así como también ninguno podría existir sin él.

(...)

La fiesta de Todos Santos, en Yaitepec, dura nueve días -no es coincidencia que ese era el número de dioses en el viejo panteón del inframundo. Cerca del mediodía del 31 de octubre, empiezan las festividades. El pueblo acude al cementerio, llevando la imagen de San Pedro (ya que él posee la llave de los cielos) para traer las almas de los niños muertos. Al día siguiente, después de que sus padres los han “alimentado”, dejándoles un plato de comida sobre el altar de la casa, la procesión que porta a San Pedro los regresa al cementerio y busca las ánimas de los adultos. Estos permanecen en el pueblo durante cinco días, mientras sus parientes *ku'ni ta'a tlyu i* “hacen una gran fiesta por ellos”.

Cada familia coloca una mesa frente al altar familiar, y destina lugares en ella para cada uno de los espíritus que retornan. A cada uno se le suministran tortillas, frijoles, mole, tamales, nueces, mezcal, bebidas suaves, cigarrillos; es decir, todas aquellas cosas que gozaba en vida. Las ánimas, dicen, vienen y comen la “esencia” de los alimentos, dejando su “substancia” para los vivos. Los espectros que tienen parientes vivos van a sus casas; los que no tienen, vagan a lo largo del pueblo buscando limosnas. De hecho, cada uno deja una porción de comida afuera de su casa, con el objeto de prevenir el

enojo de algún ánima huérfana y de sufrir su ira. El 4 de noviembre, San Pedro es llevado otra vez al cementerio para “dejar” las ánimas, después de lo cual se comen los alimentos que se colocaron afuera de las casas, destinados a los muertos.¹¹

Los cinco días entre el 31 de octubre y el 4 de noviembre, mientras las ánimas se encuentran en el pueblo, se consideran en particular delicados y peligrosos. Cuando están en el pueblo, se tiene mucho cuidado de no enojarlas por peleas, puesto que castigarían a los vivos con todo tipo de enfermedades, si se molestaran. El 1º de noviembre comienzan nueve días de danzas. Hombres jóvenes, luciendo brillantes máscaras de madera pintada, representando chivos, cerdos, burros, vacas, toros, murciélagos, venados, tigres, ancianos, caras hinchadas, negros, payasos y muertos, van de casa en casa, en cada barrio. Estos grupos de danzantes enmascarados acuden a cualquier parte donde alguien les proporcione mezcal, tepache y cigarrillos. Los danzantes con frecuencia hacen bromas acerca de sus anfitriones. Por ejemplo, los danzantes enmascarados y disfrazados como mujeres, harán lujuriosos chistes sexuales: alzando sus vestidos, invitando al anfitrión y a otros hombres a que se acuesten con ellos, “estimular la uña”, colocar “huevo con huevo”, sugiriendo implícitamente que el anfitrión ha dormido con su esposa durante tiempos prohibidos, causando la ira de los ancestros, poniendo enfermo a todo mundo. En general, esto se ve con buen humor y se recompensa con risas.

¹¹ Los huesos de los pollos y guajolotes comidas durante Todos Santos no deben tirarse, debido a que los perros pueden comérselos. En cualquier otro momento del año esto no importaría. Esto indica que los huesos están relacionados con los muertos. Esta interpretación gana peso, cuando los huesos deben ser arrojados a las aguas de Chku La Kati, “Siete-cascadas”, donde quedan protegidos por una serpiente que mantiene una flor en su cola, reminiscencia de Quetzalcoatl. Es también notable que los cuerpos de los niños que nacen muertos son arrojados en estas aguas en lugar de ser enterrados en el cementerio.

Chinantecos

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*¹²

No se observan ceremonias especiales a la muerte de alguna persona. El difunto es tendido sobre una mesa o sobre el suelo, vestido con su ropa, y se le encienden velas en la cabeza y los pies y algunas veces se le colocan flores. A esta ceremonia asiste el “cantor” para rezar, lo mismo que la banda municipal, la que toca fuera de la casa durante la noche del velorio, al que asisten los amigos y parientes del difunto llevando alimentos y bebidas. El entierro tiene lugar uno o dos días después.

¹² Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 509. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Ciclo de vida

Roberto J. Weitlaner¹³

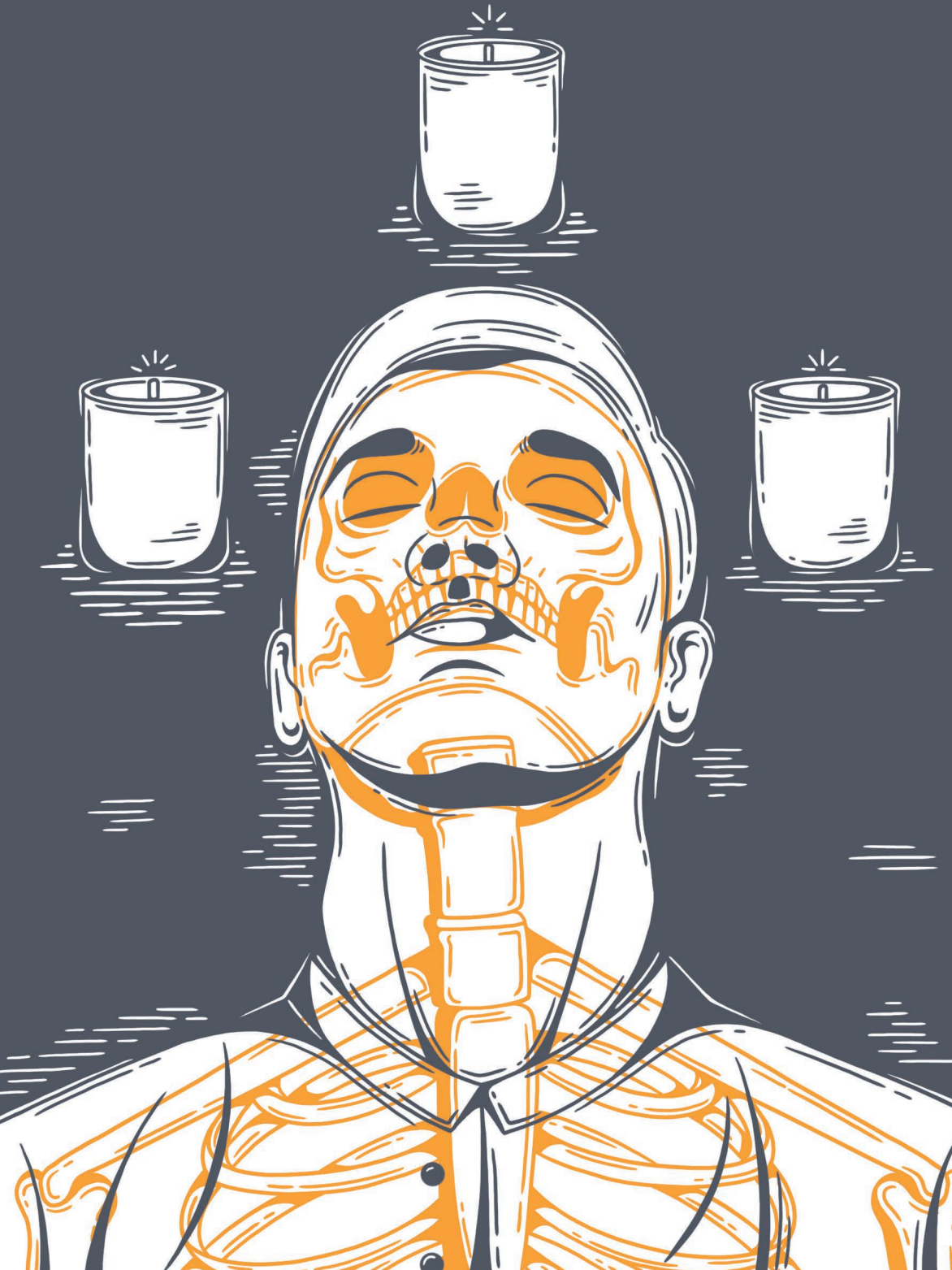
La muerte de un vecino se anuncia con toques de campana. Lo antes posible se instala en la casa del duelo un “rezador”, quien se ocupa de rogar por el alma del difunto. El cadáver, limpio y arreglado, se coloca en el centro de la habitación rodeándosele de flores, velas y sahumerios de copal.

La familia se apresta a preparar la comida y la bebida que se ofrecerá a los vecinos que acuden a presentar sus condolencias.

Al día siguiente se lleva el cadáver al panteón donde es sepultado envuelto en un petate o dentro de una caja de madera. Entre el cortejo fúnebre van los músicos interpretando las melodías que fueron de la preferencia del difunto.

En el mismo sitio de la casa donde reposó el cadáver se traza una cruz de cal y se monta un altar. Durante los nueve días siguientes al sepelio, se efectúan rezos en aplicación al perdón de los pecados del difunto. Al noveno día se “levanta la cruz”; es decir, se va recogiendo cuidadosamente del suelo la cal con la que se dibujó la cruz, acompañando esta acción de nuevos rezos. A la mañana siguiente se lleva la cal al panteón, con lo que la ceremonia del entierro queda concluida.

¹³ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1977: 42-43, 139-140, 146-147, 227-228. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Roberto Weitlaner nació en Austria en 1883. En 1922 llegó a México para trabajar en su profesión de ingeniero, aunque pronto desarrolló sus inquietudes e intereses en los campos de la etnohistoria, la lingüística y la etnología. Además de Oaxaca, realizó estudios entre comunidades indígenas de Guerrero y el Altiplano Central. En *Relatos, mitos y leyendas*, se publican una serie de narraciones recopiladas por el profesor Weitlaner en las décadas de 1940 y 1950 en la región chinanteca de Oaxaca, cuya lengua aprendió. Los relatos obtenidos fueron publicados por el INI, clasificados en nueve temas: orígenes y visión del mundo, naturaleza, seres sobrenaturales, lugares encantados, nahuales y tonas, antropofagia, brujería y curaciones, santos y religión, límites territoriales. Esta selección incluye datos generales sobre la muerte como ciclo de vida y cuatro relatos.



Matlacíhuatl, llorona y otras mujeres sobrenaturales.

Una mujer sobrenatural.

Memorata. Seres sobrenaturales.

Raymundo Antonio. Chinanteco. Santa Rosa.

Una vez el tío de Raymundo regresó a media noche a su pueblo y vio cómo una mujer en medio del camino estaba arreglándose el pelo. Cuando llegó a su pueblo contó lo sucedido a un amigo suyo. El otro hombre, su amigo, le dijo:

- Vamos de regreso y veremos. Yo voy a agarrarla.

Entonces se fueron los dos la noche siguiente a esperar en el mismo lugar donde su tío vio a la mujer la noche anterior. Como a las 11 de la noche apareció la mujer, el otro hombre empezó a andar hacia allá y anduvo, anduvo, pero el tío de Raymundo se quedó esperando en el mismo lugar.

Cuando el hombre había caminado unos cien metros, llegó al fin al lugar donde la mujer se arreglaba el pelo. Pero en el momento de llegar, la mujer creció, creció hasta la altura de 10 a 15 metros y miraba al hombre con unos ojos que parecían enormes bolas de fuego. Al fin, la mujer se sentó sobre la rama más alta de un árbol de pochota, todavía mirando al hombre aventuroso. Pero ahora el hombre estaba tan espantado que quería salir de aquí, pero no pudo moverse del lugar donde estaba por tanto miedo como tenía. Entonces el tío que no se había movido de su lugar, se acercó y tomando al hombre de la mano, lo llevó fuera de allá. Al fin llegaron a su pueblo, pero el hombre que se había acercado a la mujer tuvo que quedarse en la cama por todo un mes. Estaba como un infante; no podía caminar ni estar parado. No podía hacer nada por sí mismo y también tenía calentura.

La Matlacihuatl es un par

Creencia. Seres sobrenaturales.
Chinanteco. Tepinapa. 1954.

Matlacihuatl (¿no?). Es como gente, tiene pelo güero, viste ropa, fuma cigarros; “es un par” (¿parejas?). El agarra mujeres y ella agarra hombres. Son sombras. Cuando el informante tubo 40 años, entonces anduvo en noviembre con cielo nublado sobre el camino cuando alguien gritó tres veces *upu*, y él vio a un ser como de seis años de edad que siempre gritó de un lado. El agarró su machete y sintió que su cuerpo era como de hule y no podía agarrar el machete y él anduvo más de una y media legua y estuvo muy asustado. Probablemente era un salvaje el ser. Después llegó a su rancho y ya se calmó él.

La Llorona

Memorata. Seres sobrenaturales.
Victoriano Méndez. Chinanteco. Ozumacín. 1945.

Esta llorona anduvo antes por el camino siempre llorando, él mismo había visto a una llorona en noche de luna. Era muy grande con un sombrero grande. La mula de él echó un gran brinco y la mujer siempre anduvo detrás de él. El habló a ella pero ella nunca contestó; él subió arriba adonde estaba una casa y le contó a la gente lo que había visto, y la gente dijo que ellos también habían visto a la mujer; la mujer tenía un sombrero muy grande y una camisa negra que le daba hasta las rodillas, el informante regresó pero no alcanzó a verla otra vez. Otra gente también la había visto a ella y habían tirado hacia ella pero no le pegaron y tampoco habló. Otra vez el informante había ido al monte a cazar y se encontró con una mujer a media noche. La mujer tenía ojos verdes, ellos enfocaron sus luces hacia ella y regresaron.

Lo que ocurrió en Todos Santos

Mito. Religión (ánimas).
Cuicateco. San Juan Teponaxtla.

Había una vez un hombre que continuamente viajaba, estaba casado y tenía un guajolote y una olla de dinero. En una ocasión cuando regresó de su viaje no encontró a su mujer ni la olla.

Salió a buscarla y le preguntó al sol, quien le dijo que veía por todas partes pero que no había visto a su mujer; preguntó luego al viento quien tampoco supo, hasta que le preguntó al zopilote quien le dijo que lo llevaría sobre sus alas con la condición de que cerrara los ojos. De esta manera viajó mucho tiempo, y cuando llegaron y abrió los ojos, se encontró frente a una iglesia. El zopilote le dijo que se esperara a que se terminara la misa, que su mujer saldría hasta el final, y que sería la que llevara la falda manchada de tizne, que la siguiera sin hablarle hasta su casa. Así lo hizo, y cuando la mujer llegó a su casa, el hombre le dijo que por qué se había ido y en dónde tenía el dinero. Ella contestó que tenía que estar ahí, que el dinero estaba debajo de donde ella molía. El le dijo que regresara, pero ella dijo que iría en Todos Santos, que él matara al guajolote y que ella iría a comerlo con él. Estaban en esta plática, cuando la mujer vio que se acercaba el zorro y escondió a su esposo en unos petates para que no lo viera el zorro, porque era muy enojón.

Llegó el zorro y olfateó, después dijo:

- Me huele a mundo.

La mujer le dijo:

- Te huele a mundo porque siempre andas gritando en el mundo, y lo mandó afuera.

Salió el hombre de su escondite y la mujer le dijo que se verían en Todos Santos y que ella llegaría por la Loma del Pie.

El día de Todos Santos, él sacó el dinero y mató al guajolote, hizo un mole y lo puso en el altarcito de la ofrenda.

Se sentó en la puerta de su casa a esperar a su mujer, pero no llegó.

Cansado de aguardar entró a su casa, entonces vio a una gran serpiente que tenía la cabeza en la olla de mole, asustado buscó su machete para matarla, pero cuando lo encontró, la serpiente se había ido. De nuevo llamó al zopilote para que lo llevara a ver a su mujer. Cuando se encontró con ella le dijo que por qué no había ido el día de Todos Santos, y ella dijo:

Sí fui pero tú me querías matar con tu machete y ya nunca más regresaré.

Tradición oral del Día de Muertos

*Tomás García, Roger Merlín*¹⁴

El hombre que no puso ofrenda.

Recopiló: Irma García Isidro. Usila. Chinanteco.

¹⁴ Tomás García Hernández, Roger Merlín Arango (Comps.), *Muerte que vuelves*, México, Dirección General de Culturas Populares Unidad Regional de Tuxtepec, 1993: 85-87. Tomás García y Roger Merlín son originarios de Tuxtepec, han realizado significativas contribuciones a la investigación y la difusión de la historia y las expresiones culturales de la región del Papaloapan. El libro, cuyo subtítulo es *Días de Muertos entre los Chinantecos y Mazatecos del norte de Oaxaca*, incluye trabajos testimoniales obtenidos entre 1987 y 1992 que, en voz de los residentes en las comunidades, describen las costumbres de honrar a los muertos. Los pueblos chinantecos y autores incluidos son: San Felipe Usila, elaborado por Irma García Isidro; San José Chiltepec, Aurora Cruz Cobos; San Juan Bautista Valle Nacional, María Jerónimo Santiago; San José Río Manso, Josefina Hernández López; y San Lucas Ojtlán, Angelina Ignacio Martínez. Los dos relatos de la tradición oral chinanteca que se reproducen en esta antología, provienen del libro referido.

Cuando se acercaba el día de muertos, un niño le dijo a su padre

- Papá, ¿Qué no vamos a poner la ofrenda de muertos?... ¡Porque va a venir mi mamá ese día!
- Yo no voy a hacer nada -contestó el señor- Tu madre siempre estuvo en la cocina, si viene, que venga a ver la piedra de fuego que es ahí donde siempre estuvo cuando vivía.

Cuando llegó el día 2 de noviembre, día de muertos, se llevó a su hijo al campo a trabajar, su milpa quedaba en un lugar denominado “Chichilique”, ubicado al norte del pueblo. Estaba trabajando cuando de repente vio que venía mucha gente vestida de blanco, cuando estuvieron cerca, descubrió que eran los muertos que venían del pueblo, todos iban cargando las ofrendas que sus familiares habían puesto en el altar, algunos llevaban cocos, plátanos, camotes, calabazas, tortillas de yuca, pan, etc. Cuando este vio que al final venía su mujer rodando la piedra del fuego se asustó mucho, entonces ella le habló.

- Mira, aquí vengo con esta piedra, porque esto fue lo único que encontré y conocí cuando vine a vivir a este mundo.

La mujer dijo esto porque ella había escuchado cuando el señor se negó a poner la ofrenda. Poco después este señor cayó enfermo y más tarde se murió, pues había hablado con un muerto y había faltado a una tradición que no se puede romper.

La familia que no quiso poner altar.

Recopiló: Aurora Cruz Cobos.
San José Chiltepec. Chinanteco.

Había una vez una familia que no quiso poner altar y ofrenda de día de muertos. Ellos decían: por qué hacerlo, por qué trabajar en los días que les daban para descansar en su trabajo; para ellos era preferible no hacer nada y decidieron mejor irse de día de campo a un cerro, pero cuando iban subiendo a éste, vieron mucha gente, adelante venían los niños y atrás los grandes. Entre éstos descubrieron a sus padres, tíos y sobrinos que ya habían muerto; todos vestidos de túnicas blancas, iban rumbo al pueblo flotando en el aire.

Sin embargo, esta familia no hizo mucho caso de lo que vio y pasaron la noche tranquilamente en ese lugar, pero al día siguiente cuando decidieron regresar a su casa vieron nuevamente a las gentes que habían visto el día anterior que venían ya de regreso, solo que ahora cargados con ponites de ofrendas que les habían dado sus familiares, a excepción de sus padres que solamente llevaban unas tortillas y un bultito de quelite.

Todos iban contentos menos sus padres. Y más tarde, cuando ya se habían marchado, la familia sintió como un aire frío que invadía todo su cuerpo, cayendo privados por éste, un buen rato. Cuando recobraron el conocimiento, asustados por lo sucedido, se fueron rápidamente al pueblo y le contaron a los vecinos lo que les había pasado; estos le dijeron que eso era un castigo de Dios por no haber ofrendado a sus muertos y ese castigo hubiese sido más grande y doloroso de no haber sido por quienes les pusieron unas veladoras, un santo y unas tortillas con quelite, como ofrendas.

Entonces la familia se arrepintió de no haber ofrendado a sus muertos y prometieron hacerlo para el próximo año, pero después de hacer esta promesa, murieron de tristeza.

Poner la ofrenda para esta actividad, es una tradición muy antigua; se piensa que las personas deben cumplir con ellas todos los años y aquellos que no lo hagan, recibirán un castigo por su falta y por apartarse de las normas socialmente aceptadas por el grupo.



Chocholtecos

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*¹⁵

Al momento de morir una persona, se le amortaja y se le viste, tendiéndosele en el suelo o en la cama, si el difunto era de algunas posibilidades. A continuación se practica la ceremonia mortuoria conforme a los ritos católicos, y una vez por año se observa una festividad de los muertos.

Como costumbre típica en estos casos, existe la de colocar en el suelo de la casa platos con alimentos y tazas de chocolate que cubren con flores. Después de colocado todo esto dejan solo al cadáver durante la noche, y al día siguiente vuelven a las seis de la mañana y los parientes y demás dolientes se toman todos los alimentos.

¹⁵ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo III: 432-433. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Chontales

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*¹⁶

Cuando moría un chontal, se le vestía con su escasa indumentaria, se le adornaba con sus mejores joyas y se le tendía en el suelo o bien en un *tapexco*, poniéndole los brazos en cruz.

La familia recibía el duelo de parientes y amigos, y además algunos auxilios, que eran correspondidos en idénticas circunstancias.

Se hacía el sepulcro en el suelo o en una cueva, y se procuraba que estuviera cerca de algún *teocalli* o en un sitio boscoso. El sepulcro era cuadrilongo, de dos metros de largo por uno y medio de profundidad.

El sepelio se efectuaba al día siguiente del fallecimiento, envolviendo el cadáver en un sudario de manta, y así era llevado hasta el sepulcro, en hombros de los parientes y amigos.

Al sepultarlo, se ponían alrededor del cadáver varios utensilios de barro que contenían alimentos, los cuales, según decían, debían servir al difunto en ultratumba, además de sus armas, si era guerrero.

¹⁶ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo III: 226-227. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Después se le cubría con tierra y se retiraba la comitiva. Cuando para el sepulcro se elegía alguna gruta, el cadáver era depositado en el lugar más recóndito y oscuro.

En la época de la Colonia se enterraban los cadáveres en los templos, o bien en los cementerios de éstos. La práctica era aceptada de buen modo por los indios.

Muerte

Paul R. Turner¹⁷

Los niños sin bautizar no son objeto de duelo porque creen que todavía no tienen alma. Los ya bautizados son objeto de duelo por su familia y parientes, que se reúnen en la casa del difunto, al que visten con su mejor traje, y le ponen una calabaza con agua y tortillas en una bolsa sobre el petate para el viaje a la otra vida. Si se trata de una mujer, la calabaza y las tortillas envueltas en una servilleta van acompañadas de un peine, una aguja e hilo y una tela para poner remiendos.

La banda del pueblo y los cantores dicen misa en la casa del difunto mientras los parientes más próximos a éste sirven de comer a los invitados. Después llevan el cuerpo, en procesión, hasta la iglesia, en donde queman incienso y sahúman el cuerpo salpicándolo con agua salada. De aquí lo llevan al cementerio.

La fosa tiene como 1.5 metros de profundidad, y de ancho justo lo suficiente para que el cuerpo pueda bajarse; ponen encima una plataforma hecha con tablas o postes que queda como a 30 centímetros encima del cuerpo. Sobre ésta echan la tierra, de tal manera que so-

¹⁷ Paul R. Turner, *Los chontales de los altos*, México, SEP, 1973: 76-78. El profesor Paul Turner estudió antropología en la Universidad de Chicago y posteriormente fue docente en las universidades de Nebraska, Oklahoma y en Wheaton College. El trabajo de Turner se centró en San Matías Petalcatepec (municipio de San Carlos Yautepec, en la Sierra Sur), fue resultado de dos estancias: la primera de 1959 a 1963, cuando estaba asociado al Instituto Lingüístico de Verano; la segunda, de 1964 a 1969, como antropólogo.



bre la tumba queda un montículo. Si se trata de un niño, colocan sus juguetes sobre la tumba, junto con varias mazorcas de maíz y varios cuencos. Lavan con agua las herramientas que han usado para cavar la fosa, y también se lavan las manos los que las han usado. Después regresa el duelo al pueblo, junto con los cantores y la banda.

Crean que el alma del difunto anda en torno al pueblo nueve días después de enterrado, y durante ese tiempo hay novenas. A los que van a casa del difunto durante la novena, se les da de comer; la banda y los cantores celebran misas. Después van en procesión a la tumba, en donde queman incienso para que se lleve el alma al cielo. En la fiesta de difuntos, las autoridades del pueblo, con la banda,

los cantores y otros miembros de la comunidad, van al cementerio. Entonces las autoridades invitan a todos los difuntos a que regresen al pueblo a comer el pan y los tamales que para ellos han colocado sus parientes. Después que los difuntos se han comido la *esencia* de esa comida y han dado una vuelta por el pueblo, los regresan en procesión al cementerio. Los parientes regresan llevando consigo los alimentos que habían colocado en las tumbas de sus seres queridos. Posteriormente se la comen junto con la demás que se ofreció en esta ocasión.

Por la noche evitan pasar por el cementerio y temen a los muertos porque, si no quedan satisfechos de la forma en que viven sus parientes, cuando van a visitar el pueblo en día de difuntos, pueden decidir llevarse con ellos a los vivos. De tal manera que los difuntos son un factor conservador en contra del cambio, sobre todo para los cambios de ideología o religión.

Cuicatecos

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*¹⁸

A la muerte de un indio se acostumbra amortajarlo y vestirlo con su ropa. A continuación lo tienden en el suelo o en su cama, si es que la tiene, y luego se efectúan el duelo y el velorio, que se prolonga por toda la noche. Generalmente, el entierro del cadáver se efectúa a las 24 horas; pero todas las ceremonias mortuorias se hacen de acuerdo con el rito católico. No observan ninguna ceremonia especial ni tienen práctica alguna de carácter pagano en estas ocasiones, excepto el día de difuntos, en que tributan culto a sus muertos, adornan los sepulcros y sobre ellos colocan frutos y viandas.

¹⁸ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 483. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Costumbres y tradiciones de Santa María Pápalo Hilario Concepción Roque¹⁹

Funerales. En un fallecimiento primeramente se debe preparar el cadáver, lavarle la cabeza, pies y manos con agua de hoja de naranjo hervida. Se le cambia la ropa, se le cubre con la mortaja y se le pone en la cabeza un paliacate anudado por debajo de la mandíbula inferior, librándole la cara. Las manos puestas en el pecho con los dedos entrelazados, entre los que se coloca una cruz hecha de palma. Se prenden velas y veladoras en el contorno, con muchas flores de cualquier color. Después se avisa a la autoridad municipal para que libere la inhumación (aquí no menciono al médico porque estoy hablando de épocas más antiguas). La autoridad entonces se comunicaba con el encargado de la iglesia católica, para que anunciara que había un fallecimiento. Por la manera de repicar las campanas se podía saber si era una persona adulta o un menor el que había fallecido. Después del retoque de campanas empezaban a llegar las visitas, la mayor parte con diferentes obsequios. El difunto debía estar tendido sobre un petate nuevo. Por la mañana del día del entierro llegaban personas que ayudaban en la excavación de la sepultura, y a quienes se les daba el almuerzo. Una vez lista la excavación, se colocaban tablas adentro en forma de féretro. Después de terminar el trabajo, todos regresaban y se les ofrecía la comida de mediodía. Concluida la comida, se volvían a repicar las campanas para anunciar que la sepultura ya estaba lista y que la hora del entierro estaba próxima. Posteriormente, se repicaban de nuevo cuando el difunto salía de su casa para el panteón y en cuyo cortejo no podía faltar la banda municipal. Después del en-

¹⁹ Hilario Concepción Roque, *Historia cuicateca*, Mérida, Yucatán, Grupo Impresor Unicornio, 2012: 71-75. Hilario Concepción Roque, originario de Santa María Pápalo (Cuicatlán), comenzó esta obra en la década de 1970 y dedicó más de treinta años a elaborarla; el autor la concibió como una forma para que sus vecinos y paisanos reflexionen sobre las tradiciones y formas de ser de los cuicatecos. El libro fue publicado con recursos del Fondo Institucional de Fomento Regional para el Desarrollo Científico, Tecnológico y de Innovación, de CONACyT.

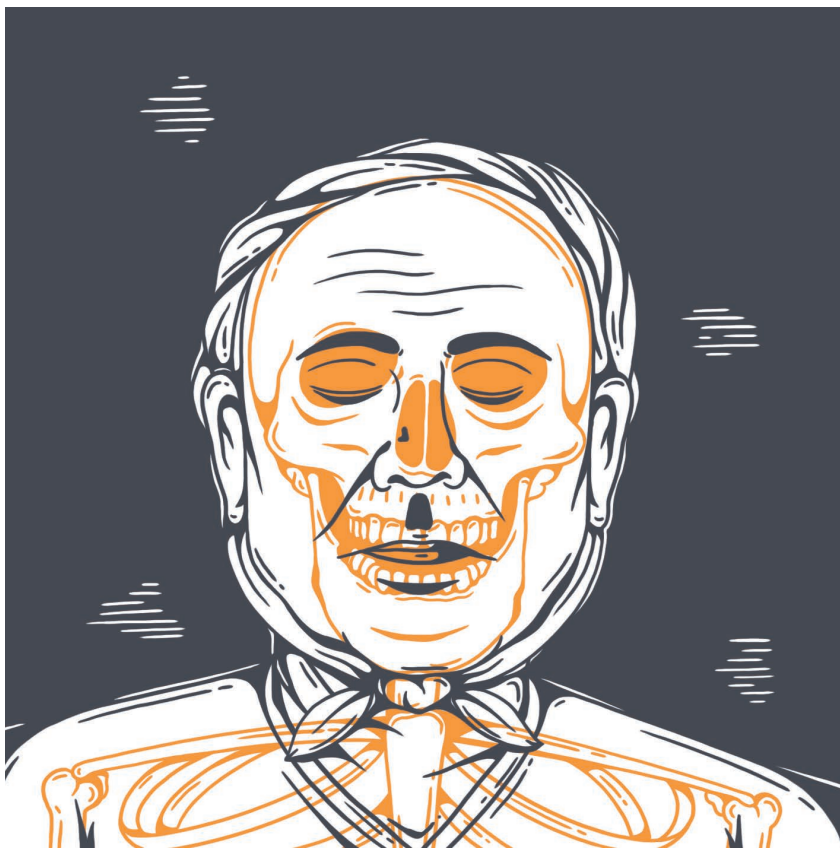
tierro algunas personas regresaban para acompañar otro rato a la familia en su dolor. Durante el novenario se hacían rezos por las noches y al final se llevaba una cruz adornada con flores a la sepultura donde descansaba para siempre el ser amado. Cosas que suceden en la vida del ser humano, el momento más amargo de los amargos, el momento en el que Aquel dijo: “pues polvo eres y al polvo volverás”.

Fiesta de Todosantos. Hasta antes de 1960, la gente de Peña Verde y Teponapa pasaba la fiesta de todosantos en Santa María. La distancia que separa a este último pueblo de los primeros es de 3 a 4 horas de camino a pie, a veces hasta más. De dos a tres semanas antes de la fiesta, la gente empezaba a acarrear sus cosas y animales; los hombres traían cargando los pollos y guajolotes en el *tencolote* (huacal en forma de litera), en el cual cabían de 9 a 12 pollos. Como la mayor parte de la gente no criaba bestias de carga, usaban a los bueyes en el acarreo de maíz, frutos y otras cosas. Las señoras y los niños participaban en los viajes cargando tenates llenos de cosas. Además, ellas se encargaban, por ejemplo, de las guajolotas que tenían polluelos y que venían caminando por todo el camino siguiendo a sus dueñas; las señoras o los niños cargaban en la mano una jícara con maíz y también cargaban a los polluelos, de manera que la mamá guajolota seguía el ruido del maíz y la piada de los polluelos. Los borregos también participaban en estos viajes cargando las cobijas atadas a sus cuernos con una lía para que no se cayeran en el camino. Los cerdos a veces eran jalados por sus dueños y otros caminaban solos. A las personas que salían ya muy tarde de su pueblo las cogía la noche en el camino, de manera que llegaban hasta el otro día por la mañana.

En aquellos tiempos las agencias todavía no contaban con panteón, por eso cuando alguien moría, llevaban cargando el cadáver en una camilla envuelto en un petate hasta el pueblo; una sola persona lo cargaba en forma vertical. Cuando se podía conseguir, un rezandero se encargaba de rezar durante todo el trayecto. Mucha gente

acompañaba el cadáver y muchos lloraban por todo el camino, principalmente los familiares.

La fiesta de Todosantos es muy popular en todo México y otras partes. Para esta fiesta, en Santa María Pápalo se celebra primero a los angelitos en una fecha que oscila entre el 28 y 29 de octubre. El día primero de noviembre casi todo el mundo pone su altar, adornándolo con carrizo y flores de cempazúchitl. Primero se pone un petate nuevo en el altar, en el que se colocan estampas de santos; después se adorna con carrizos que forman un arco al frente del altar, y en



medio del arco y a los lados se forma una cruz. Después de adornar con las hojas del carrizo se cuelgan frutas.

El altar debe ser adornado, si existen, por el yerno o por el compadre (quien pidió llevar a los hijos al bautizo), y ellos consiguen los carrizos y las flores. A ellos también les toca matar a los pollos y limpiarlos en la víspera, así como -en la época en que no había luz eléctrica- llevar un tercio de leña y un trozo de ocote para poder hacer el trabajo en caso de que se haga de noche.

En esta fiesta, todo en el altar debe ser nuevo y no deben faltar velas y veladoras prendidas de día y de noche. A medio día del primero de noviembre es costumbre que los músicos de la banda municipal y demás personas acudan al fortín para hacer responsorios; estando ahí, uno de los topiles de la iglesia redobla las campanas indicando que los muertos ya no tardan en llegar. Del fortín se van al panteón a buscar a los muertos y regresan tocando responsorios hasta llegar a la iglesia; en cada paraje se queman cohetes. No faltan los niños porque les gusta mucho la música. Mientras tanto, las señoras se encuentran atareadas en la cocina preparando el mole para ofrendar a los muertos. La ofrenda consiste en mole de pollo o de guajolote, carne de cerdo, tamales de frijol, nacatamal (tamal de carne: pollo, pavo, puerco o venado), pan, frutas, refrescos, etc. Las ofrendas no se pueden consumir durante estos días, sino hasta después de que se hayan ido los muertos, pues se cree que si se consumen antes los difuntos piensan que se les escatima la comida.

Por la tarde del día tres de noviembre, los músicos tienen que ir a dejar a los muertos y en el trayecto no pueden faltar los cohetes. Ya desocupadas de sus quehaceres y acompañadas de los niños, las mujeres participan en estos momentos, en los que mucha gente pide se hagan responsorios a sus difuntos antes de que se retiren los músicos. Anteriormente, las campanas se tocaban hasta un mes, pero ahora solo se tocan durante la fiesta. Antes de 1970 toda

la gente iba a Cuicatlán a hacer sus compras para la fiesta, porque ahí se encontraba el único centro comercial en aquel tiempo; había que caminar ocho horas de ida y otras ocho de regreso hasta el día siguiente, cargando las cosas en la espalda porque no había medios de transporte como ahora. Después de la fiesta se realizaban tequios como la reparación de puentes y caminos.

Huaves

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*²⁰

Cuando muere un indio, lo amortajan, lo visten con su ropa, tendiéndolo en el suelo o en su cama. En seguida tiene lugar el duelo, durante el cual la familia ofrece desayuno, comida y cena, así como licores a los dolientes. Entierran a las personas a las 24 horas de muertas. Tributan culto a los difuntos adornando cada año sus sepulcros y colocando sobre éstos flores, frutas y viandas.

Tienen la costumbre de enterrar a sus muertos acompañados de música, ejecutando, generalmente, piezas sentimentales, entre ellas el famoso *Dios nunca muere*, que ha venido a ser como el himno de las razas de Oaxaca. Acostumbran también que todos los amigos y familiares del muerto ocurran a la casa de éste, llevando algún óbolo en efectivo, en alimentos, etc., para contribuir a los gastos mortuorios. Depositán los cadáveres en la tierra, pero siempre viendo hacia el oriente, como una reminiscencia de sus antiguas costumbres.

²⁰ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 469. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

El mundo de lo sagrado

Laurette Séjourné ²¹

En ocasión de las fiestas de Todos los Santos, se hace manifiesto que el anonimato en el cual está sumergido el individuo en San Mateo del Mar, así como su dependencia incondicionada respecto al grupo, se extiende hasta los mismos muertos. La actuación de los seres desaparecidos está estrechamente mezclada a la de los vivos y las invocaciones para hacerlos aparecer cuando el brujo diagnostica un “mal de muerto” son un artículo de primera necesidad, indispensable para toda la familia. A pesar de la intimidad de estas relaciones, no es más que una vez al año cuando las almas pueden circular libremente en el pueblo, oportunidad en que se les reserva una solemne recepción, siguiendo así las costumbres de casi todos los grupos étnicos de México. Pero, contrariamente a lo que pasa en otras partes, el altar que cada familia levanta en su honor no está aquí dedicado a algún difunto en particular, lo que imprime a las fiestas un carácter completamente impersonal.

Hay algo más que destaca la singularidad de la gente de San Mateo del Mar: su hostilidad hacia todo lo ajeno al grupo es tan consecuen- te, que llegan hasta boicotear sin piedad a aquellos de los suyos que

²¹ Laurette Séjourné, *Supervivencias de un mundo mágico. Imágenes de cuatro pueblos mexicanos*, México, SEP, FCE, 1985: 108-116. Laurette Séjourné (1911-2003) fue una antropóloga, etnóloga y arqueóloga de origen italiano, nacionalizada mexicana; participó en el equipo de exploración que descubrió la tumba de Pakal en Palenque. A mediados del siglo pasado realizó un viaje por Oaxaca; parte de las experiencias de su estancia se publicaron en el libro *Supervivencias de un mundo mágico* (Tezontle, 1953), ilustrado por la pintora inglesa, nacionalizada mexicana, Leonora Carrington. En dicho viaje estuvo en el santuario de Juquila; en Cuixtla, poblado zapoteco en la Sierra Sur; en el pueblo chatino de Yaitepec y entre los huaves de San Mateo del Mar. La lectura del trabajo de Sejourné refleja sus impresiones ante la persistencia de expresiones materiales y espirituales de las culturas de origen mesoamericano; su mirada, propia de mediados del siglo veinte y enfocada al progreso y desarrollo, registró que en la visión huave (ikoots) a los muertos se les teme porque causan enfermedades, no hay que pensar en ellos; las almas más peligrosas “son las de los hombres muertos por accidentes fuera del pueblo, porque, no encontrando lugar de reposo, recorren los caminos con esperanza de introducirse en el cuerpo de un ser viviente.” (1985: 107)

han muerto fuera del pueblo, como si el hecho de haber salido de él los arrojara en la impura condición de extranjeros.

El concepto de que existen almas que han olvidado el camino de su tierra natal se halla muy difundido; era, en cambio, la primera vez que veía yo rechazar esas almas. En los diferentes lugares en que he asistido al Día de Muertos, observé siempre la existencia de un pensamiento caritativo hacia las almas errantes: un cirio en el umbral de una puerta o una modesta mesa de ofrendas en el interior de la casa son las limosnas de recuerdo humano que cada familia da a las almas perdidas que pudieran pasar por ahí...

Nada parecido se da en San Mateo del Mar, sino que, al contrario, se vigilan las almas de cerca a fin de que no puedan mezclarse impunemente con la comunidad de los muertos respetables. La gente asegura que cuando una de esas almas extrañas intenta colarse en la iglesia con la esperanza de compartir las ofrendas que le permitirían incorporarse a las filas de los puros, el portal, indignado, le impide entrar. He oído decir que el sacristán ve a menudo la pesada puerta del templo cerrarse sola en la nariz de una de estas almas fiera de la ley.

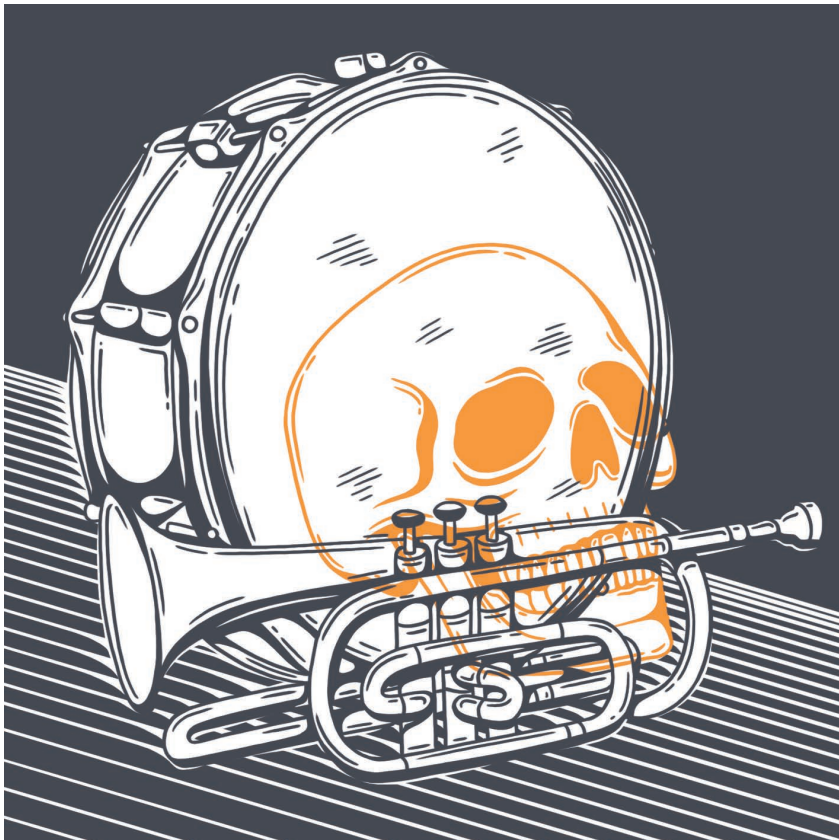
Con algunos días de adelanto, la población entera se prepara para recibir a sus muertos. En las casas, las mujeres trabajan duramente para elaborar las bebidas y los alimentos gratos a las almas; en el mercado, se arrebatan las velas a medida que son confeccionadas y se espera con impaciencia la llegada de los vendedores ambulantes que traerán el *cempoaxúchitl* (gruesa flor amarillo-naranja, de perfume acre, que tiene en México la función de los crisantemos), y los *panes de muerto* en forma de ángeles, de conejos o de ciervos.

Al mediodía del primero de noviembre, las campanas comienzan a tocar, y las almas, que no esperan más que esta señal, se precipitan sobre la tierra. Regresarán al alba a sus residencias respectivas -las hay que vienen hasta del infierno-, cargadas con las ofrendas de los

vivos. Las que vuelven con los brazos vacíos no dejarán de enviar las peores calamidades a los olvidadizos que no las han ayudado con un recuerdo.

Al son de la campana que se hará escuchar sin descanso hasta la mañana siguiente, los aldeanos dan la bienvenida a sus muertos. Se comienza a cantar las oraciones delante de cada altar familiar; en casa de las autoridades se llevan a cabo ceremonias secretas, reservadas exclusivamente a los hombres; las mujeres van las unas a casa de las otras ofreciendo tantas velas como difuntos recuerdan: hay niñas que se detienen tímidamente en el umbral de una puerta y tienden una vela solitaria, y viejas cargadas de haces de cirios.

Animadas por el paso incesante de estas portadoras de ofrendas, las callejuelas adquieren una belleza impresionante. Es que, con la presencia de las almas, el pueblo aparece de pronto en toda su autenticidad. El atavío y el comportamiento de las mujeres, por ejemplo, son precisamente los de sacerdotisas acostumbradas a la intimidad con lo sobrenatural: la gruesa tela roja que ciñe la cintura y que cae hasta el suelo; la amplia blusa cuadrada, negra o amarilla, bajo la cual el busto está desnudo; la pieza de algodón blanco, grande como una sábana que, de la cabeza, cae severamente sobre los hombros y las espaldas. Silenciosas, erguidas y concentradas, llevando en la mano cirios ornados de *cempoaxúchitl*, avanzan sin moverse y desaparecen... Las casas, a su vez, no son más que los templos múltiples de una misma área sagrada, y el altar que cada una posee en su interior es el punto más vivo en ellas. Numerosos cirios expanden su luz dorada en la pieza, generalmente oscura, pues las chozas no tienen otra abertura que la muy estrecha de la puerta, y el techo y las paredes son tan estrechos que no dejan filtrar la menor luz. Las flores, las frutas, la albahaca -planta que desempeña papel predominante en la hechicería-, la cera y el copal que arden la llenan de un intenso perfume religioso. La gente se va relevando ante la mesa de las ofrendas para cantar las oraciones con un fervor que no decaerá hasta la mañana siguiente.



La noche, ayudada por la luna llena, pondrá más en relieve todavía el sentido profundo de las cosas, y el pueblo entero aparecerá como encerrado en un sortilegio: las masas sombrías de las chozas que avanzan sobre las callejuelas como mejor les parece, según un orden totalmente extraño a la línea recta; el suelo, caliente y movedizo, que se desplaza obstinadamente bajo los pies; los grupos de hombres, que flotando entre los vapores del alcohol ritual pasan como sonámbulos; las plegarias que se elevan por encima de cada habitación como espesas columnas de humo.

La choza que me abriga no escapa evidentemente a la suerte de las otras, y me será imposible dormir a la luz de los cirios, entre los per-

fumes que atacan la garganta, el clamor de los rezos y las continuas idas y venidas. La luna está todavía alta cuando las mujeres se apresuran a ir al cementerio vestidas con sus más bellos atavíos. Mi deber de investigadora me obliga a seguirlas, pero me parece que cometería una indiscreción sacrílega asistiendo a sus adioses con los muertos y siento verdadero alivio cuando me prohíben hacerlo. En la puerta, el dueño de casa conversa con varios amigos, todos en completa ebriedad. No atreviéndome a enfrentarlos, me quedo largo rato bloqueada en un rincón de la plaza escuchando sus parloteos, en que mezclan a veces palabras en español. Y es entonces cuando, de la manera más imprevista, se eleva un canto cuya perturbadora extrañeza sobrepasa todo lo demás: son algunas notas de *La Internacional*.

De repente, la plaza, vacía desde hace dos días -los vendedores ambulantes la han abandonado sabiendo que durante estas fiestas no se pesca-, vibra de color y movimiento. Las mujeres que vuelven del cementerio cruzan, sin parecer verlos, los grupos de hombres titubeantes que salen de la iglesia, donde, desde la víspera, montan la guardia turnándose alrededor de la mesa de las ofrendas.

Un poco más tarde, la plaza tomará el aspecto de un campo después de la batalla: cuerpos tendidos por todas partes; hombres que avanzan penosamente bajo el duro sol se detienen para recobrar el equilibrio, dan algunos pasos inciertos antes de derrumbarse. De vez en cuando aparece la silueta hierática de una mujer: se inclina con veneración sobre uno de estos cuerpos tendidos y lo lleva como un precioso botín. Toda la población masculina, sin excepción, está completamente ebria, porque ningún hombre podría, sin pecar gravemente, dejar de brindar con las almas de visita.

Asistí a un diálogo revelador a este respecto: como el joven maestro de escuela, sufriendo él mismo los efectos de una borrachera atroz, preguntaba a un venerable anciano no sé qué cosa, este último, sorprendido de que se le pudiera hacer tal pregunta, contestó: “Pero cómo... no podía... estaba bebiendo.” Es necesario agregar que esta

borrachera colectiva y sagrada es de los más pacífico: durante las veinticuatro horas que los hombres bebieron, no se registró ningún incidente. La única novedad, aparte del aspecto chusco de la plaza y de las calles, era que esta gente, de ordinario tan taciturna y cerrada, se volviera locuaz y llegara hasta manifestar cierta ternura.

Para concluir, desearía subrayar el rasgo más desconcertante del carácter de esta gente arcaica: la inexistencia absoluta de autonomía y de conciencia individuales. Todo indica que en San Mateo del Mar el individuo no ha emergido todavía de la nebulosa formada por la tradición y que es únicamente el grupo el que piensa a través de él. Hasta su cuerpo, como se ha podido ver, está desprovisto de realidad objetiva, porque es siempre fuera de él donde se busca la causa del mal y se aplica el tratamiento, ya que la enfermedad no aparece sino como un fenómeno de repercusión, sobre el individuo, de lo que pasa en el grupo. El hombre pone su vida al servicio exclusivo de la masa pasional que es la comunidad, cumpliendo minuciosamente un ritual que anula en él toda libertad, lo convierte en una cosa, y lo hace impotente para el menor esfuerzo creador.

La muerte

*Italo Signorini*²²

Tras el nacimiento (entrada en el mundo) y el matrimonio (entrada en la sociedad), el tercer momento-crisis de un individuo está representado por su salida del mundo y de la sociedad.

²² Italo Signorini, *Los huaves de San Mateo del Mar*, México, INI, 1991: 47-49. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Este trabajo fue resultado de una investigación realizada dentro de la Misión Etnológica Italiana, dirigida por Vinigi Grottanelli (Instituto de Etnología de la Universidad de Roma). Signorini, director de la Misión, estudió a los huaves de San Mateo del Mar durante una estancia de catorce meses entre 1975 y 1977.

Los Huaves consideran como una buena muerte a la que no es dolorosa, que no llegue en edad demasiado avanzada (la longevidad es considerada un castigo en vida por los pecados cometidos) y que permita al moribundo el consuelo de la afectuosa presencia de parientes y amigos venidos a decirle adiós con regalos. Sea el difunto que los vivos no deben sentirse tristes por no haberse podido saludar: esto mantendría entre muerto y vivos una corriente de pensamiento y de nostalgia cargada de peligros para la salud estos últimos.

Cuando uno siente que su fin se aproxima, empieza a asignar sus bienes (si es anciano, lo que todavía no haya repartido); advierte a los familiares, según sus simpatías, de quién tendrán que ser aceptados los regalos fúnebres y de quién no; llama a los amigos a los que quiera confiar alguna disposición secreta; decide quién tendrá que lavar su cadáver, quién lo vestirá y quién será el encargado de las oraciones. Finalmente -y esta es su decisión más importante- establece cuál de sus parientes se encargará de los ritos necesarios para que su alma pueda abandonar la tierra. El familiar al que le toque este deber recibirá algo más para sostener la carga de las ceremonias previstas; castigo de un eventual incumplimiento sería su exclusión de la herencia por parte de los demás parientes, ayudados por las autoridades municipales si es necesario.

En sus últimas horas el moribundo recibirá la visita del *nec tiiid nandeow* 'el que pone en camino al muerto', un especialista de la oración que volverá a ser llamado después de la muerte para recitar otras oraciones hasta que los restos mortales no se entreguen a los *monarang obre* 'los que hacen el trabajo'. Estos tienen que tomar el cadáver -que mientras tanto ha sido arreglado en casa mirando al "santo", es decir, con la cabeza hacia el sur- ponerlo en el ataúd y llevarlo al cementerio acompañado por un grupo de cantores, pertenecientes a la línea de cargos de la Iglesia.

El entierro tiene lugar en el cementerio, en donde varones y mujeres se colocan separados y las tumbas se mantienen cubiertas de flores

y de objetos amados por los difuntos. Fuera del cementerio se entierra a los muertos de muerte violenta, que Dios no acoge, porque el funesto suceso ha modificado el curso del destino que Él había fijado, y por lo tanto debe considerarse obra del demonio. Sus almas se quedan para siempre en la tierra, hostiles fantasmas vagantes.

En cambio, todos los demás difuntos pertenecen a Dios. Pero para que suban al cielo con Él, es necesario que se lleve a cabo un ciclo de ceremonias a lo largo de un año: a los nueve días, a los cuarenta, a los seis meses y cuando se cumple el año. Consisten en oraciones recitadas durante horas por los parientes con la ayuda del *nec tiiid nandeow*, y terminan con una comida. Las oraciones son muy importantes -especialmente las de los nueve días, cuando el muerto va y viene, hesitando en alejarse del lugar en donde ha vivido hasta ese momento- porque permiten al alma del difunto aprenderlas bien de memoria. Saber estas oraciones es esencial para superar el examen a que será sometida por San Pedro.

El ciclo se concluye al año si existen posibilidades económicas y voluntad por parte del que fue encargado; si no, se postergará, agrupando a veces en una sola ceremonia las correspondientes a varios difuntos. La conclusión se llama *ah tep nicec* 'sube la ofrenda'. Se articula en tres días, según el mismo ritual que se sigue para las fiestas de mayordomía.

Las concepciones escatológicas son vagas y variadas. No existe una idea precisa sobre el ultratumba y sobre el destino reservado a las almas, excepto que el cielo es el lugar a donde van, siempre que se hayan cumplido las ceremonias antes indicadas. En caso contrario, el alma se queda en la tierra, junto al cuerpo que la había contenido. Un punto constante es la creencia que después de la muerte se conserva el propio sexo y la propia identidad y por lo tanto, que es posible volverse a encontrar.

Excepto para las personas que conocen mejor la doctrina católica, el cielo no es el lugar reservado a los “buenos”, opuesto a un infierno reservado a los “malos”. Observando los ritos prescritos, la entrada en el cielo se concede a todos, independientemente de la conducta terrena. Si existe el infierno, consiste en la exclusión perpetua que toca a aquellos de los que el demonio se adueña, lo que se pone en evidencia con una muerte violenta (asesinados, ahogados, matados por un rayo).

Los muertos observan la vida de los hombres, pero no intervienen. Una relación correcta entre vivos y difuntos es el saber mantenerse cada uno en su propio ámbito. Sólo pueden volver a encontrarse el 1º de noviembre cuando a lo largo de los hilos de tantos papalotes que con tal fin se elevan sobre San Mateo, los muertos descienden a la tierra y durante un día gozan de la comida y de la compañía de los vivos. Son llamados según una lista que un anciano de la familia conserva escrita o en su memoria y de la que un difunto puede ser borrado si provoca una enfermedad a un pariente vivo y no cede ni siquiera después que se haya cumplido todo lo exigido por él.

Mazatecos

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*²³

La tribu mazateca guarda un profundo respeto a sus muertos; cuando alguien muere, velan el cadáver en su casa, colocándolo en la parte media de la sala, con una piedra bajo la cabeza a manera de almohada; le ponen sus mejores ropas, y si tienen posibilidades, lo colocan en una cama en la cual le ponen algunos granos de cacao, a fin de que le sirvan de moneda en la otra vida y pueda atender a sus necesidades. Llegado el momento de enterrarlo, lo conducen al panteón todos los familiares y amigos, hasta depositarlo en el sepulcro, en donde colocan una cruz que les sirve de señal.

El día de muertos, los familiares concurren al panteón para desyerbar el sepulcro de su deudo, ponerle flores, encenderle velas, etc.; acostumbran comer sobre la tumba y no se separan sino hasta por la tarde, cuando ha cesado toda la ceremonia y han quedado satisfechos.

Cuando se trata de un niño, lanzan cohetes al aire hasta llegar al cementerio.

²³ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 465. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Del nacimiento a la muerte: creencias y prácticas rituales

Alfonso Villa Rojas²⁴

Nota preliminar

Los datos que ahora pasamos a presentar corresponden, casi en su totalidad, a los municipios de Soyaltepec y de Ixcatlán que tienen costumbres bastante semejantes; como ya sabemos, el municipio de San José Independencia conserva todavía la influencia cultural de la parte alta y, muy especialmente, de la zona de Huautla de donde partieron sus pobladores de más antigüedad. Las diferencias de más significación entre estos dos planos culturales las iremos señalando en el curso de nuestro relato. En las páginas que siguen habremos de enfocar nuestro interés en las formas de conducta y ceremonias principales que dan realidad social a los diversos períodos que van señalando el desarrollo de la existencia humana. Desde que el individuo nace hasta que muere, se hace preciso darle apoyo ceremonial, a través de actos mágicos o religiosos, a fin de que su existencia se deslice con el menor número de contratiempos o de infortunios; cumplir con todos los detalles y formulismos que señala el código ético y religioso del grupo, constituye la base primordial de una vida ejemplar y tranquila. En el relato que ahora iniciamos, nos ocuparemos, en primer término, de todo lo relativo al noviazgo hasta la culminación en el matrimonio; ya luego iremos dando a conocer los otros aspectos de la existencia que integran el ciclo de vida. (Nota, los aspectos son: Noviazgo y matrimonio. Embarazo y parto. Bautismo y compadrazgo. Enfermedad y brujería. La muerte).

²⁴ Alfonso Villa Rojas, *Los mazatecos y el problema indígena de la Cuenca del Papaloapan*, México, INI, 1955: 111, 120. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Alfonso Villa Rojas fue maestro rural yucateco, realizó estudios de antropología en la Universidad de Chicago y efectuó estudios etnográficos en Quintana Roo y Chiapas. Además, en el contexto de la construcción de la presa Miguel Alemán fue comisionado por el Instituto Nacional Indigenista (INI) para realizar estudios etnográficos en la región de la Cuenca del Papaloapan, zona que recorrió en 1948 y 1952; particularmente registró sus visitas a los popolucas de Sayula (Veracruz), los chinantecos de Ojiltán y los mazatecos de Soyaltepec (ambos en Oaxaca).

La muerte

Lo primero que se hace cuando ocurre un fallecimiento en la cabecera, es repicar las campanas de la iglesia anunciando la partida de un vecino del lugar. Si la muerte ocurre en alguna ranchería, entonces, las campanas se repican cuando el cortejo fúnebre llega al pueblo para inhumar el cadáver. Durante todo el tiempo que el difunto permanece en la casa, se procura que un rezador profesional esté junto a él haciéndole los rezos y cánticos que señala la Iglesia para tal ocasión.

Cuando ocurre la muerte, el difunto es bañado y vestido con ropas limpias; este baño se hace con la sola intención de que esté limpio y no para purificarlo, como sucede entre los mayas de Yucatán. Después se le tiende en un catre, sobre unas tablas o sobre un petate puesto en el suelo en caso de tratarse de persona muy pobre; a su lado se ponen flores, cirios de cera negra y, además, se quema copal. La celebración del velorio es todo un suceso, pues, se procura que haya comida en abundancia, aguardiente y café. Cumplidas las 24 horas del deceso, se pone al difunto en una caja de madera y se le lleva a enterrar, pasándolo antes por la iglesia donde se le rezan las postreras oraciones. Durante el trayecto, acompaña al cortejo una pequeña banda de música que se ocupa de tocar las piezas que dejó indicadas el desaparecido o las que hubiesen sido de su agrado; no se trata de piezas religiosas, sino de simple música popular representada por marchas, corridos, boleros y ritmos parecidos.

En seguida que el cadáver es sacado de la casa, se marca en el suelo una cruz de cal, precisamente en el sitio donde estuvo tendido; ahí mismo se pone una mesita con una pequeña cruz a fin de utilizarla a manera de altar; es junto a este altar improvisado que se hacen rezos conmemorativos durante las nueve noches que siguen al velorio. En la última noche, se pone acostada sobre la cruz de cal una cruz de madera; se le reza por largo rato y ya como a las 12 de la noche tiene lugar un acto especial llamado “la levantada”; este acto consiste en

ir poniendo de pie la cruz, poco a poco, en medio de nuevos rezos y cánticos. A la mañana siguiente la cruz es llevada al cementerio para ponerla sobre la tumba; antes de sacarla de la casa, los familiares del difunto le dan la despedida abrazándose de ella. A partir de esta fecha, la memoria del difunto es recordada de vez en cuando mediante rezos que se hacen en la casa y actos especiales que tienen lugar el 2 de noviembre, que es el “día de difuntos”.

Todavía es costumbre incluir en la caja del difunto algunos de sus útiles de labranza así como un peine, unas vasijas de barro, agua y una bolsita con semillas de ajonjolí o de la planta llamada “alegría”; estas semillas son para usarlas a manera de dinero en la otra vida. Se



cuenta de una madre que olvidó poner alguno de estos artículos en la caja del hijo muerto, razón por la cual, meses después lo puso en otra caja para que este otro difunto hiciera el favor de entregárselo en el otro mundo.

Existe la creencia de que el difunto ha de quedarse aquí en la tierra durante los primeros cuatro días de su fallecimiento, los cuales emplea en visitar los lugares que frecuentó y en despedirse de sus amigos. Después de ese tiempo emprende el viaje hacia el lugar de los muertos hasta llegar a un río donde estará en su espera un perro de color negro; montado en éste pasará del otro lado para seguir el viaje. Esta creencia de que un perro negro habrá de guiar al muerto en su viaje al otro mundo, se encuentra bastante extendida en la región.

Tradición oral del Día de Muertos

Tomás García, Roger Merlín²⁵

El señor que no respetó los días de “Todos Santos”.

Recopiló: Jaime Hidalgo Olivera.
Jalapa de Díaz. Mazateco.

Cuando estábamos recién casados, Maximino y yo vivíamos allá arriba solos, junto a la casa de mi suegra. Mi hermana Enedia y su esposo Primo, vivían aquí en donde vivimos ahora. Al acercarse Todos Santos, Primo nos dijo: “Vénganse para acá mientras pasa el Todos Santos, luego se van a su casa; cómo van a estar solos allá arriba.”

²⁵ García, Merlín, *Op. Cit.*, 94-96. Los pueblos mazatecos y autores incluidos son: San Felipe Jalapa de Díaz, texto escrito por Jaime Hidalgo Olivera; y San Pedro Ixcatlán, relato de María de Lourdes Quintero Zugaide.

Fue así como nos venimos a su casa, estuvimos el 1º y el 2 de noviembre, pero mi marido ya quería irse a trabajar el día 2, a pesar de que su mamá le decía que esperara tres días por lo menos, pero él no le hizo caso y tuvimos que irnos a nuestra casa y cuando llegamos me puse a preparar la lumbre para hacer la cena, mientras él se quedó sentado muy pensativo, por lo que yo le pregunté: “¿qué te pasa?”, y me contestó: “Clarito oí cómo el viento hizo sonar la palma del techo de la casa, luego sentí cómo una corriente de aire entraba por el caballete y venía a parar a mi espalda, era muy frío, y en ese momento oí que alguien venía llegando a la puerta, era como si trajeran trastes, como si éstos chocaran entre sí...”

Entonces mi esposo y yo esperamos que de un momento a otro tocaran a la puerta, pero nadie llegó, nos asustamos mucho, nos dio mucho miedo, por lo que él me dijo: “Mejor regresemos otra vez a la casa de tu hermana.”

Y así lo hicimos, pero mi hermana nos regañó sobre todo a Maximino, mi marido, para ver si así, hacía caso de lo que le habían dicho, de que se respete los días de Todos Santos, aunque sea pobremente.

El hombre arrepentido.

Recopiló: María de Lourdes Quintero Zugaide.
San Pedro Ixcatlán. Mazateco.

Este era un matrimonio con dos hijos (niño y niña), que vivían en un lugar alejado del pueblo, pero sucedió que la señora se enfermó y al poco tiempo se murió; el marido siempre estaba triste y de mal humor, por haber perdido a su esposa.

Así pasaron los días y los niños lloraban por el abandono en que los tenía su padre, pues este señor iba mucho al campo a cortar leña para venderla, por lo que pasaba todo el tiempo fuera de casa.

Cuando se acercaba el día de muertos, los niños veían como la gente hacía los preparativos para su ofrenda. Ellos a escondidas de su papá compraron con sus ahorros unas veladoras. Al llegar el día de muertos, humildemente colocaron su altar, como ofrenda pusieron agua, veladoras y unas frutas.

Cuando el papá regresó del campo, se molestó por lo que habían hecho, y les ordenó que quitaran la ofrenda; los niños llorando suplicaron que los dejara, ya que lo habían hecho para su mamá, y que a él no le habían molestado pidiéndole dinero.

El señor enojado tomó una pala y fue por suciedad de ganado y la colocó en el altar, pues él no creía que los muertos regresaban en esa fecha.

Al otro día se levantó temprano y se fue a trabajar, tenía un buen rato ahí, cuando escuchó lamentos, entonces buscó de dónde provenían estos y se quedó asombrado al descubrir que eran los muertos que traían velas encendidas y ofrendas que les habían colocado sus familiares en los altares; luego descubrió a su esposa que traía en sus manos el estiércol que él había colocado en el altar.

En ese momento él lloró y pidió perdón por lo que había hecho, luego se fue corriendo a su casa y colocó en el altar muchas ofrendas e hizo matar pollos para la comida. Pero luego comprendió que era demasiado tarde, pues los muertos ya habían regresado al camposanto. Este hecho hizo que el papá recapacitara y fue así como siguió conservando esta tradición de honrar a los muertos.

Celebración de los fieles difuntos

*Alejandrina Pedro Castañeda*²⁶

De la religión se desprenden también las costumbres y tradiciones. Una de ellas y de gran importancia para la cultura mazateca es la llegada de los fieles difuntos que da inicio el 27 de octubre y finaliza el 3 de noviembre. Para los habitantes mazatecos es un gran momento porque se reúnen todos los elementos de la familia, amigos y conocidos que arriban de diferentes lugares para juntos esperar la llegada de los espíritus de sus difuntos.

Se preparan las ofrendas con júbilo. Se inicia con un altar en forma de arco con carrizo, bambú o ramas de laurel, este arco marca los límites entre el exterior con el interior; en la mesa del altar se colocan flores frescas, imágenes, veladoras, velas, hojaldras de muerto, panes en forma de humano, frutas de la temporada, bebidas, platillos y todo lo que en vida gustaba a las personas. La noche del 27 se dejan las ventanas abiertas en señal de bienvenida, los alimentos y bebidas esperan para saciar la sed y el hambre de estos espíritus.

La primera velada o quema de velas se realiza el 31 en la tarde y el 1º de noviembre en la madrugada especialmente en honor a los niños. Los huehuentones (viejos sagrados) visten de forma estrafalaria, alegran el panteón con sus danzas, sus cantos llenos de mensaje de amor y paz con versos chuscos, éstos representan a los muertos. El panteón es el punto de reunión familiar de amigos y conocidos. El 1º en la tarde y el 2 en la madrugada es dedicado a los difuntos grandes, tapizando sus criptas de nuevas velas, éstas permanecen prendidas hasta que la familia decida permanecer. El ambiente continúa lleno de vendedores, los huehuentones que alegran calles, plazas, casas,

²⁶ Alejandrina Pedro Castañeda, *Riqueza ancestral de la cultura mazateca*, Oaxaca, Carteles editores, 2001: 42-46. La autora es originaria de Huautla de Jiménez, la primera edición de este libro (1996) fue resultado del trabajo que realizó a principios de la década de 1990.

panteones, a la gente con sus cantos y danzas convierten la fiesta en un ambiente carnavalesco.

Estos personajes inician desde el 27 de octubre en la madrugada con un acto de petición en el panteón a los muertos para recibir suficiente energía para que puedan cumplir con responsabilidad los 7 u 8 días que representan a los muertos, día y noche.

El 2 de noviembre en la tarde acude nuevamente la gente para despedirse de sus difuntos, la despedida de los familiares y amigos que quizá volverán nuevamente en la próxima fiesta de Todos los Santos y Fieles Difuntos a reunirse y compartir juntos entre vivos y muertos.

Origen de los huehuentones (viejos sagrados)

Cuentan que hubo un tiempo en que los hombres fueron muy malos, robaban lo ajeno, asesinaban a su prójimo, vivían de las calumnias. Había desaparecido toda clase de respeto mutuo, el espíritu humano se había acabado. Al ver este problema Dios, dueño de todas las cosas tangibles y no tangibles, decidió acabar con esta generación; murieron todos y de acuerdo a sus malas acciones sus espíritus se fueron directamente al infierno a pagar sus condenas y así transcurrieron los años en duros y forzados trabajos en un clima ardiente e insoportable, la presencia del vigilante y amo del área, el diablo, hacía más terrible y cruel este ambiente.

Cierto día cansados de esta situación reflexionaron y decidieron reunirse a escondidas puesto que la gran mayoría estaban arrepentidos de sus actos en la Tierra, añoraban volver al mundo de los vivos y predicar la paz a través de mensajes llenos de amor, bondad y respeto que los mantuviera unidos, que comprendieran y respetaran nuestra naturaleza. De tal manera que buscaron la forma de reunirse y poder escapar. Planearon distraer al diablo haciéndole

una plática amena e interesante mientras que otros aprovechaban para escapar, sin embargo, el plan no resultó. El diablo, siempre más astuto, descubrió a tiempo la maniobra y duplicó el castigo a los espíritus rebeldes. Éstos, sin embargo, no desistieron de sus planes y lo que les sucedió motivó su afán de seguir con sus ideas. Al reunirse nuevamente el más viejo opinó: “para burlar al vigilante y cumplir con nuestro fin sugiero que cada quien utilice el disfraz de algún animal dócil y para salir lo haremos uno por uno”. Todos aprobaron lo dicho, se prepararon y llegó dicho día. El diablo, guardián de ese lugar, no dio la mayor importancia a los animales que pasaban a su vista logrando así escapar. Pronto llegaron a la tierra visitando a sus familiares, llevando consigo mensajes de reflexión, cantando versos que despiertan amor, respeto a la naturaleza y a la humanidad.

Sabemos pues que los huehuentones (viejos sagrados) existen desde siglos antes de Cristo, son personajes que se disfrazan cubriendo sus rostros con una máscara de jonote elaborada por ellos mismos, su vestimenta es estrafalaria, el tambor que utilizan es de madera con piel que cargan con un tirante de mecate, el violín de madera también elaborado a mano con cuatro cuerdas hechas con las tripas de chivo, las estiran para adelgazarlas debidamente hasta proporcionar el sonido deseado, el arco hecho de madera y las cerdas con cola de caballo, siendo éstos los elementos originales de dichos personajes.

Esta tradición aún se continúa, aunque de una forma más comercializada debido a la influencia de los diversos medios de comunicación existentes en la zona. Los huehuentones hacen su aparición el 27 de octubre, día de la fiesta de San Simón.

Mixes

Ceremonias mortuorias

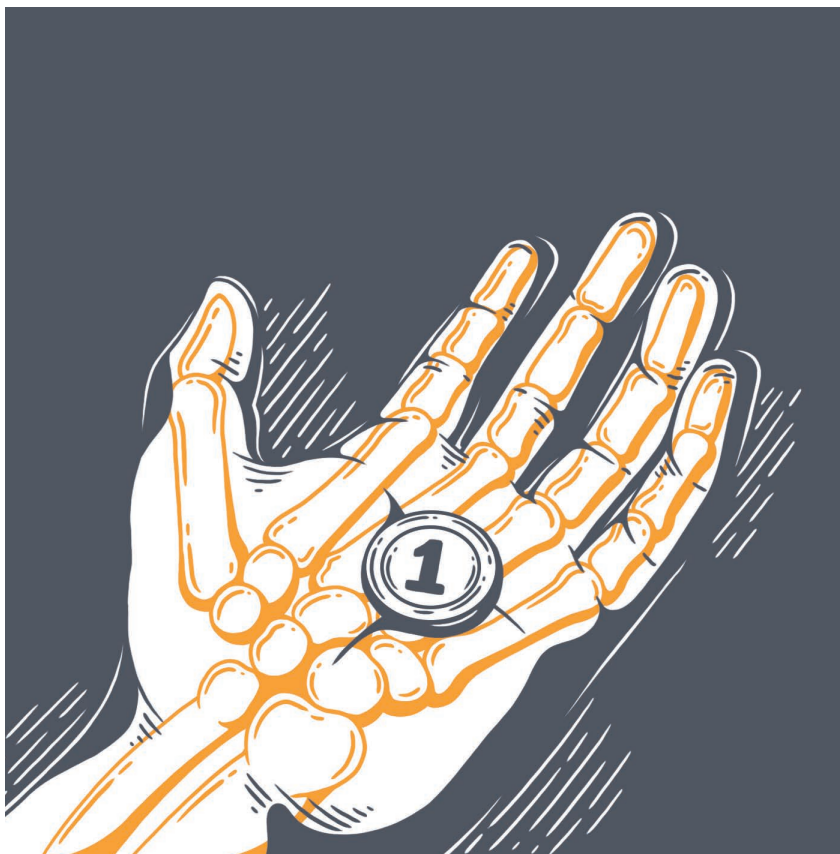
*Carlos Basauri*²⁷

El ceremonial de las exequias de los difuntos difiere en cada pueblo, pero en todos ellos, a pesar de las indicaciones del gobierno del estado de que entierren a sus deudos en el transcurso de las 24 horas posteriores a su muerte, los mixes conservan los cadáveres en sus casas, tendidos en el suelo, hasta tres días, después de los cuales los llevan a la iglesia envueltos en petates como caja mortuoria, si es que tienen para los gastos que requieren estas ceremonias.

Durante los días que retienen el cadáver sin sepultarlo, verifican, según los pueblos de que se trate, diversas ceremonias.

En algunos ungen el cadáver con huevos de gallina sin romperlos ni batirlos; en otros ungen el cadáver con yerbas aromáticas, dándole para su viaje ropa nueva, dinero, provisiones; en otros pueblos acostumbran ponerle una pequeña jícara con monedas y tortillas; si es mujer le ponen, además, algunos *pixtles*, o sea semillas de mamey, a fin de que pueda alimentarse y embellecerse el cabello antes de presentarse a la divinidad.

²⁷ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo III: 393-395. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.



En otros pueblos, cuando muere una persona, la tienden en el suelo, como hemos dicho, le ponen en la mano izquierda una moneda y la velan conforme al uso y costumbre del catolicismo. En seguida los miembros de la familia, con un huevo en la mano cada uno, se ponen de rodillas en el orden de cercanía de parentesco, y el primero, junto a la cabeza del muerto, coloca un huevo junto a él y le dice:

Fulano de tal, tú ya estás muerto; de hoy en adelante, si comemos o no comemos, si sufrimos o lloramos, si tenemos o no tenemos, a ti ya no te importa; tú ya estás muerto, vete, vete y no vuelvas nunca; tú ya no eres de este mundo; ya están rotas las ligaduras que tenían aquí en la Tierra, ya no eres de los nuestros, vete.

Esto lo van diciendo a medida que caminan de rodillas en derredor del muerto, hasta llegar al punto de partida, y esto mismo lo repite cada uno, depositando el huevo de que se hizo mención. Al día siguiente, lo envuelven en un petate y lo colocan en unas andas para llevarlo al panteón. Los deudos depositan los huevos junto a la cabeza del muerto y se van. Por supuesto que los más próximos en parentesco no van, y la dueña de la casa, ayudada por otras dos, asean todo y barren la pieza, diciendo al hacerlo, más o menos, las siguientes palabras: “Fulano de Tal, vete, no vuelvas, que no quede de ti ni el polvo; no vuelvas nunca, ni en cuerpo ni en alma, ni en forma de animal; vete, vete, no vuelvas nunca; este polvo y esta tierra te acompañen.” Pero en algunas ocasiones, según creen los mixes, a pesar de todas las recomendaciones el muerto vuelve. Entonces se reúnen todos los deudos, se ponen de acuerdo y cada uno lleva un huevo para depositarlo cerca de la cabeza del muerto. Si a pesar de todo vuelve, se reúnen de nuevo y llevan a cabo diversas ceremonias de magia que tienden a ahuyentar al muerto de este mundo. Como dato curioso agregaremos que como último recurso para hacer que el muerto descanse en paz, pues por lo que parece los muertos mixes son muy dados a las andanzas, azotan la tumba con una vara, y en ocasiones se vierte en un agujero que se practica en dirección de la boca del muerto, sobre su tumba, el contenido de un molcajete, que consiste en un chile en extremo picoso y bien molido, diciendo: “Toma para tu hocico.” Una vez hecho esto, tapan el agujero y se van seguros de que el muerto no volverá a hacer correrías por lugares donde haya vivos.

Idolatría primitiva Gruta motivo de ritos extraños en Ayutla

José García²⁸

Damos a conocer un relato interesante sobre idolatría en pueblos de la Sierra de Ayutla, contenido entre la descripción de una excursión escolar a una gruta y sugerimos la más intensa cooperación de las autoridades locales con la labor magisterial para desterrar completamente prácticas estériles que aún mantienen atadas las energías de muchos pueblos.

Primera semana de labores escolares después de las vacaciones de primavera. Los niños de las rancherías de que se compone el pueblo, en vez de una semana, se toman esta otra, agregándola a sus vacaciones. La mejor asistencia fue la de martes y miércoles. En esta fecha, con un total de 17 alumnos, entre niños y niñas, nos dirigimos a la gruta situada en la falda del cerro que hay al este de esta población y ya muy cerca de una cruz de madera, que a tiempo se alza en la misma dirección.

El cielo, claro al principio, es interrumpido por espesos nubarrones que pasan de prisa. Esto favorece nuestra caminata, la cual es en dirección a la cumbre. Pasamos un arroyo de agua cristalina, donde por la prisa que es natural, cuando un paseo de esta naturaleza se emprende, algunos alumnos toman agua. Avanzamos sin detenernos, si no es para responder a las preguntas de los niños observadores y que de un solo golpe quisieran grabarse nombres y razones.

²⁸ *Oaxaca en México*, 8 de noviembre de 1937. En esta nota, escrita por el profesor José García, se advierten las nociones de progreso y desarrollo impulsadas por la escuela rural mexicana, las ideas del profesor García surgieron a partir de la visita a una cueva, guiado por alumnos de la escuela primaria, donde los habitantes de la región realizaban sus ceremonias y rituales.

Llegamos por fin, al pie de unas corpulentas y añosas encinas, las que al alzar la vista para ver sus copas, parece que se vienen encima, junto con el cerro que queda al fondo. Todas se encuentran entrelazadas por bejucos de varias clases y campanulas silvestres de las que al apagarse las flores, principian a desarrollarles los ovarios en forma de frutos trompos, y tan grandes de tamaño, que los alumnos improvisaron con ellos sus trompos.

Los alumnos no buscaron la sombra para descansar. La altura a que nos encontramos, es más que suficiente para traernos un vientecillo helado y eso que estamos fatigados por la ascensión y es a mediodía. El pasto nos ofrece blando lecho, donde los alumnos se tienden boca arriba y otros ruedan, en completa alegría cerca de los que observan. Propiamente no descansan. Le dan expansión a sus pulmones, a su organismo lo someten todo, a sensaciones propias de la altura, el olor a hierba, la recreación del espíritu, mientras sus piernas entran en ligera quietud.

Alguien de los pequeños emite algunas palabras en idioma y los más grandecitos asientan, lo que pude comprobar, porque todo se paraban. Se trataba de ponernos nuevamente en marcha.

Faldeamos ligeramente a la derecha, debajo de un palacio como de sueño de hadas en que por muros se encontraba la distancia en derredor, cubierta al mismo tiempo, por enormes troncos que clavados en el suelo iban a extender sus ramas muy arriba para cerrar como bóvedas. Un solo rayo de sol no pasa a través de tan espesas copas. A medida que avanzamos, tal parece que nos acercamos a los paisajes que en sueños de felicidad sorprenden a la humanidad doliente. La hojarasca es gruesa, los alumnos resbalan y traviesos se cuelgan de unos bejucos que cuelgan de la bóveda de árboles. Alguien sube, agarrándose de un bejuco y asiendo fuertemente el tronco de un árbol con las piernas, hasta arrancar de las ramas un haz de musgo que de un color verdioso y algo café por lo macizo, toma un tinte dorado con el sol o con la luz intensa del cenit, que juguetea entre las ramas que

se mecen al impulso del viento. Todos los árboles están igualmente cubiertos de este primoroso musgo, que en forma de blondas cabelle-
ras, pende de todas las ramas y hojas. En las ramas que guardan una
posición más o menos horizontal, el musgo semeja ser crin rizada,
abundante y dorada de un caballo. El camino reducido describe poco
a poco, una curva a la izquierda, pero siempre en sentido ascenden-
te. La vegetación se preserva en forma de maleza, baja y con aire de
dar albergue en su seno a bichos... finalmente se distinguen unos pe-
druscos y el camino tiene que pasar junto a unos torcidos árboles de
los cuales nos agarramos para saltar los bancos de piedra. La vegeta-
ción se presenta menos espesa. A través de las ramas, se ven las nubes
blancas que pocos metros arriba de la montaña, pasan lentamente.
El viento ya casi no se siente, pero el frío domina y a pesar de nuestra
fatiga, no sienten calor nuestros cuerpos.

Al divisar unos amontonamientos como de hojarasca y unos picos
de piedras, uno de los chicos dice: **YA LLEGAMOS MAESTRO...**

Una vez que llegamos a la orilla, observamos su aspecto exterior. La
vegetación oculta en cierto modo el lugar y los peñascos del derre-
dor, inclusive el cantil cortado en línea perpendicular y que queda a
pocos metros al norte de la cueva, imposibilita llegar a ella, si no es
por un caminito que recorrimos. La entrada irregular, tiene de ocho
a diez metros de diámetro. La piedra calcárea, en forma de acanti-
lados, se desprende en torno, menos en lo que sirve de entrada a los
que con frecuencia la visitan para sus adoraciones, que está relleno
de piedras grandes, hacinadas sin orden alguno. Los cantiles de en-
frente, hacen un ligero hueco hacia atrás, con hendiduras, propias
de estas grutas u oquedades que tuvieron su origen en los movi-
mientos telúricos.

Después de diez o quince minutos de descansar en la puerta, en-
tramos. No se presenta ningún obstáculo para ello. Todos los niños
entraron brincando unos pequeños bancos. Forma dicha entrada,
un plano ligeramente inclinado hacia un plano inferior en nivel, por
el cual se camina de ocho a diez metros.

Ya estamos en la parte más baja; donde la parte plana, apenas si es de nueve metros cuadrados. A la derecha hay un ligero hueco, donde caprichosas, en forma de órganos, se han formado con el tiempo unas estalactitas, pegadas al cantil. En el centro hay una prominencia que forma parte del cantil y junto a ella, un pedrusco que enterrado o fijo en aquel lugar, tiene la altura aproximada de 1.25 m. A la izquierda hay otro hueco, poco obscuro, porque la luz de la puerta de entrada no llega directamente. El suelo húmedo y mal oliente; aquí hay también otro pedrusco, poco más chico que el anterior. Ambos no pueden ser estalagmitas, porque las estalactitas más grandes que prenden de la breve bóveda, apenas si son de 20 a 30 cm. Para haberse formado aquellas, necesitaban éstas tener las mismas dimensiones y guardar una posición perpendicular entre unas y otras.

Por ser éstas el objeto principal de la cueva, entraremos en detalles.

La roca es calcárea, con más o menos grietas y partes salientes, pero que tienen la forma general de un cono irregular. Presentan partes de color negruzco y en partes un blanco amarillento. En comparación con el conjunto de rocas existentes, no tienen otra particularidad, a no ser estar plantadas o existentes en forma natural en el fondo de la cueva.

Ambas tienen un par de ligaduras que en parte es de bejuco, en partes de palma y en otras de cordel de ixtle. Las primeras se encuentran rodeando a las piedras, muy cerca de la cúspide, las segundas, a 0.25 cms. del suelo. Sirven para sostener los ramos de flores que llevan, junto con otras muchas cosas como ofrenda. Por la disposición y estado que guardan, se desprende que en distintas fechas llevan también flores, entre las que se distinguen: gladiolas, orquídeas, flores varias del campo, hojas de helechos y malvones.

Algunos ramitos sujetos por otras palmitas secas también, a las ligaduras antes mencionadas, aún conservaban su lozanía por lo

que también llegamos a la conclusión de que pocos días antes *habían ido a adorar*.

Mas... hay algo horrible: por el lado que da a la luz de ambas piedras (de la mitad de la altura para abajo) se notan unas manchas negruzcas, que observando minuciosamente en una, notamos que era sangre. En la otra, que presenta el mismo aspecto, no tardamos en comprobar esto, porque había unas manchas frescas, en que la sangre no había perdido su color rojo.

Se desprende que se trata de sacrificios de aves, la que consiste en cortarles la cabeza junto a las piedras, procurando que toda la sangre que arroje el cuello del animal, salpique y bañe esa parte de los pedruscos.

¡Las fechas! Un silencio en todo mundo, tratando de ocultar en esa forma algo de que el mundo civilizado pudiera espantarse (con justa razón) y de que se les llegase a tratar con desprecio o indiferencia. Con tal objeto, se atribuye a extraños y de otros pueblos, tales ceremonias.

Automáticamente se aclara esta pretensión, con la existencia de lugares de adoración en poblados mixes, la mayoría de ellos y de los que trataré minuciosamente.

Solo se sabe que estos ritos se hacen por la madrugada y se comprueba con la existencia de lágrimas de cera, pringue y carbones apagados de ocote.

A medida que pasa el tiempo con estas observaciones todos nosotros sentimos mal la cabeza, por el mal olor que despiden el suelo, por diversos líquidos allí vertidos (pulque, mezcal, tepache) y salimos, no sin antes notar que en dicho lugar, junto a las piedras tantas veces mencionadas también hay cascarones de huevos de gallina, hojas cocidas (envolturas de tamales), huesos, al parecer también de aves, chiles secos y plumas.

Ya al salir, notamos que hay un hueco del lado izquierdo de la cueva y sobre las piedras, las huellas de que hay entrada por ese lado. En nuestro afán de buscar más detalles y aún con el malestar referido, seguimos dichas huellas, pero pocos pasos adelante nos detenemos; nadie lleva luz, el agujero es chico y oscuro. Teniendo lámpara, habría necesidad de entrar a gatas.

Damos media vuelta y momentos después nos encontramos en la puerta. Se acomodan como pueden los alumnos para esperar las explicaciones sobre el origen de dicha gruta y la equivocación de las gentes grandes al rendirle culto.

Nuestra vista sigue descubriendo por entre picos de piedras montones de plumas, canastos de carrizo, la mayor parte ya sin fondo (seguramente donde llevan las ofrendas) y más cascarones de huevos de ave. Unos niños logran desprender tres estalactitas, de las que sólo una cayó entera.

Momentos después, volvimos al pueblo y a la escuela, durante nuestra caminata, por ser de bajada, una hora diez minutos.

Tlahuitoltepec: el mundo tradicional

*Etsudo Kuroda*²⁹

Día de Todos Santos

Esta es una fiesta para todos los difuntos. En mixe se llama *ap xew* (*ap*=abuelos, *xew*=fiesta), que significa la fiesta de los abuelos. Conceptualmente los *ap*, los abuelos muertos, incluye a todos los antepasados en el municipio pero, en realidad, los muertos a quienes invocan los vivos en el día de Todos Santos se limitan a los parientes muertos de Ego de la segunda y tercera generación.

El período entre el comienzo de la novena, al final de la misa, y los responsos del 2 de noviembre es un tiempo sagrado, cuando los vivos sienten la presencia de los abuelos fallecidos y los propician con canciones y ofrendas. Con la misa y los responsos del 2 de noviembre, los vivos envían de nuevo a sus ancestros al cielo, y que regresan al tiempo profano y al gozo normal de la fiesta y de este mundo.

Durante la novena la gente va al cementerio y reza a los muertos, limpiando tumbas y adornándolas con las flores amarillas de muertos (*tseñ peex* en mixe o *cempasúchil*, *makpuijy* en mixe). También van a misa a rezar por ellos. Algunos se abstienen de las relaciones sexuales en honor de las almas de los muertos.

El 31 de octubre decoran los altares familiares y los topiles del municipio y la iglesia decoran el municipio, la casa parroquial y las de los

²⁹ Etsudo Kuroda, *Bajo el Zempoaltepetl. La sociedad mixe de las tierras altas y sus rituales*, Oaxaca, CIESAS, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1993: 212-214. Etsudo Kuroda, etnólogo del Museo Nacional de Etnología de Japón, permaneció en las tierras altas de la región mixe de Oaxaca entre enero de 1973 y enero de 1975, particularmente en Tlahuitoltepec y Ayutla; ahí pudo observar los ciclos rituales y los cambios que en las sociedades tradicionales generan los programas de modernización, documentados en la descripción etnográfica titulada *Bajo el Zempoaltepetl*.

mayordomos. Encima del altar ponen un arco de carrizo, adornado con flores de muertos, y en la mesa del altar ponen ofrendas como limas, naranjas, chayotes, caña de azúcar, pan de muertos (el hecho en Tlahui no lleva la máscara de la muerte), tortillas, maíz tierno, calabaza cocinada, una taza de tepache y un cuarto de mezcal. Se cree que las almas de los muertos regresan a recibir comida; si no encuentran nada en el altar se sienten insatisfechos con sus descendientes y pueden provocarles alguna desgracia.

Ese mismo día los topiles de la iglesia y los regidores municipales limpian el cementerio. Esta obligación de los regidores muestra que originalmente dependían del alcalde, quien es responsable de los asuntos religiosos y morales.

El 31 de octubre es llamado Día de los Ángeles o de los Muertos Chiquitos en el Valle de Oaxaca. En Tlahui conocen este concepto, pero no hay rituales para los niños fallecidos.

El 1 y 2 de noviembre son los días de los muertos adultos. El 1º de noviembre los pueblerinos están involucrados en los rituales del cambio de autoridades. El 2 de noviembre, a las 2 a.m., se tocan la flauta y el tambor en el campanario de la iglesia “para llamar a las almas de los muertos”. Luego la gente siente que las almas están omnipresentes en el pueblo.

Al mediodía los músicos y la gente van al cementerio, cantando alabanzas y llevando la imagen de Cristo Rey. En los pueblos de la media y la baja se toca a veces música alegre, pero en Tlahui sólo son marchas fúnebres. La procesión arriba al cementerio, decorado con flores amarillas, pero sin ofrendas, como en Ayutla. Se dice una misa frente a la gran cruz comunal y se rezan cinco rosarios. Luego el cura recibe las peticiones para los responsos. Miles de ellos fueron solicitados en este día. Con la terminación de la misa, de los rosarios y los responsos, la gente siente que ha cumplido su compromiso con los muertos; y, por lo tanto, termina el tiempo sagrado. Alegrementemente algunos dicen: “Hemos completado nuestro compromiso de no

beber hasta el final de la misa.” Fuera del cementerio las mujeres, con jarras de barro con tepache, esperan en línea; y los hombres se apresuran hacia ellas. Ahora la banda toca música alegre y algunos hombres bailan en un claro fuera del cementerio.

La gente regresa a sus casas a esperar a los capillos que irán a recoger las ofrendas de los altares familiares. Mientras permanecen las ofrendas en los altares se cree que las almas están aún presentes. Los capillos llegan y reciben las ofrendas, rezando responsos y salmos. Cuando llegan los capillos la gente dice: “Entren, por favor. Los antepasados aún están aquí.” Luego los capillos rezan y reciben las ofrendas. En los ranchos lejanos del centro, donde no llegan los capillos, los ancianos visitan las casas para recibir las ofrendas (Ballesteros y Rodríguez, 1974:115). En cualquier caso, al terminar esta visita formal, los parientes, vecinos y amigos visitan las casas y se les sirve tepache, comida de los altares y, a veces, tamales de pescado.

Ayutla: un mundo cambiante

*Etsudo Kuroda*³⁰

Día de Todos Santos

A excepción de algunas costumbres, el Día de Todos Santos en Ayutla se distingue ligeramente del de Tlahui.

La preocupación de la gente por el cementerio es más fuerte que en Tlahui. Una semana antes de la Novena, la gente limpia la tumba, reemplaza la cruz caída por otra nueva pintada de azul o blanco, y decora la tumba con cempasúchil y flores de muertos. Los topiles del municipio limpian la cruz comunal y quitan la basura del cementerio. A diferencia de Tlahui, la gente coloca muchas ofrendas

³⁰ Kuroda, *Op. Cit.*, 287-288.

en el cementerio, incluyendo cigarros, tepache, mezcal, mazorcas verdes de maíz, chayote, fruta, tamales, velas y monedas.

En cada casa la gente dispone un altar familiar, decorándolo con papel chino o cempasúchil y flores de muertos. Llevan a cabo las ofrendas recién mencionadas, así como también el pan de muertos hecho en Ayutla o traído desde el Valle de Oaxaca.

El 31 de octubre es el Día de los Ángeles, fecha en la cual los niños muertos visitarán a sus familias. Esta es una concepción *agats*. En Ayutla la gente conoce esta costumbre, pero no realizan ningún ritual en honor a los niños muertos.

A las siete de la mañana del 1 de noviembre, Día de Todos Santos, se ofrece la misa en la iglesia. A las 11 de la mañana la procesión de la imagen de Cristo Rey se dirige hacia el cementerio con el sacerdote y la gente, cantando canciones de alabanza. Allí se dedican los rosarios a los muertos. Al mediodía se ofrece otra misa en la iglesia, después de la cual varios grupos de personas visitan las casas de la comunidad, rezando y recibiendo parte de las ofrendas.

Sólo practican esta costumbre los capillos en Tlahui, aunque en Ayutla es llevada a cabo por cualquier persona interesada.

Al mediodía del 2 de noviembre se ofrece la misa en el cementerio, a continuación de la cual se recitan cinco rosarios hasta las 2 de la tarde.

Mixtecos

Ceremonias mortuorias Mixtecos de la Costa Chica

*Carlos Basauri*³¹

Una de las ceremonias de mayor importancia en la tribu mixteca, es la que le tributan a sus muertos; estos rituales tienen sus variaciones de acuerdo con la región en donde se verifican, pero fundamentalmente pueden considerarse algunos aspectos generales, que daremos a conocer:

Ya dijimos cómo son atendidos los enfermos. En cuanto a los que pieren, son bañados y vestidos con sus mejores ropas. Hecha esta operación, son tendidos en el suelo, sobre hierbas aromáticas. Los parientes se preparan para recibir a las visitas y a los amigos íntimos del difunto, los que contribuyen con mercancías y dinero para celebrar bien el velorio. Las mujeres confeccionan tamales, gran número de tortillas y café. Los hombres preparan la música y las bebidas.

Si fue soltero el difunto, se le hace una ceremonia especial, gastando los padres o parientes lo que les hubiera costado su matrimonio.

³¹ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 289-290. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Todos los amigos están obligados a contribuir para el entierro, so pena de que el muerto les castigue su tacañería, razón por la cual estos actos resultan sumamente concurridos y animados, pues se come, se bebe y se toca música durante toda la noche. A la mañana siguiente, se le lleva gran cantidad de flores de color morado, si es hombre, y blancas si es mujer.

Un cantador entona música sacra, alternada con algunas marchas y sonos populares. No lloran porque, según imaginan, el muerto debe pensar que va a entrar en un mundo mejor.

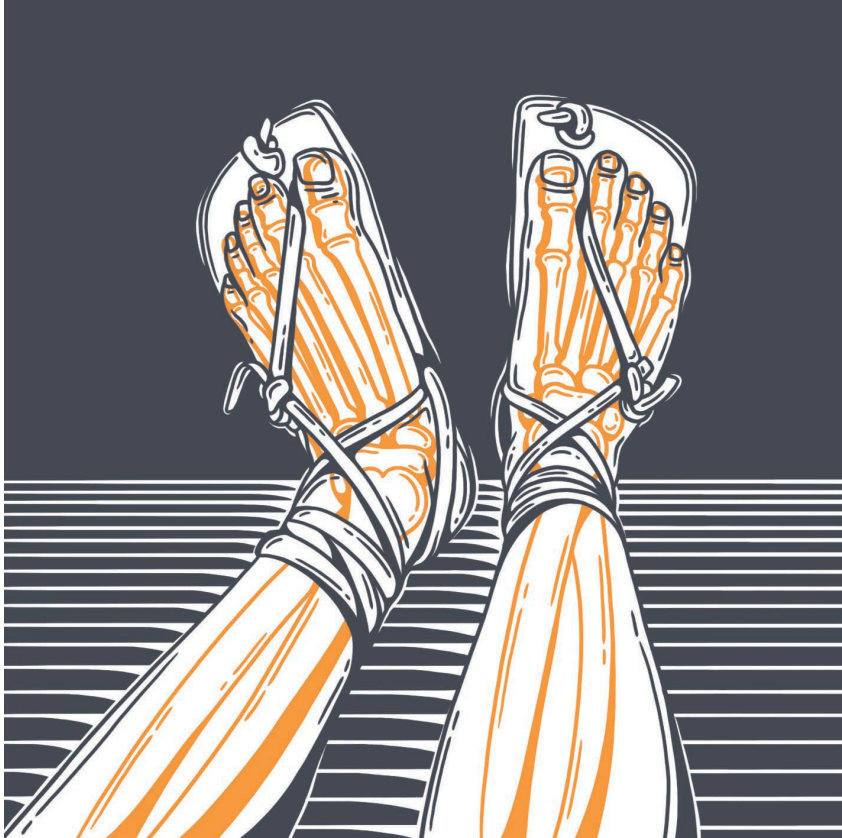
Por la tarde lo conducen al cementerio, envuelto en un petate o en una tosca caja de madera.

El muerto va a la cabeza de la procesión; después la música, y al último los deudos y amigos. Las mujeres no asisten sino cuando se trata de un niño.

Vejez y muerte (Tilantongo) *Douglas Butterworth*³²

Al envejecer, los tilantongueños necesariamente dependen más de su familia, especialmente de sus hijos, que los siguen respetando. Los viejos siguen influyendo en la vida social y económica de los hijos, sobre todo si no les han cedido tierras. Muchas veces la enfermedad de un padre obliga a hijos o hijas a volver de la ciudad y no falta un viejo que finja estar enfermo para hacer volver a casa al hijo

³² Douglas Butterworth, *Tilantongo: comunidad mixteca en transición*, México, INI, 1975: 126-127. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Douglas Butterworth elaboró este trabajo a partir de un estudio que realizó entre migrantes mixtecos de Tilantongo a la ciudad de México, y diversas visitas periódicas a dicho pueblo de la Mixteca Alta entre 1961 y 1969, durante las cuales recibió el valioso apoyo de la Coalición de Pueblos Mixtecos Oaxaqueños y del personal del Instituto Nacional Indigenista.



ausente. Un fallecimiento congrega a los deudos en Tilantongo. Por lo menos uno de los hijos tiene que quedarse por tiempo indefinido en Tilantongo para cuidar al padre o a la madre viuda, arreglar la cuestión de la herencia y vigilar las siembras o la tiendita.

Se envuelve el difunto en una mortaja negra y se le calzan unos huaraches de palma llamada “pata de gallo”. Le tapan oídos y nariz con algodón, las campanas repican a muerto y comienza el velorio.

El cadáver se coloca sobre una mesa o sobre cajones que se adornan con flores y con velas. Los parientes se reúnen alrededor del difunto hablando en voz baja, fumando y bebiendo. A la mañana siguiente

se coloca el cuerpo en el ataúd y se lleva al cementerio, acompañado por amigos, compadres, y toda la parentela. Terminado el entierro, se cubre la tumba con flores y se coloca una cruz de madera.

Los deudos hacen una cruz de piedra caliza que colocan en el sitio donde se veló el difunto. Diez días después, terminada la novena, la llevan al cementerio para colocarla en la tumba.

Los niños son angelitos, inocentes de todo pecado. Al niño muerto lo visten de blanco y le ciñen una corona en la cabeza. Al llegar al cementerio se destapa el ataúd y toda la familia se despide del difunto. No se coloca cruz de piedra en las tumbas de los niños.

Los ritos funerarios (Mixteca de la Costa)

*Veronique Flanet*³³

Los ritos funerarios son idénticos en los indígenas y en los mestizos. El cuerpo el difunto es lavado por una mujer de la familia, luego, vestido con “ropa de muerte”, la mortaja. El cuerpo el difunto es colocado en la pieza principal de la casa -por lo general, la única habitación- y a su alrededor comienzan los preparativos febriles de los adultos, mientras la vida continúa para los niños.

Al día siguiente, el cuerpo habla de unirse definitivamente a la tierra, pero antes se lo pondrá en contacto con ella, para que obtenga la gracia de Dios: se traza una cruz con cal en el piso de la casa; se acuesta el cuerpo sobre ella sosteniendo la cabeza sobre un ladrillo aún no cocido; después de yacer unos veinte minutos sobre el suelo,

³³ Veronique Flanet, *Viviré, si Dios quiere. Un estudio de la violencia en la Mixteca de la Costa*, México, INI, 1977: 188-194. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. La antropóloga Veronique Flanet llegó a Jamiltepec en 1974, en esa década realizó un análisis sobre la violencia en la región; durante algún tiempo trabajó como bibliotecaria local, lo que facilitó el desarrollo de su trabajo etnográfico.

el cuerpo es colocado de nuevo sobre su cama o catre. Los objetos que el muerto utilizaba son quemados, regalados o conservados.

Hay dos panteones: el de los mestizos y, junto a éste, el de los indígenas. El panteón mestizo está cercado por paredes “del material”, el de los indígenas es abierto. Los evangelistas son enterrados al exterior del panteón indígena.

Los familiares y amigos vienen a traer la “limosna” a la viuda, el viudo o a algún otro pariente próximo; esa persona hará una lista de la gente que ha venido a ofrecer dinero o que ha acompañado el cuerpo al cementerio. En los días que siguen, los parientes cercanos del difunto van a la casa de esas personas que figuran en la lista para invitarlas al rosario. El octavo día después de la muerte, la familia va “a llevar el cariñito” a esas mismas personas: pan, chocolate y “marquesote” (un tipo de pan). El noveno día, esas mismas personas vienen a la casa del difunto para la “comida de los Nueve días” (si se trata de un niño, esta fiesta tiene lugar el séptimo día); llevan flores, velas y dinero. Con todo ese dinero se pagará una parte de los gastos de la fiesta.

Hasta aquí el desarrollo es idéntico en los indígenas y los mestizos. Para estos últimos la “comida de los Nueve días” es ciertamente la única fiesta que los indígenas le reconocen como tal, pues siempre sostienen que “los mestizos no hacen fiestas”, que “el casamiento es sólo una comida...”.

Por la mañana se ofrece, a las mujeres primero y luego a los hombres, chocolate de agua con pan. Una orquesta toca en el patio; los músicos acompañan con piezas musicales fúnebres a los hombres que beben y platican o juegan a las cartas y a los lados. El patio se anima. Poco se habla del difunto. En la cocina, las comadres ayudan en los preparativos de la comida. En la casa, frente al altar familiar, las mujeres rezan rosarios... Entre uno y otro, se sirve barbacoa de cabrito o de res. Los conocidos se juntan en torno a la mesa, alrededor de

una botella de brandy; se han dado cita en la comida del compadre José. Al llegar, los invitados saludan a la viuda deslizándole un billete en la mano; una mujer de la familia ofrece una copa que el recién llegado va a beber afuera con los compadres que ya están instalados junto a la mesa; la esposa se traslada al interior de la casa y se suma al resto de las mujeres, arrodilladas frente a la cruz de flores de “itacuaan” para rezar un rosario, dos, tres o más, bajo la dirección de algunas mujeres que lo entonan. Entre ellas, algunos indígenas, compadres del difunto.

Más tarde, un rezandero y los hermanos del difunto, acompañados por algunas personas cercanas, van “a levantar la sombra”: se hace una cruz con flores y veladoras allí donde el individuo perdió la vida; el hermano mayor quita las flores y las deposita en una caja; al alba, las flores son llevadas a la tumba del difunto; en ese momento ya su sombra se ha reunido con el cuerpo en la tumba. Después, se regresa al patio de la casa a conversar o a rezar otro rosario. La noche está ya muy avanzada; cerca de medianoche, se sirve un pozole a los que todavía quedan jugando a las cartas o recitando rosarios. Al amanecer todo el mundo se va.

Entre los indígenas los ritos funerarios se desarrollan según el mismo modelo pero con algunas diferencias significativas: los hombres están en la casa rezando rosarios, entre uno y otro, circula una botella de aguardiente; las mujeres permanecen alrededor de los comales y de las cazuelas: las jóvenes de pie, haciendo tortillas, las viejas, sentadas cerca del fuego. De la casa sale el humo del copal y se oye el sonido de la flauta y del tambor “de cascabel”; afuera, un movimiento constante entre la cocina y la casa; ya no quedan mesas para reunirse en torno a un juego de barajas.

La fiesta de Todos los Santos es una de las más importantes del año; mestizos e indígenas hacen todo lo que esté a su alcance para recibir al difunto como corresponde, para darle satisfacción a fin de que no se quede demasiado tiempo entre los vivos. Una mujer, por ejem-

plo, hará caer los cocos del árbol para que el difunto, que ella espera venga a la casa, no se quede comiendo en los cocoteros y se vaya sin tardar a los alrededores.

El 31 de octubre a mediodía, las familias -indígenas o mestizas- hacen un pequeño camino de flores desde la casa a la calle, para indicarle el camino a los muertos. En la tarde del 31 todo el mundo parte en procesión al panteón. En las casas se arman los altares familiares con arcos de flores de itacuaan y ofrendas a los muertos: pan, chocolate, mole, alcohol, cigarros, frutas, panes de muerto (en forma de calavera) y pan en forma de conejo (los mismos que se comen durante la fiesta de Corpus Christi). El 2 de noviembre a las 8 de la noche, cada familia hace de nuevo un caminito de la calle a la casa, pero esta vez, con cabos de velas, a fin de que los muertos “se lleven la luz para que se alumbren” y puedan así partir más fácilmente después de haberse saciado con sus manjares favoritos. Esas ofrendas eran comidas por la familia y sus amistades al día siguiente.

El aspecto económico de la muerte

Las fiestas que se celebran en honor de los difuntos (comida de los Nueve Días, de Cabo de Año, de Siete Años) les cuestan muy caras a los vivos; se tiene conciencia de ello, hasta tal punto, que el muerto o la muerte, se convierten en un problema para muchas familias, ya sea mixtecas o mestizas...

Las fiestas fúnebres a menudo son comparadas con las bodas, sobre todo por el costo: “... El casamiento, cuando se terminó, se terminó. Pero los Nueve Días, no. Nunca se acaba: levantan la cruz, van al panteón y ya regresan a la casa; y otra vez a comer y a tomar... Es un gasto enorme”.

En efecto, el costo de esas fiestas es terriblemente elevado: se gasta un promedio de diez a veinte mil pesos en el grupo mestizo; no obstante, a esa suma hay que restarle las donaciones en dinero que contribuyen ampliamente a pagar los gastos (de un 50 a un 75%).

Los mestizos consideran esos gastos como una carga enorme. Eso surge de casi todas las entrevistas realizadas. Un mestizo puede comentar las dificultades que ha tenido para organizar la comida a la que invita, los indígenas jamás. Un mestizo podrá decir: “Desde que naces hasta que mueres, son puras fiestas, puros centavos”.

Ya sea que la comida de los Nueve Días se considera o no como una pesada carga, el hecho es que la muerte es para la familia un problema de organización del que sólo saldrá una vez que la fiesta haya terminado. Toda la familia es absorbida por los detalles materiales que hay que arreglar, las visitas que hay que hacer, la gente que hay que recibir. Este ajeteo, esta precipitación, al menos tienen la función de llenar el vacío y de ayudar a soportar el golpe que significa la muerte de un familiar.

La vida, la muerte y los alimentos.

Dirigiéndome una pareja de indígenas:

- “Hola, ¿cómo están?
- ¡Ya se va a morir la señora!
- No, no ¡yo no soy pendeja! ¡Es él el que se va a morir!
- ¿Yo? No... (enseñando el zócalo y la calle) cuando veo a toda esa carnita que anda por todos lados, yo me digo que hay todavía para vivir...”.

Volvamos a los ritos funerarios. Habíamos visto que todos se centraban en torno de la comida que se ofrecía a los amigos del difunto, la cual tenía las características de una fiesta:

“Así, que haces fiestas, gastos, desde el día que naces hasta que te mueres: el día que naciste te lo celebran el día de tu bautismo, te lo celebran, el día de tu santo, te lo celebran, el día que te casas, te lo celebran, el día que te mueres, pero todavía. Y qué borracheras, ¿verdad? Una muerte es una fiesta... es otro casamiento... más cara que un casamiento”.
A los Nueve Días, hay que dar de comer y beber:

- Voy a acompañar un rato... pero, claro, que sí me invitan voy a comer.

- Dice que va con devoción... pero nomás va a chingar el café, va a chingar el pan, va a chingar el mole, y dice: “Allí nos vemos ¡llevo dos veladoras para poder llegar!

- ¿Y tú?

- Igual.

Una vez más, los funerales son comparados a la boda: la muerte es objeto de fiestas con el mismo título que el nacimiento o el matrimonio; la muerte forma absolutamente parte del ciclo natural de la vida. El día de muertos se le ofrece al difunto las comidas que apreciaba: es la forma de aceptarlo tal como era, con todos sus defectos y cualidades. El difunto es alguien que parte. En la fiesta de los Nueve Días todos sus amigos y su familia se reúnen con él en una comida; él ha de volver periódicamente todos los años, para el día de muertos.

Ese festín de despedida reúne al grupo en torno al muerto, en torno a la muerte. La vida y la muerte “son de este modo colocadas en el marco general de las cosas perdidas y encontradas. Esta generalización del fenómeno contribuye

eficazmente a despojar a la muerte de su carácter insólito e intolerable y a mostrar al hombre en duelo que lo que le sucede es un hecho banal”.

Si se considera la ingestión misma de la comida y no solamente su valor simbólico, se advertirá una vez más los lazos estrechos que existen entre la vida, la muerte y los alimentos.

Se sabe que la muerte está muy presente en la vida. El *Códice Borgia* nos da múltiples ejemplos de los ritos de los antiguos mixtecos: vidas humanas sacrificadas ritualmente para ofrecer su sangre a los dioses; alimentos de los dioses que han de permitir sobrevivir al grupo.

Hoy día se encuentra, bajo otras formas, ese elemento mediador -el alimento- entre la Vida y la Muerte. Se lo encuentra en la tradición mixteca, así como también en los fantasmas que se expresan cotidianamente en los dos grupos socioculturales y que reflejan, muy a menudo, la angustia por la muerte.

Triquis

Entierros y ceremonias mortuorias

Carlos Basauri³⁴

Cuando muere un miembro de la familia, los parientes construyen ellos mismos un ataúd de madera, toscamente labrado, y en él colocan el cadáver y le encienden dos o cuatro cirios. Lo velan durante veinticuatro horas y contratan un rezador que generalmente es mixteco, el cual se encarga de rezar y de dirigir las ceremonias durante la velación del cadáver. Transcurridas las 24 horas llevan el ataúd al panteón del pueblo y lo entierran en una fosa no muy profunda; pero antes colocan dentro del mismo cierta cantidad de tortillas, una jícara y un *bule*, así como cierta cantidad de dinero, que puede llegar hasta 40 pesos, según las posibilidades económicas de la familia, y que como mínimo es de seis centavos en monedas de cobre que se atan a un extremo de la camisa, si el muerto es hombre, o del huipil, si es mujer. Además, a los hombres les ponen 14 frijoles llamados *enduchi-burro* (en mixteco), que es un frijol muy grande, envueltos en una hoja de maíz, y 14 manojitos de pasto fino del que se da al ganado vacuno. El dinero es para “los gastos del viaje”; las tortillas, para que se alimenten durante el trayecto; la jícara y el *bule*,

³⁴ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 402-403. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.



para que tomen agua, y en cuanto a los frijoles y al pasto, ésta es la explicación: el hombre durante su vida ha cazado venados, jabalíes y otros animales, los que le saldrán en el camino al otro mundo y le dirán: “dame mis ojos que me quitaste”, y el muerto les dará los frijoles para que se los coloquen en sustitución de los ojos, y como también durante su vida habrá matado algunas vacas y bueyes, éstos tratarán de cornarlo y él evitará este peligro repartiéndoles el pasto fino.

Además, en la caja del muerto colocan la mejor ropa que éste usó en vida. Al enterrar el cadáver vuelven a rezar sobre la tumba y regresan a sus casas. Durante el velorio y el entierro consumen grandes cantidades de aguardiente.

Cuando se trata de la muerte de un niño, también hacen el velorio; pero, excepto la ropa, no ponen otra cosa dentro del ataúd y acompañan el cadáver al panteón con música y lanzando cohetes, puesto que el niño, que no ha pecado, va directamente al cielo.

El ciclo vital

César Huerta Ríos³⁵

La descripción del largo proceso educativo en la vida del individuo, en el que se trata de hacer congruentes su comportamiento con las necesidades materiales, ideológicas y espirituales de su sociedad, nos ayudará posteriormente a redondear los valores socioculturales en las relaciones de parentesco y señalar también otros aspectos culturales importantes, pues lo que una sociedad puede enseñar al niño y adolescente depende de la cultura de que disfruta. Provista de los aspectos que conforman los conocimientos, valores y creencias de la sociedad en cuestión, la familia procura cumplir así con las funciones de socialización de la persona, proveyendo al individuo de una adecuada adaptación a las diferentes reglas y actividades de su sociedad.

Muerte

El cuerpo del recién muerto es tratado con delicadeza. Lo bañan frotando la piel con jabón de olor y cambian sus ropas por otras

³⁵ César Huerta Ríos, *Organización sociopolítica de una minoría nacional. Los triquis de Oaxaca*, México, INI, 1981: 71, 76-77, 223-224. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. César Huerta nació en Panamá, llegó a México en 1954 y realizó sus estudios en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México, donde posteriormente fue profesor durante 35 años. También laboró para instituciones como el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Secretaría de la Reforma Agraria, la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, el Centro de Investigaciones Agrarias, el Instituto Nacional Indigenista y Minerales no Metálicos Mexicanos. Entre 1969 y 1972 colaboró en un proyecto de Rescate Etnográfico dirigido por Cámara Barbachano, se le encomendó trabajar en la región triqui de Oaxaca; permaneció en ella ocho meses durante diversas estancias entre 1969 y 1972. El trabajo resultado de dicha estancia recibió el Premio Nacional Julio de la Fuente (1980) a la mejor tesis profesional de antropología.

limpias. Entonces envuelven el cuerpo en un manto, regalo de la mujer en su matrimonio y colocan junto a él la ropa que vestía al morir, un petate, una faja, huaraches tejido de palma que cubrirán los pies y una bolsa tejida. Colocan dentro de ésta sus utensilios para comer, una jícara vacía y siete o nueve tortillas y algo de dinero para los “gastos de viaje”. A un lado del cuerpo colocan *catorce* frijoles (siete pares), del que se alimentará el ganado en el postrer viaje del occiso. Los *siete* pares de frijoles, como devolución de los ojos de los animales que mató en su vida, reclamados por éstos en el curso del viaje. Los siete pares de manojos de pasto, para los animales que sacrificó.

Entierran al difunto en el cementerio de la localidad y, al regreso, ponen cal en cruz en el suelo debajo de una pequeña mesa llamada “cama de santo”, con varias imágenes, entre las que destacan la Virgen de Guadalupe y San Isidro.

En los entierros de Copala también lavan cuidadosamente el cuerpo del cadáver en un arroyo a fin de que sea bien recibido en la otra vida. Lo velan durante tres días y por último lo envuelven en petates en una rústica caja o sin ella. El cortejo sale hacia el panteón precedido por un conjunto musical compuesto de violín y guitarra, que interpreta sones adecuados a la ceremonia. Al llegar a la primera cruz del camino depositan en el suelo el rústico ataúd y queman copal y cohetes. Se detienen nuevamente frente a la segunda cruz y colocan los alimentos en la caja, una vasija con agua y algo de dinero al lado del difunto. Un cantor nativo del lugar, o mixteco, canta y reza en este último idioma y acompaña al difunto hasta el cementerio, donde lo depositan a sólo 30 o 40 centímetros bajo tierra.

Ritos funerarios

Las ceremonias funerarias tienen como propósito fundamental asegurar al difunto el viaje al más allá sin dificultades. Tratan de darle facilidades al espíritu del muerto en la lucha contra los obstáculos.

En el encuentro del occiso con el toro que custodia el lugar de descanso de los muertos, debe hacerle entrega de *siete* pares de manojos de pasto, como alimento, a fin de que no ofrezca resistencia. Los parientes del patrilineaje a que perteneció el difunto asisten a los funerales y ruegan a sus antepasados que ayuden al nuevo viajante en su trayecto.

Así, la solidaridad del linaje se hace sentir también en su viaje a la última morada.

Los rezos cristianos por una mejor vida en el más allá, que sitúan en el subsuelo, se llevan a cabo durante nueve días, conforme al rito católico. Pero su distribución señala claramente el sincretismo entre ambas prácticas religiosas. Se distribuyen los días del novenario de la siguiente manera: ocho días sucesivos de rezos, después de los cuales se intercalan entre éstos y el noveno día, 20 días dedicados a la recepción de visitas a deudos, lo que da oportunidad a los parientes de lugares lejanos a enterarse del suceso y asistir a dar el pésame, según la explicación que ofrecen. Al finalizar este periodo, el día vigésimo noveno, el cura oficia una misa y en la noche rezan un rosario. Termina así el novenario: los primeros ocho días y el vigésimo noveno hace nueve, y veinte días de espera (mes ceremonial precortesiano), en los cuales se liba licor y reciben familiares y amigos, hacen veintinueve. Los nueve días del novenario cristiano no se asimilan a los veinte días del calendario ritual: constituyen, como puede verse, dos prácticas diferentes, una agregada a la otra.

En Copala perdido vigencia guardar los veinte días ceremoniales. Los dolientes consultan el sacerdote sobre lo que deben hacer a fin de lograr para el difunto una mejor vida en el otro mundo. Ello es indicador, una vez más, de que algunas tradiciones autóctonas han perdido vitalidad y han finiquitado en la región baja, en tanto que en la otra región se guardan con mayor fidelidad esas costumbres.

Zapotecos

Ceremonias mortuorias

*Carlos Basauri*³⁶

Una vez cerciorados de la gravedad del enfermo y su inminente muerte, se le coloca una vela bendita en la mano. Después del fallecimiento se le ponen sus vestidos nuevos y se le coloca en el suelo, o sobre una cruz hecha de cal, y la cabeza descansando en una piedra. Permanecen esta forma durante todo el velorio. Al día siguiente los compadres traen velas y flores y dan una limosna como ayuda para cubrir los gastos del entierro. A cada uno de los dolientes se le da una taza de chocolate y dos bolillos; pero ninguno que se halle enfermo debe asistir al velorio, porque creen que su enfermedad se agravará.

El entierro tiene siempre lugar en la tarde, excepto cuando el enfermo muere en la mañana, porque entonces se hace a las primeras horas de la mañana siguiente. Para los pudientes se celebran una misa y una vigilia en la tarde, con asistencia del cura, el cantor y el rezador; pero los muy pobres se abstienen de estos servicios.

La inhumación se efectúa orientando la cabeza al oeste, y al día siguiente del entierro se vuelven a colocar flores y velas.

³⁶ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 344-345. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.



En contraste con lo fúnebre de la muerte de un adulto, la de un niño es motivo de fiesta. Durante la noche del velorio hay música; se baila el fandango, en el cual toman parte la misma madre del niño con el padrino y la madrina con el padre. Se supone que si no hay alegría y festividades, el niño no irá directamente al cielo.

Los preparativos y ceremonias son muy parecidos a los que se hacen para los adultos, con la excepción de que en este caso vienen muchos niños y el cuerpecito se coloca a un lado del altar familiar. Al niño se le viste con una corona de flores de papel, se le coloca un ramo de flores en la mano, del mismo material, y se le viste con un traje azul

pálido, poniéndosele sobre el pecho la imagen de un santo. Al niño se le entierra sin ningún elemento, porque se supone que va directamente al cielo.

Ceremonias mortuorias. Yalaltecos.

Carlos Basauri³⁷

Dos clases de costumbres mortuorias existen, según que se trate de un niño o de un adulto.

Cuando muere un adulto, los deudos del difunto reúnen a sus amistades con objeto de velar el cadáver durante una noche, y mientras esto ocurre, la banda se dedica a tocar aires alegres en lugar de una música apropiada para esta triste ocasión; pero ello se explica porque los músicos en realidad no saben otra clase de piezas, y lo que en apariencia es alegre, para ellos tiene un significado fúnebre. Por supuesto que solamente cuando se trata de una familia acomodada se recurre a la música, debido a que tienen que dar de comer a todos los dolientes y a los músicos. A la mañana siguiente se forma el cortejo para enterrar al difunto en el panteón, siempre acompañado de la banda de música, que encabeza el desfile.

Si la familia del fallecido no cuenta con suficientes recursos, solamente son invitadas las amistades, y para la ceremonia del entierro, la banda, compuesta por los vecinos del pueblo que se prestan gratuitamente a ir con el acompañamiento respectivo.

También cuando se trata de un adulto, no se acostumbra ponerle flores, sino que se le mortaja con sus mejores vestidos dentro de un

³⁷ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo II: 427-428. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

cajón de madera corriente pintado de negro, y es llevado a la iglesia para su bendición antes de ser conducido al cementerio.

Cuando se trata de la muerte de un niño, las ceremonias constituyen una verdadera fiesta. Música, cantos y alcohol en abundancia es lo que predomina. Después de ser velado el cadáver, al día siguiente es conducido al cementerio; pero antes se le lleva a la iglesia para que sea bendecido, en medio de los tañidos de las campanas y bajo una lluvia de flores que se riegan por todo el camino. La caja del pequeño difunto es de color blanco con adornos azules, y engalanada con flores y tiras de papel de los mismos colores. A los niños se les viste de ángeles con alguna tela de color blanco y adornos azules, o bien con algún hábito de santo.

Funerales. Yalalag

*Julio de la Fuente*³⁸

Al niño y al adulto difuntos se le encienden velas y se les viste de limpio (sin lavarlos) para que se presente adecuadamente ante Dios y los Santos. Un niño hasta de unos seis años es un “angelito”. Al infante se le viste con el ropón, el gorro y otras prendas que le dan sus padrinos de bautismo. A los varones de mayor edad se les visten prendas comunes y a las mujeres mortaja negra, sobre la indumentaria tradicional. Para los más rústicos, el tránsito al cielo, el limbo, o el lugar del descanso es largo y por esta y otras razones, se debieran llevar provisiones de boca y dinero. Sin embargo, ya no se ponen en el ataúd del adulto memelas, tortillas, monedas, paxtle y peine (estos dos últimos, específicos de mujeres) ni joyas valiosas, pero al niño lactante aún le ponen las rústicas un tubito de carrizo con un

³⁸ Julio de la Fuente Chicoséin, *Yalalag. Una villa zapoteca serrana*, México, CDI, 2012: 230-235. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. El antropólogo veracruzano Julio de la Fuente (1905-1970) estudió Ciencias Químicas en la Universidad Nacional de México, fue maestro rural, ilustró los primeros libros de texto gratuitos de la colección *Simiente*; fue integrante de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. Realizó estudios de antropología en las Universidades de Yale y Chicago; trabajó en el Instituto Nacional Indigenista y en la Subdirección de Asuntos Indígenas de la SEP, también tuvo una vasta producción fotográfica.

poco de leche de la madre. Se mantiene la creencia en el paso de las almas por el río Jordán (yeu kordán) y en los perros negros que están junto a él, con quienes se debe compartir el alimento (especialmente si se negó a los perros en vida) para que guíen a las almas al cruzar el río y les sirvan de monturas. La mayoría se apega la costumbre de calzar al difunto con sandalias de ixtle, o quitarle las prendas de cuero, cuyo olor detestan esos perros. Una minoría abriga dudas sobre estas creencias y rechaza las costumbres dichas.

Se comunica el deceso a las autoridades y se obtiene una boleta, previo pago, con la que se va a los campaneros para que toquen a intervalos los repiques convencionales de angelito o adulto. El que oye el repique pregunta a otros el nombre del difunto y cuando obtiene la información, se dice: “ahí me toca” o “no me toca”, según sea o no pariente o amigo del desaparecido o sus inmediatos familiares, y según aquél y éstos hayan o no estado en un funeral en su propia casa. En el primer caso, se prepara a hacerse presente y llevar una ayuda económica o dar otra, p. ej. llevar recados, ir a contratar a los músicos, hacer compras, transportar agua o instrumentos de cocina.

Se coloca el angelito sobre una mesa, bajo el altar doméstico, con velas y veladoras, bajo un arco de carrizos enflorados, y se le sahumá con copal. La pieza se adorna con listones, guirnaldas de papel y flores. Los muy rústicos colocan a los difuntos adultos sobre un petate, en el suelo, y las urbanizadas sobre una mesa, o en alto, y en cualquier caso, entre grandes cirios. Las gentes piadosas dicen rezos, puede llamarse a algún rezador, y mientras tanto se hacen los preparativos para el rezo nocturno y la distribución de alimentos y bebidas. Al anochecer se encienden lámparas de gasolina y se disponen petates y asientos altos.

Todos los que llegan al velorio (con excepción de los parientes muy próximos y los vecinos inmediatos, que generalmente ejecutan tareas) traen consigo una ayuda (gun) de uno o más reales, destinados a aliviar la situación económica de la familia y los gastos del funeral.

El gun se entrega a la madre del angelito, o a otra adulta de la casa, que se sienta sobre un petate, teniendo un plato o una taza al frente, o se puede dar directamente al jefe de la casa, quien da las gracias. A todo recién llegado se le ofrece de inmediato copa y cigarro y en el curso de la noche se ofrecerá una y otra cosa repetidamente a todos los concurrentes, con especialidad a los varones adultos. Se dicen expresiones breves de pésame.

En la noche, el rezador y la contestadora, o estos y otros especialistas de esta clase que llegan por sí muchas veces, dicen las alabanzas de angelito y el rosario, arrodillado el rezador o la rezadora sobre un petate frente al cuerpo, acompañándoles la música al decirse las alabanzas. Los músicos tocan marchas fúnebres primero, y otras piezas después (jarabes o piezas modernas) entre y durante los rezos. Los concurrentes son invitados a tomar café y frijoles (y entre los más rústicos, los alimentos se toman en la misma pieza en que se encuentra el cadáver). La conversación grave predomina al principio de todo velorio, pero en el de angelito, se trueca en excitación y aún entusiasmo cuando se ha consumido bastante licor, las marchas fúnebres han sido seguidas por piezas bailables, y algunas parejas de hombres o de hombre y mujer danzan los jarabes. La danza no es formal, pero se dice que un velorio es “bueno” cuando se danzó mucho, hubo regocijo y se distribuyó mucho licor y alimentos. El paso de un angelito al cielo debe ser motivo de alegría. Los padres pueden sentir un gran pesar, pero las convenciones dictan que no lo muestre. Los velorios de adultos son graves.

En la madrugada no quedan sino los parientes y amigos que continúan y continuarán prestando ayuda, y los fuegos de las cocinas. Después, algunos marchan al cementerio a cavar una fosa profunda en el lugar que les parece bien. Se da un desayuno de café, tamales y caldo de res, si ya se preparó este último, así como licores y cigarros. Los repiques no cesan, los músicos vuelven, y el entierro se lleva a cabo al mediodía o al atardecer. El cuerpo del que murió por heridas se entierra con alguna prontitud “para que no se descomponga”. En

el caso de los angelitos, antes de formarse el cortejo fúnebre, puede danzarse otro poco frente al cuerpo y al salir de la casa se dejan caer flores sobre el ataúd. La caja de los angelitos es blanca, la de los niños mayores, azul, la de los adultos, negra. Al depositarse el cadáver en el ataúd, se toca el miserere. Sólo las mujeres “de vestido” visten de luto en caso de adulto. Pocas de huipil se ponen un moño negro en la manga y cambian el lazo de seda o el enredo común (solo en velorio de adulto) por un lazo negro y la falda oscura. Algunas se tocan con rodete, y las de vestido llevan rebozo negro.

Se lleva a los angelitos en caja descubierta, y los portadores, en la costumbre antigua que se observa una que otra vez, son ancianos. En la costumbre moderna son niños (varones). La caja de los adultos se lleva cubierta. A la cabeza del cortejo marchan gentes encargadas de disparar cohetes que, con los repiques, señalan a los retrasados que el cortejo está en marcha. Tras de aquellos siguen los portadores de la cruz (niños o adultos), los músicos, que tocan marchas fúnebres, el ataúd y los dolientes, separados en grupos según sexo. Algunas mujeres llevan pocas flores de la estación (las rosas son bastante específicas para los niños). La madrina del angelito debe marcharse tras éste, sahumándolo con copal.

De cuando en vez, se lleva el cuerpo a la iglesia para decirle ahí un breve rezo. Cuando se baja el ataúd, se dispara un cohete que avisa al campanero distante que repique en ese momento. Se guarda silencio y llena la fosa, si de angelito, se arrojan a ella y mezclan con la tierra los carbones del sahumador y un poco de agua bendita llevada a propósito. Los concurrentes regresan al pueblo en pequeños grupos y los parientes inmediatos del difunto invitan a algunos a tomar caldo de res y tamales. Los rústicos se sacuden la tierra del cementerio, al salir de él, y se lavan cuidadosamente las manos y los pies, más tarde, para desprenderse un mal que la tierra pudiera comunicarles.

En la siguiente mañana, las parientas, vecinas y amigas se presentan para recoger la ropa, lavarla en el río y eliminarle así un “mal” contagioso, o una influencia de este carácter. Se les da la ropa lavable de uso, de todos los habitantes de la casa. Adultas y niñas marchan camino abajo, llevando la ropa en un borriquillo, provistas de jabón y alimentos que deben proporcionárseles en la casa del funeral. La ocasión asume caracteres de fiesta para las participantes. En este mismo día los rústicos llaman a algún mixe o un perdido social para que arroje fuera del pueblo y en sitios a propósito, el petate y tal vez alguna otra prenda del muerto, pagándoseles dos reales y una botella con mezcal. En la costumbre más antigua, subsistente en pequeño grado entre gentes muy rústicas, se arroja al hombre un jicarazo de agua y con este líquido se traza en el suelo una raya, apartadora del mal que se aleja y las gentes que queden en la casa. En la costumbre actual, no se arroja agua al hombre, sino al suelo nada más, pero muchos han abandonado la práctica exorcística: los creyentes y los más urbanizados van a tirar el petate y las prendas ellos mismos, o los queman en el patio, cuando juzgan más conveniente esto último de acuerdo con sus conceptos modernos sobre el contagio. Las ropas valiosas no se destruyen.

En la noche del día del entierro da principio el novenario de rosario con la participación de los músicos (si se cuenta con recursos económicos), de un rezador, una contestadora y dolientes. La concurrencia, abundante en mujeres y aún en niños, hace el coro y da otras respuestas. Los hombres permanecen fuera, generalmente, haciendo plática en el corredor, dando alguna ayuda a las cocineras, si la han menester, o jugando. Terminado el rezo, que se dice frente al altar doméstico, arrodillado el rezador sobre un petate y frente a un sahumador, se sirven tamales, café, pan (a veces) bebidas alcohólicas y cigarros, a los varones dentro de la pieza, primero, y a las mujeres después. Esto se repite en las noches siguientes. Para el último día del novenario, las parientes próximas, vecinas y amigas acuden desde temprano con sus instrumentos de cocina y ayudan a preparar caldo de res y otros alimentos, en mayor cantidad que

las noches anteriores, para una comida del mediodía, casi especial para las que trabajan y la cena. En la noche, terminado el rezo, que es muy concurrido, se sirven los alimentos. Algunos acostumbraban formar una cruz con cal o arena en la parte de la casa en que estuvo el cuerpo, y ponen flores sobre ella, pero después del último rezo, se ponen en un petate la cal y las flores y se arrojan en la tumba. A ésta se le cambia después la cruz por una mejor y se puede construir un túmulo más o menos lujoso, con una ventanilla o nicho lateral, para prender velas y lámparas. En el cementerio antiguo, se enterraba a los muertos con la cabeza hacia el occidente. En el actual, más bien hacia el oriente.

Los rezos que se dicen están destinados a alejar el espíritu del difunto, que pudiera rondar por la casa, y a que siga su camino rumbo al lugar del descanso. De éste volverá periódicamente cada Todos Santos para compartir con sus deudos lo que obtuvieron durante el año. El deceso de un familiar no sólo es motivo de lamentación sentimental para sus deudos, sino también de congoja económica para muchos por los gastos que se ven obligados a hacer, máxime cuando las ayudas que se reciben no representan sino una fracción muy pequeña de los gastos, fue muy usual, hasta hace pocos años, que muchos parientes permanecieran en la casa del funeral no sólo durante los nueve días del novenario, sino cinco y aún diez más, recibiendo (y aun demandando) alimentos, licor y cigarros, pero estos casos no son ya muy frecuentes.

Las costumbres descritas (el acompañamiento musical, la embriaguez y las riñas que se suceden, comer junto al cuerpo, hacer grandes gastos cuando no se cuenta con medios para ello, la danza) son repugnantes e indeseables para los más urbanizados quienes han buscado suprimirlas radical o parcialmente, llevando a cabo esto último, algunos años, desde los puestos de autoridad. Estas costumbres, en cambio, son caras al rústico y a la mayoría conservadora. Un hombre o una mujer trabajan, entre otras cosas, para que se les haga un funeral “decente”, que honre al difunto y a sus deudos,

en el que no se escatime alimento o bebida, para no dar lugar a la murmuración pública, sino a la alabanza. Un hijo debe honrar a sus padres cumpliéndoles estos deseos y al hacerlo así, evita al mismo tiempo un reproche o un castigo de las ánimas y los dicitos que las gentes pudieran dirigirle. La única modificación voluntaria e importante que algunos urbanizados pueden hacer consiste en no dar alimentos junto al cuerpo y escatimar algo el licor, pero esto último mengua su prestigio.

Todos Santos Za Tu Santu *Julio de la Fuente*³⁹

Esta festividad es de crisis, como la de Semana Santa, y se celebra en los días marcados por el calendario. Comprende rituales públicos y privados de propiciación y apaciguamiento, que se celebran en honra de las ánimas de los difuntos, las que dejan Mitla para seguir los caminos comunes y llegar hasta sus parientes, cualquiera que sea la casa o pueblo en que habiten.

Desde el primer día del novenario se repica a difunto adulto, a intervalos. La celebración comunal comprende un novenario de la Hermandad y otro general, ante un catafalco, a cuyo alrededor, como en el caso de los santos, se depositan flores y velas. El fiscal lee las alabanzas y ya avanzada la noche, se hace una procesión en el atrio y se continúa rumbo al cementerio. Años atrás se hacía en la madrugada, modificándose la hora por parecer incómoda a los devotos. Es encabezada por toda clase de músicos y las gentes que disparan cohetes, a las que siguen los devotos, llevando las imágenes de San Juan y la Virgen del Carmen. Como en otras procesiones, se hacen estaciones, los devotos se arrodillan, rezan y responden el rosario, y llevan las velas usadas que las proporcionan los mayordomos.

³⁹ De la Fuente, *Op. Cit.*, 323-327. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

En el cementerio se depositan las imágenes (sobre petates) en el plano frontera. Se termina el resto y un rezador, en largo y emotivo discurso en zapoteco, se dirige a las ánimas, les expresa el agradecimiento que sienten los fieles y deudos por las mercedes que les han hecho y el amor y la estimación que les guardan. Les hace presente que las están honrando como es debido y se invoca su perdón y clemencia, así como la continuación de su ayuda. Se reza un padre nuestro y se regresa a la iglesia, haciéndose nuevas estaciones.

Antes del primer día luctuoso de los dos más importantes, cada quien arregla las tumbas de sus deudos, reemplaza la cruz caída o vieja por una nueva, pinta o reconstruye la tumba, y los particulares o el municipio hacen trabajos generales de limpieza y compostura. Cada familia acopia oportunamente lo necesario para las ofrendas y para ella misma. Las ofrendas comprenden cosas semejantes a las que se dan a los santos (copal, flores, velas, lámparas) y cosas parecidas a las que se dan a los sobrenaturales gentiles (alimentos). Las ofrendas deben corresponder en lo posible a los dones que se recibieron durante el año. Si la cosecha fue buena, lo fue no sólo porque se hizo un buen trabajo, sino también porque se contó con la ayuda de los antecesores, quienes en vida, dieron tierras, y como ánimas, vigilaron y ayudaron. La buena cosecha es también un premio que dan Dios y los Santos al que cumple con su obligación. Si las cosechas no fueron tan buenas como se esperaba, fue por causas que las ánimas no pudieron remediar: las culpas de los hombres son muy grandes y ameritan un castigo. Las ofrendas pueden ser pequeñas pero en las preces, la conducta externa y el sentimiento se muestra una congoja sincera, aplacatoria y propiciatoria, y se espera que el siguiente año sea mejor para mejorar la ofrenda.

En la víspera de Todos Santos (...), hacia mediodía o poco después, se espera la llegada de los angelitos, y en el día siguiente (...) la de los adultos, cuyas almas llegan a la hora en que las anteriores se van, a las dos o tres de la tarde. Las ofrendas se ponen en una mesa, usualmente la del altar doméstico, cubierta o no con un toldo. Se adorna

con arcos de carrizo o caña de azúcar, que es de estación, enflorados con zempasúchil y flor de muerto. No se da gran atención a las almas pequeñas, poniéndoseles acaso piezas diminutas de pan u otros alimentos, dulces y en casos, los juguetes usados en vida por los niños. Algunos ponen a los adolescentes panecillos de masa ázima, en forma de animales. Las ofrendas principales para los adultos consisten en el pan especial de huevo, en forma de “muerto”, moles, dulce de calabaza y frutas regionales o importadas. Parte de las ofrendas se distribuye sobre la mesa directamente o en vasijas; las frutas, los pescados secos y vasos conteniendo agua o azúcar se cuelgan de los arcos; sobre la mesa o el suelo, en vasijas, se deja mezcal, catalán, tepache o agua.

La riqueza o la pobreza, el buen o mal gusto, la falta de creencias o su persistencia, contribuyen a la abundancia o escasez de las ofrendas, a su arreglo artístico o rústico, y a la clase de ofrendas. Todos prenden velas, veladoras y lámparas de aceite. Una minoría ofrenda grandes cantidades de pan, chocolate, moles elaborados y otras cosas. En los altares rústicos se ve chicharrón, carne salada, manteca, sidras, hojas de naranja y chapulines cocidos. Hay quienes pongan ofrendas para ánimas que no fueron de sus parientes, pero que habitaron la casa, y uno que otro lleva alguna ofrenda a donde vivieron sus antepasados. Toda alma a la que no se encienden velas se contrista, llora y se ve obligada a unirse a las que reciben tal ofrenda. Las ánimas toman de todas las ofrendas su aroma agradable dejándolas inodoras e insípidas, y llevan aquél consigo, montadas en las almas de los chapulines. No deben tocarse las ofrendas para el consumo propio en el día, sino que se toma de otras, de las que puede obsequiarse a alguien incidentalmente. No se hacen obsequios ni visitas, como es común en el valle.

Los ausentes del pueblo regresan a él para el último día del novenario, procurando no quedar en despoblado, para no correr el riesgo de tropezarse con las ánimas. La conducta común debe modificarse: los niños que muestran alegría o que gritan deben guardar silencio,

y son conminados a no tomar las ofrendas para incurrir en el disgusto de las ánimas. Los adultos devotos y conservadores guardan una actitud grave y desde el día de los angelitos permanecen algún tiempo junto al altar, orando, quemando copal, rezando, recordando a sus difuntos y aliviando su pena con tragos de mezcal. Muchos combaten el sueño para no ser víctima de las ánimas que pueden “llevarse al dormido”, sacándole el alma. No todos guardan compostura y dentro del silencio del pueblo, siempre hay alguna algazara en las mesas de juego que se instalan en las cantinas.

En la mañana del día de los muertos viejos se acentúa la actividad en el panteón, al que se llegan deudos, rezadores y contestadores, estos dos últimos para rezar y cantar alabanzas que se pagan allí mismo. En la tarde el pueblo se concentra en el panteón. Las mujeres forman grupos junto a las tumbas, rezan y hacen conversación. Muchos jóvenes y adultos forman grandes grupos que platican y observan a las mujeres. Cerca del cementerio se instalan pequeñas ventas de velas, veladoras y golosinas. El sacerdote y un grupo de músicos por él contratado concurren a decir responsos que se le piden y paga; y las gentes piadosas pagan uno o varios responsos para las ánimas innominadas o que no los obtendrían en otra forma. Estos últimos se dicen en el centro del cementerio, en el plano frontero, y los otros, junto a la tumba del difunto. El responso es para las ánimas “como rocío que las refresca y alivia”. Hay quienes lloran pero no se hacen grandes demostraciones de dolor y la asistencia al panteón tiene en parte caracteres de fiesta o paseo. Más tarde se regresa al pueblo. En la noche y el día siguiente, el sacerdote y los músicos recorren el poblado, diciendo responsos y salves, sencillas y con música, en el interior de las casas, los patios fronteros y los lados, para que las ánimas perdidas o extraviadas, o las reacias a regresar, vuelvan a sus lugares y no perturben a los deudos. Los más acongojados recobran la calma y la preocupación de la mayoría consiste en pagar las deudas contraídas para hacer los altares.

En los años de buena cosecha, se dice que las ánimas “comieron mucho guajolote, gallina, caña y naranja”, y que los vivientes también comieron mucho. Todos Santos es “fiesta de comer” no sólo para las ánimas sino para los vivientes. En estos días se repite por algunos el ejemplo de la viuda que intentó engañar al ánima de su esposo dejándole piedras como ofrenda, y el castigo que con ellas le dió el ánima.

Las diversiones de la fiesta y la temporada consisten en juegos de azar e ingestión de licores alcohólicos. Desde unos días antes del novenario se instalan mesas de juego y toldos en la plaza y las cantinas, o en casas particulares de los afectos al juego. No se hacen fuertes apuestas, por lo común, y se recuerda que a principios de siglo llegaban al lugar jugadores profesionales o semiprofesionales de otros pueblos, apostándose fuertes cantidades. Los juegos se suspenden días después de la festividad. Hay quienes mantengan la creencia de que los que fallecen en Todos Santos cometieron una gran falta y sirven de mozos a las ánimas comunes cuando estás regresan a sus lugares en Mitla.

El ritual del *Cho'ne* *Mario Molina Cruz*⁴⁰

Entre los zapotecas del sector Cajonos es común celebrar el ritual del *Cho'ne*, que consiste en alejar a la muerte del hogar. El enfermo, en su agonía, ocupa un petate en que “recibe” a la muerte. Al morir se le compra un petate nuevo, el especial para la sepultura, y se deja el que ocupó como lecho de agonía.

⁴⁰ Mario Molina Cruz, *Primeras interpretaciones de simbolismos zapotecos de la Sierra Juárez de Oaxaca*, Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 2004: 34-35. Mario Molina, zapoteco nacido en Yalalag, escribió relatos y poesía; el Instituto Oaxaqueño de las Culturas le otorgó el Premio de Narrativa en Lengua Indígena (2002).

Mientras se tengan las pertenencias del muerto en casa, éste no descansará, su espíritu rondará la casa; por eso, una vez pasado el entierro, en el mismo día y por la noche, se debe recoger el petate (sea nuevo o viejo) donde expiró el difunto, se dobla y se cose de los extremos convirtiéndolo en una bolsa grande. En su interior se depositan las pertenencias del fallecido: ropa, huaraches, sombrero, cobija, ceñidor, pañuelo, gabán (menos sus instrumentos agrícolas, como el machete y la coa). Conforme se introducen las pertenencias al petate, se le habla al espíritu diciéndole que en vida y en persona se le quiso, pero ahora debe hacer el favor de ya no interferir con los vivos, que los rezos de novenario lo ayudarán a descansar y a encontrar la paz. Dicho esto se riega mezcal y se ahuma el sitio con incienso; enseguida, ya hecho el equipaje (amarrado con mecapal del mismo difunto), se le pide a una persona no familiar tirarlo fuera del pueblo (regularmente se ocupa a un borracho o algún vago del lugar), a quien se le paga o se le regala licor a cambio.

El enviado no debe regresar a la casa; se le pide dar un largo rodeo en el pueblo y buscar el camino por donde nace el sol.

Al *Cho'ne* se le prende fuego y, como está prensado, tarda días en consumirse.

Al día siguiente se reúnen los familiares y vecinos para celebrar el ritual del “lavado de ropa”, en que la gente se *desprende* y se limpia de la muerte. Después del almuerzo, los deudos del difunto se van al lavado de ropa. Para ello, los de la casa tienen que comprar el jabón y a manera de peregrinación, se acude fuera del pueblo en busca de un arroyo próximo o del chorro con abundante agua. A veces se va directamente al río. A la hora de la comida llega una comisión cargando tortillas y frijol frito. Al atardecer regresa a la peregrinación al pueblo, llevando la ropa lavada y seca, “limpios” del mal que causó la muerte.

Este ritual -según la cosmovisión zapoteca- es para desprenderse de las impurezas de la muerte. El agua es el elemento, el medio indispensable que se encarga de alejar y de llevar lejos a la muerte.

El petate acompaña al zapoteca desde la cuna hasta la tumba; lo acompaña en la miseria, que se observa en un petate vencido, negro y remendado con trapos. Sobre el petate se contó y se cuenta la riqueza zapoteca: jícaras, platos, tazas, huipiles, cacao, huesos de mamey. Hoy en día, dada la influencia de un capitalismo atroz, el dinero que dejan las fiestas o la venta de comida cuando se realiza el casamiento, es expuesto sobre el petate; ahí se ven hileras de billetes y montoncitos de monedas en circulación, a la vista de todos, porque en esta sociedad no hay secretos bancarios.

Ceremonias de vida y muerte en el Istmo oaxaqueño

*Violeta Torres Medina*⁴¹

Para todos los actos sociales en que hay “velorio” (es decir, una misa, un matrimonio, un entierro) es indispensable la música. En el istmo oaxaqueño le llaman “velorio” a toda reunión que se efectúa con baile o fiesta, y vela a las fiestas de mayordomía. Así, al morir alguien, el “velorio” será para recordarlo. Los vecinos y parientes concurren a la casa enlutada. Al cadáver se le viste y acomoda frente al altar familiar. Se prepara comida para los asistentes; las mujeres entregan su guna (dinero, velas y flores) al pariente más cercano del difunto, y los hombres al que “represente al varón de la casa”. Durante la velada comen, beben, fuman, cantan, conviven, se buscan las palabras más exactas, más plenas de sentido para ex-

⁴¹ Violeta Torres Medina, *Canciones de vida y muerte en el Istmo oaxaqueño*, México, INAH, 1984: 8 (disco LP). Violeta Torres, investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia, estudió musicología y antropología social; el trabajo referido lo realizó en Juchitán de Zaragoza y ha tenido varias reediciones.

presar el dolor. Las lamentaciones transcurren acompañadas de la música que produce la guitarra de algún pariente o amigo. Se escuchan canciones que recuerdan las hazañas del muerto, melodías “tristes” si era un adulto o “alegres” si era menor de edad. El cortejo fúnebre es encabezado por la banda, pues no hay entierro que no cuente con ella. Si se trata de la muerte de alguna adolescente, se tocan las piezas que más le gustaban cuando asistía a los bailes, las más alegres; si se trata de la muerte de un adulto, la música es “fúnebre”: la banda puede tocar música de Chopin, Wagner, Bach, sonos tradicionales o melodías improvisados.

En la misa toda “la parentela” coopera con flores y velas, luego se hace una fiesta como si fuera una gran boda; continúan después los “velorios de novenarios”, “los cuarenta días” y “fiestas de todos los santos”. La vida, la muerte, la naturaleza misma tienen, para los zapotecos del istmo, aspectos importantes que merecen ser cantados.

La muerte y lo desconocido

*Miguel Covarrubias*⁴²

A pesar del gran hospital recientemente inaugurado en Juchitán, de las farmacias tan bien abastecidas y del creciente número de pacientes atendidos por los escasos médicos de la región que cuentan con título profesional, en el Istmo predomina aún el arraigo hacia las causas sobrenaturales de enfermedad y de muerte, aunado a la ingenuidad y a la fantasía de la magia indígena y a la sapiencia española, aspectos tan latentes en la ágil imaginación zapoteca. Aun los

⁴² José Miguel Covarrubias Duclaud, *El Sur de México*, México, CDI, 2012: 449-467. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas. Miguel Covarrubias, escritor y antropólogo mexicano, también destacó como pintor, ilustrador, dibujante y caricaturista; trabajó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y dirigió la Escuela de Danza del Instituto Nacional de Bellas Artes. En la década de 1940 visitó frecuentemente el Istmo, como señala, entre excursiones a Nueva York y el Lejano Oriente, sobre todo a la isla de Bali (Indonesia) donde realizó trabajo etnográfico. En *El sur de México*, el autor aborda diversos temas y áreas culturales de la cintura del país: la región de los Tuxtlas y Coatzacoalcos en Veracruz; las planicies del Pacífico en Oaxaca, con especial referencia a Juchitán y sobre todo Tehuantepec.

mismos pacientes jóvenes, supuestamente emancipados, que cuentan con una educación escolar se ponen tarde o temprano en manos de curanderos, a menudo instados por los mismos padres, que tienen muy poca fe en la medicina moderna y que, con frecuencia, la mezclan lamentablemente con la superstición. Esto se hace más palpable aún en el caso de los niños que enferman, encontrándose con frecuencia desnutridos y afectados por enfermedades intestinales, parásitos y malaria. Aquel niño que logra sobrevivir más allá de los tres primeros años de vida, tan críticos en la niñez, se fortalece, preparándose así a soportar condiciones más adversas.

Las enfermedades más comunes son la fiebre malárica y la fiebre tifoidea, las enfermedades intestinales ocasionadas por dietas inadecuadas, parásitos, cólicos, disentería amibiásica y diarreas fatales. Son comunes también la tuberculosis, las enfermedades venéreas y el reumatismo. Hay muy pocos médicos en la región, el pueblo no los apoya lo suficiente, el costo de las medicinas es prácticamente prohibitivo y, los curanderos, considerados como miembros prominentes y respetables de la comunidad, cuentan con el apoyo de los miembros de mayor autoridad en la familia. No hay un nombre especial para ellos, como no sea el de la palabra española de “curandero”. En Juchitán tan sólo se les conoce por su nombre o sobrenombre, con un cierto tipo de título adicional, *žibi*; por ejemplo, *Juan žibi*. Son especialistas en huesos, curanderos de huesos que practican los vestigios de las prácticas medicinales indígenas antiguas, basándose en el masaje, en las propiedades de las hierbas y raíces, en el uso de los baños de vapor, etc., descripción que podría requerir un estudio muy especial. A los especialistas en huesos se les agrega la palabra *žita* (“huesos”) a su nombre, como *José-žita*.

A la magia negra se le considera como causante primordial de la mayoría de las enfermedades, ideando conceptos muy peculiares en cuanto a las causas y la cura de la enfermedad, provocada, según ellos, por circunstancias repentinas y casuales y la cura de la enfermedad, provocada, según ellos, por circunstancias repen-

tinias y casuales ajenas al control de la víctima. El más temido de estos achaques sobrenaturales es el espanto, *žibigiža*. Alguien puede “espantarse” al mirar repentina y voluntariamente algo horrible, aterrado o prohibido, al presenciar un asesinato, al recibir un profundo impacto o al ser perseguido por fantasmas. La víctima surge de un desasosiego general, de una falta de apetito, de lasitud, de neurosis y tarde o temprano se “seca” y muere. Se sabe de tres casos que muestran este extraño concepto, en el que aparentemente existen padecimientos del sistema nervioso, complicados por una tuberculosis. Caminando por los matorrales, una mujer de Santa María encontró repentinamente el cuerpo de su hermano, perdido ya por espacio de cuatro días, en estado de descomposición y carcomido ya por los buitres. Se dice que “se tragó el hedor” y perdió el conocimiento, al estar espantada. Se cuenta también del caso de una mujer de San Blas, renuente a cumplir con sus obligaciones maritales. Su esposo, ávido de mantener relaciones sexuales, no tardó en morir, persiguiéndola, desde entonces, para hacerle el amor fantasmagóricamente. La pobre mujer enfermó y se consumió y, para cuando nos enteramos de la historia, se encontraba prácticamente al borde de la muerte. Sus amistades y parientes agotaron todos los recursos de los curanderos. Llevaron flores a la tumba del esposo, invocaron y maldijeron al difunto, quien persistía en “asustarla” en forma tan depravada. El sacerdote del pueblo se interesó en el caso y rezó oraciones especiales, rociando la tumba con agua bendita, sin tener éxito alguno. Se cree que la mujer jamás logrará recobrase. Asimismo, se cuenta del caso de un niño que vio, sin querer, a una pareja hacer el amor. El niño enfermó de inmediato. Tres curanderos famosos emplearon todas sus curas en él inútilmente y, de no habersele obligado a “confesar” lo que había visto, que tanto le había aterrorizado, habría muerto irremediablemente. Esto fue lo único que logró salvar su vida.

La cura para el *žibigiža* consiste en “soplar” para ahuyentar el espanto. El curandero hace una serie de tres “soplidos” cobrando un peso por cada uno de ellos. El procedimiento es el siguiente: se hace la

señal de la cruz en distintas partes del cuerpo. El doctor sopla más fuerte cada vez y coloca montoncitos de tierra en cada uno de los cuatro puntos que forman la cruz. Se implora a varios santos y se pronuncia el nombre del paciente, acercándose a una calabaza, a la cual se le sopla, rezando oraciones católicas en español que, ante los ojos del pueblo sencillo de habla zapoteca, encierran gran misterio y poderío:

Cuerpo miedoso, ¿por qué te espantas?
Cuerpo cobarde, no tengas miedo,
Vuélvete, Bartolomé,
A tu casa y a tu mesón,
Para que le des tu perdón.
Que no muera de parto, que no muera de espanto,
Que no muera sin confesión.
Que ese espanto caiga al mar,
Que caiga en los montes para que no coja a otro pobre.⁴³

Cuando los primeros curanderos fallan, se recurre a otros, mismos que ponen en práctica sus curas en grupos de tres. Al agotar todos los recursos, se aboga al último recurso que consiste en que el paciente “declare” lo que vio, que tanto le atemorizó. Se le pasea por el pueblo, montado de espaldas sobre un burro, seguido de una multitud que grita: “*idižakuti žibigiža*” (“¡el espanto lo está matando!”). La víctima debe narrar su historia cuantas veces vaya deteniéndose la procesión.

Existe otro tipo de espanto conocido como *gizagiá'*, un tipo de locura sexual, como en el caso de un hombre de Tehuantepec que sorprendió a la joven que amaba en la cama con otro hombre. Nada le habría ocurrido de haber matado al culpable y raptado a la joven. En lugar de ello, reprimió sus sentimientos y muy pronto enfermó.

⁴³ Frances Toor, *Mexican Folkways*, Vol. II, No. 7, 1926.

Sus orejas se separaron, tornándose delgadas y puntiagudas, sus ojos ardían de fiebre y poco a poco fue enflaqueciendo cada vez más. Se le dijo que fuese al río cada mañana, acompañado por el curandero, para cavar siete hoyuelos en la playa y arrojar piedrecillas dentro de ellos. La cura fracasó y el hombre fue llevado ante un sembrado de plátanos para abrazarse al tronco de un platanal y “confesarle” lo ocurrido, mientras se le daban masajes en la espalda con anisado, bebida dulce de ron con sabor a anís. El árbol absorbió la maldición, se marchitó y murió, salvando así la vida del hombre⁴⁴

Uno de los achaques mágicos más peculiares de Tehuantepec es la enfermedad conocida como *vergüenza* (*stu’i* en zapoteco) causada por una humillación o ira reprimida como, por ejemplo, cuando se es insultado o puesto en ridículo en público y no es posible defenderse o responder al insulto. Una joven de Juchitán enfermó de vergüenza tan sólo al ver que las marchantes del mercado se burlaban de ella con comentarios y gestos disimulados. Los síntomas son el cólico, pulsaciones en el abdomen, dolores de cabeza y depresión general. La cura para la *vergüenza* es sencilla; se le da a beber al paciente media calabaza de barro diluido y se le aplica una capa de lodo sobre el abdomen. Existen otros recursos para curar esta enfermedad, como lo son el emplear sebo derretido y el recitar ciertas palabras para expulsar las pulsaciones del cuerpo. Hay una manifestación peculiar de la vergüenza que se presenta en forma de infecciones en los ojos, conjuntivitis, etc., causadas, supuestamente, por “la vergüenza en los ojos”. A esto se le conoce en zapoteco como *gúče bučaci lú: bè* (“ira de la iguana en el ojo”). La única forma de curar este mal es recurriendo a la magia. El curandero emplea un plato de cerámica lleno de agua, al cual se le agrega dos chiles, una rama de epazote, una hierba aromática, dos cuchillos de acero y cuatro varas pequeñas de bambú. Con los cuchillos forma una cruz en el plato y pronuncia conjuros, maldiciendo a la iguana imaginaria, causante de la enfermedad, haciéndola pedazos, los cuales supuestamente habrá

⁴⁴ Existe una forma muy sutil del “miedo” llamado *silasé* (“tristeza”), cuyos síntomas son idénticos a una melancolía extrema que va consumiendo al paciente paulatinamente. Se cura con té de tamarindo y con hojas de cordoncillo.

de entregar a los presentes, llamándolos por su nombre: “Fulano puede tomar la cola, Fulano la cabeza”, etc., hasta haber repartido las patas, el corazón, los intestinos y las demás partes de la iguana. Posteriormente grita “¡Fuera!” “¡Largo!” “¡Esta paciente tiene otros asuntos que atender!” “¡Déjala!” “¡Largo!”. A esto se le llama *regañar la vista* mientras pasa las afiliadas navajas del cuchillo sobre la ceja, en su afán de disecar a la iguana, limpiando los cuchillos en cada ocasión con agua y moviendo las varas de bambú como si tratase de retirar los restos de la iguana destazada del ojo irritado e hinchado.

La maldición universal del mal de ojo (*gendaroyá*) en Tehuantepec se debe, aunque parezca sorprendente, al amor o admiración que un individuo pueda sentir hacia otras personas, al cariño que un hombre o mujer puedan sentir hacia alguien más, particularmente hacia un niño y que, a pesar de ello, reprime su instinto de acariciarlo. El mal de ojo puede ser causado inadvertida o involuntariamente, como en el caso de una mujer sin hijos que envidia o desea tener el hijo de otra mujer. Estando en una fiesta, un borracho se sintió atraído por un bebé que se encontraba en los brazos de su madre. Al darse cuenta de lo ocurrido y, aún a pesar de su estado de embriaguez, el hombre corrió hacia el niño y pellizco su mejilla, anulando así la maldición. El niño lloró pero la madre se mostró sumamente agradecida por ello. En caso de que la maldición hubiere recaído sobre el niño, se habrían presentado síntomas tales como fiebre, vómito, tos o diarrea. Para curarlo, se le tendrían que haber dado fricciones a su cuerpo con anisado y cubrir su torso con flores y hierbas aromáticas, como las albahacas, dos chiles, dos limones y huevo para absorber el mal de ojo.

El hechizo causado por una mujer puede ser fácilmente contrarrestado, no siendo así el mal de ojo causado por un hombre, puesto que se considera que es difícil de curar y que aún en ocasiones puede ser mortal, al menos que sea el hombre mismo el que rompa con el hechizo, o al menos que la víctima utilice algo de ropa que haya absorbido el calor de su cuerpo, similar a una camisa sudada. El mal

de ojo puede tener su origen en los adultos en una persona apasionada, aunque lo mantenga en secreto, del sexo opuesto. Por ejemplo, si un individuo siente enorme deseo, por largo tiempo reprimido, de amar a una mujer o de acariciar sus posaderas, sería preferible que lo hiciese. De no hacerlo, podría convertirse en víctima del hechizo incurable del mal de ojo masculino.

El aire (*gendario:bí*, lo cual significa “ser golpeado por el viento”) es otro de los achaques mágicos causados supuestamente por aires malévolos que penetran en el cuerpo provocando enfriamiento, bronquitos y reumatismo. La cura del mismo radica primordialmente en el masaje, por lo cual las curanderas suelen ser expertas, además de dar fuertes fricciones de anisado o de alcohol alcanforado y de aplicar ventosas para extraer los aires malignos que han penetrado en el cuerpo. Esto debe complementarse con aplicaciones de paños calientes.

La brujería

Los tehuanos tienen una clara distribución entre los espíritus sobrenaturales ordinarios (los duendes), los *bišé* y los *biniší*, y los brujos o hechiceros, que son verdaderamente peligrosos (*bižá'á*), los cuales se convierten en animales para cometer todo tipo de pillajes a sus semejantes.

Es difícil distinguir a los *bišé* y a los *biniší*. Se contentan con amedrentar y hacer burla a los demás. Vagan por todo el pueblo durante la noche, atravesando el puente repetidas veces y destruyendo las vigas sueltas de los andenes del puente. Hay espíritus masculinos y femeninos que seducen a las personas del sexo opuesto, orillándolas a salir del pueblo hasta perderse en la maleza. Se enamoran con frecuencia de ciertas personas y son susceptibles a celos irascibles, escondiendo la ropa de la persona amada y arruinando su apariencia personal. Se cuenta, inclusive, que hay personas a las que repentina e inexplicablemente se les ha despeinado, se les ha desgarrado la

ropa o se les ha pintado la cara con una franja de color azul. Una mujer de Juchitán relató la historia fantástica de un espíritu celoso de su esposo con quien había contraído matrimonio tan solo sólo hacía algunos meses. El malévolo *bišé* trató primero de contaminar sus alimentos con cabello femenino, el cual aparecía aún en el agua que bebía. Asimismo, la llave del arcón en donde guardaba su ropa solía desaparecer cada vez que intentaba vestirse para salir. El espíritu se tornó violento poco después, mordiendo a su víctima ferozmente (la mujer mostró las cicatrices). Finalmente, el marido enfermó y murió en escasas semanas. El espíritu se mostró ante la víctima adoptando la personalidad de una mujer diminuta, de escasas pulgadas de altura, quien había sido la amante del esposo hacía algún tiempo cuando trabajaba en el norte. Es muy probable que esta historia no haya sido más que producto de su imaginación, provocada por el celo excesivo de una esposa, o bien no demasiado joven, o no muy hermosa. Sin embargo, la mujer afirmaba tener testigos que confirmarían su historia, asegurando que las cicatrices en la espalda, brazos y piernas aún reflejaban las marcas de los dientes diminutos.

Los *biniží*, de tez blanca en su mayoría, convierten a las personas en idiotas (*binigiza*). Provocan alucinaciones y hacen que la gente vea bosques incendiados, árboles que caen, etc. Por el contrario, los temibles *bižá'à* son seres humanos capaces, debido al pacto que tienen con el *binižá:ba* (el diablo), de transformarse en animales, como puercos (*biwi-bižá'à*), perros, toros y monos que chupan la sangre de las personas mientras duermen o que maltratan y dañan a los niños mientras se encuentran en el seno materno, lo que explica el motivo por el cual ciertos niños nacen dañados o muertos. Para convertirse en *bižá'à*, saltan cuatro veces, maldiciéndose a sí mismos y a sus padres mientras se ponen la piel del animal al cual desean convertirse. Uno de los sitios predilectos para efectuar dichas transformaciones es la roca del barrio de Jalisco conocida como *gie'žuna: ží*. Temen a la luz del día pero el brillo de la luna les es propicio. Los perros guardianes saben diferenciar a este tipo de bestias de los animales

ordinarios e inocentes, ladrando con gran furia, aparentemente sin motivo alguno, cuando ven a un impostor de este tipo.

Hay muchas formas de anular o de expulsar a un *bižá'à*, pero la forma más eficaz consiste en orinar sobre él o en golpearlo con un pedazo de cuerda o tela bañado en orina humana. Para capturarlo, basta con sujetar su sombra con una aguja o con cualquier instrumento metálico aguzado, con lo cual no podrá escapar. Seguramente suplicará y llorará para que se le deje en libertad. Si se le deja allí, se le encontrará a la mañana siguiente, cautivo como una mariposa puesta en la caja de un naturalista, sin poder escapar. Los *bižá'à* son alérgicos al ajo y a los instrumentos de hierro aguzados. Una joven comentó que este tipo de espíritus, al verse atrapados, prometen dar cualquier tipo de obsequios si se les libera, promesa que siempre cumplen al día siguiente. Sin embargo, los obsequios se convierten en tierra al ser tocados por manos humanas. Los dientes de ajo esparcidos por toda la puerta de una casa los ahuyenta y a los niños se les protege colocando un diente de ajo o un diente de oro de cocodrilo sobre su cuello. Es recomendable poner una escoba cerca de la cama, un cuchillo o un par de tijeras bajo la almohada sobre la que uno duerme. A los niños se les pone alfileres de seguridad en sus almohadas mientras duermen por el mismo motivo.

Es muy probable que la creencia en la *bižá'à* sea un concepto indígena, a pesar de que en muchos aspectos coincide con la creencia en los licántropos de Europa. Ambos se convierten en animales a su antojo, son alérgicos a los instrumentos de hierro aguzados, al aullido de los perros y a la luz del día y a ambos les gusta alimentarse de los humanos mientras duermen y de los bebés que se encuentran aún en el seno materno. Sin embargo, Bernardino de Sahagún⁴⁵ relata sobre los brujos malévolos de principios del siglo XVI, antes de que la ideología española se incorporase a la ideología indígena, los cuales se transformaban en animales, volaban en las alturas y cometían todo tipo de infamias a los miembros de una familia, primero inmo-

⁴⁵ Seler, 1904c, Vol. II, XIII.

vilizándolos con el sólo hecho de tocar su puerta con la mano inerte de una mujer que acababa de morir al dar a luz. Para protegerse de dichos brujos, se solía colocar un cuchillo de obsidiana dentro de un recipiente de agua al lado de la puerta, recurso semejante al de las tijeras y los alfileres de seguridad que se emplean hoy en día con el mismo fin.

Bernardino de Sahagún cita a ocho tipos de brujas y a alrededor de quince tipos de hechiceros (incluyendo a oráculos, curanderos, magos, hipnotizadores y brujos verdaderos, los *nahualli*). Entre los más perniciosos se encuentran los “hombres-búhos” (*tlatlacatecolo*), quienes producían la enfermedad y la muerte, los caníbales *teyolloquani*, hambrientos de corazones, y los *tecotzquani*, quienes se alimentaban de las pantorrillas de los seres humanos. Asimismo, había hechiceros y curanderos que sanaban a los enfermos mediante brebajes herbáceos, masajes, baños de vapor, hipnotismo y autogestión, que extraían guijarros del sitio en donde se localizaba el dolor o que extraían gusanos de dientes infectados, que desangraban a sus pacientes, etc... Sus diagnósticos se basan primordialmente en la adivinación, arrojando granos de maíz, “observando el agua” y empleando muchos de los trucos de los curanderos dispersos por todas partes del mundo. Uno de los indicios que reflejan los grandes adelantados en la medicina indígena son los esqueletos trepanados encontrados en múltiples ocasiones en cementerios indígenas. Se descubrieron orificios circulares con extremos perfectamente sanos, de los cuales se deduce que el paciente había logrado sobrevivir a esta operación tan delicada.

El culto a los muertos

Los zapotecas ven a la muerte sin temor alguno, como algo inevitable y como parte del destino de cada individuo. La gente habla de la muerte, aun de la suya, como la cosa más natural de mundo. Parece como si un instinto misterioso advirtiese a las personas mayores de la proximidad de la hora de su muerte, de modo que con frecuencia

solicitan a sus hijos e hijas que permanezcan cerca de ellos y que no salgan de viaje para que los acompañen al momento de morir. No es que éste sea un capricho de anciano, sino que es visto como toda una realidad. Por supuesto existen los presagios de muerte ordinarios, como el grito de una lechuza, creencia universal en el México indígena, la presencia de una gran mariposa negra en la casa (a diferencia de ello, una mariposa roja significa alegría y fiesta) y el soñar la caída de los dientes, creencia curiosa que parece limitarse a este hecho.

La serenidad aparente con que se enfrenta a la muerte y la escasa importancia que concede a la vida humana son características que se le atribuyen al indígena, que pueden ser comprensibles considerando el fatalismo del que adolecen los indígenas y católicos, el cual coinciden con la creencia de que la vida terrestre es algo meramente pasajera en el cielo de la existencia, una prueba a soportar como sacrificio previo a la vida en el más allá. La puerta está en manos del destino (o en manos de Dios) y es inevitable “al llegar la hora de cada uno”. Hay un comentario muy común que se escucha cuando se anuncia la muerte de un amigo o pariente: “pobre mujer, por fin descansará en paz”. La antigua creencia zapoteca en el mundo de los muertos, en el otro mundo, “el sitio del eterno descanso”, tiene una semejanza pintoresca al concepto católico del cielo, del purgatorio y del infierno, con sus ángeles con alas, vestidos con largas túnicas, tocando trompetas y sus diablos negros, velludos, con cuernos, colas y horcas.

El funeral

La muerte de una conocida nuestra, de una anciana del barrio de San Jerónimo, nos permitió presenciar los ritos funerales de Tehuantepec y aunque quizá existan diferencias locales o individuales, las normas generales de las costumbres funerarias de Juchitán e Ixtepec coincidieron con este caso. Para cuando la mujer entró en estado de agonía, sus parientes más cercanos se encontraban ya cerca de ella, solicitando, asimismo, la presencia de un rezador. El profun-

do suspiro que escapó de la mujer fue considerado como señal de que su alma había abandonado ya su cuerpo. Una extraña sensación envolvió a los miembros de la familia, dotados anteriormente de una extrema serenidad, mientras se iban reuniendo, sobre todo las mujeres, las hijas y las hermanas, dando rienda suelta a sus gritos desesperados, al tiempo que exclamaban “joya de mi corazón!” (“*prenda de Iazidua*”), “¡mamacita!” (*ñyláawi’ni stiné*), alaridos incoherentes, estremecedores y expresiones dramáticas de histeria. (Sin embargo, si el difunto fuese un niño o una muchacha o muchacho “virgen” aún, su espíritu, aun ajeno al pecado, iría directamente al cielo, lo cual, indudablemente, es una bendición. Cuando ello ocurre, no debe haber luto, ya que el funeral se torna en un acontecimiento alegre. En Juchitán es costumbre hacer explotar cohetes y en Tehuantepec se acostumbra a que, mientras se vela al joven difunto, estén sus compañeros cantando y tocando guitarra en torno suyo).⁴⁶

Los parientes distantes y vecinos llegaron más tarde a casa del difunto para abrazar y ofrecer sus condolencias a los afligidos y a depositar sus donativos, de veinticinco centavos a dos pesos, para ayudar a cubrir los gastos del funeral. Se le puso a la difunta a su mejor vestimenta, la mejor falta de caracol y el mejor huipil de encaje que la anciana poseía, peinando su pelo cuidadosamente. (Si se tratase de un anciano, se le pondría un sombrero de charro de fieltro rojo con un gran galón de plata para su entierro. A los niños y a los jóvenes difuntos se les viste con una mortaja hecha especialmente para ellos como la de una novia, santo o ángel, hecha, de preferencia, por alguien asignado por el difunto, antes de morir).

⁴⁶ Se nos dijo que en Tehuantepec existe la costumbre de celebrar un “baile-velatorio” al noveno o último día de rezos para una muchacha o muchacho soltero, cuyo objetivo es “casar” simbólicamente al alma virgen con una novia o novio en plena juventud, un amigo o novio antiguo del difunto, quien permanece sentado toda la noche en dicha fiesta macabra. Por muy morbosos que parezcan, estos extraños conceptos pueden ser atribuidos quizás a una interpretación peculiar de la ideología católica, aunados al afán de mostrar un efecto excesivo al difunto y a la actitud general mexicana de ver la muerte como algo natural y no como algo prohibido.

Posteriormente se colocó el cuerpo, no sobre una cama o petate, sino sobre el suelo, frente al altar de la casa, colocando su cabeza sobre una almohada pequeña puesta sobre dos ladrillos. Había cuatro velas de cera de abeja pura y flores de tuberosas, así como una copa de incienso. Un rezador se arrodilló frente al cuerpo para orar y para incensar el altar del santo y el cuerpo. Se recitó una letanía y las mujeres cantaron: “Elévense, elévense, almas no redimidas, puesto que el santo rosario destruirá sus cadenas”.

En vista de que había el suficiente dinero disponible, el velorio continuó durante toda la noche y todos acudieron a prestar ayuda. Se puso una mesa para los ancianos (*šwana*) y a los presentes se les sirvió café, pan mezcla y cigarrillos. Se cree que en Tehuantepec se pueden contratar los servicios de plañideras, ya que hace algunos años había una mujer que se hizo muy popular al llorar y lamentarse con sumo realismo en los velatorios, por lo cual recibía a cambio un pequeño obsequio. Sin embargo, desde que ella murió, esta costumbre ha dejado de existir.

Mientras tanto, se solicitó la presencia de dos grupos de parientes y amistades masculinas: uno en el palacio municipal para poner en orden la documentación del difunto y otro en el cementerio para cavar la fosa, recibiendo, a cambio de ello, un obsequio enviado por la familia de alimentos y bebidas. Habiendo quedado listos los preparativos, la procesión funeral se dirigió por la tarde al cementerio, encabezada por una murga que entonaba música melancólica de despedida, con melodías tales como “Paloma”, “La Golondrina”, “Dios Nunca Muere” (himno extraoficial del estado de Oaxaca) o cualquier melodía que solía ser del agrado del difunto. Los parientes más cercanos se encargaron de llevar el féretro, mismo que suele llevar inscrito el nombre del difunto, sobre una camilla sencilla. Sin embargo, en Juchitán se acostumbra construir una anda funeral a base de madera, tela, papel de seda y lentejuelas.

La procesión recorrió las calles principales. Al lado del féretro había hombres muy solemnes que cuidaban del mismo luciendo su mejor ropa del domingo, los ancianos con sus sombreros de fieltro rojo y su franja de plata. Inmediatamente después venían el esposo, las hermanas y las hijas de la difunta, mostrando una desesperación absoluta, luciendo dramáticas en su vestimenta negra, su pelo despeinado y sus enormes chales, llorando y gimiendo, llevadas en brazos o simplemente arrastrándose con la ayuda de manos amigas. Al final de la procesión había un grupo de plañideras, gimiendo a semejanza del coro de una tragedia griega. De camino al cementerio, se detuvieron frente a la iglesia del cementerio del barrio para que la difunta pudiese despedirse por última vez del santo patrón. Al llegar al cementerio, las autoridades pertinentes inspeccionaron el féretro para cerciorarse de que el cuerpo estuviese allí, ya que había casos en los que se enterraba a los cuerpos clandestinamente en el patio de la casa. Antes de sellar el féretro para siempre y de colocarlo dentro de la fosa, los presentes cantaron un último salmo y la murga tocó nuevamente la canción “Dios Nunca Muere”. Es costumbre que al llegar a este momento, las parientes más próximas del difunto irrumpen en una última demostración, violenta en extremo, de desesperación, habiendo inclusive que sujetar a una de las hijas de la difunta para evitar que se arrojase a la fosa. Formando una fila, todos lanzaron un manojo de tierra, antes de traspalear y de apretar la tierra. La fosa quedó convertida en un montículo largo y estrecho cubierto de flores y guirnaldas de franchipanes.

Las plañideras regresaron al hogar de la difunta para dar principio a los rezos, los cuales tenían que repetirse cada noche durante nueve días después del funeral, ante una réplica de la fosa de tierra y arena. Dicha fosa simbólica yacía sobre el suelo en el sitio en donde el cuerpo había descansado frente al altar del santo y estaba cubiertos de flores, con una vela en cada una de las cuatro esquinas. En Tlacotepec, un hermoso pueblecillo al lado de un riachuelo cercano a Ixtepec, se acostumbra plantar granos de maíz sobre la tumba, regándolos día a día, para que el maíz pueda dar fruto, de modo que

para el noveno día se había convertido ya en un maizal en miniatura. Según el pueblo de Tlacotepec, dicha costumbre encantadora no tiene otro objetivo como no sea el de la estética, pero cabe subrayar que el pueblo cree que aun cuando el cuerpo se haya ido, el espíritu del difunto permanece cerca de la familia durante nueve días. Hay personas que afirman inclusive que el difunto vive durante este tiempo bajo el santo que se encuentra sobre el altar.

Diariamente se cambian las flores de la fosa simbólica para sustituirlas por flores frescas, guardando las flores marchitas en una canasta. Trascurridos los nueve días, se deshacen el montículo, se recogen la tierra y las flores, para arrojarlas al río, al patio de la iglesia o al cementerio. Sólo hasta entonces se puede limpiar la casa. Se cuelgan de inmediato moños negros sobre la puerta de entrada y las ventanas, permaneciendo allí hasta quedar completamente destruidos y la familia guarda luto absoluto durante nueve meses. Las mujeres visten sólo trajes de color negro con holanes blancos en el borde de la falda, pero los hombres no llevan más que un listón negro sobre su brazo izquierdo durante cierto tiempo. El culto a un difunto se perpetúa por toda la vida. Cada jueves y domingo por la tarde, las mujeres llevan flores al cementerio para decorar las tumbas y no es sorprendente ver a una madre, esposa o hermana, fingir y representar una escena emotiva de amor hacia el difunto. En una ocasión oímos a una mujer, muy digna y de mediana edad, hablar a su madre, quien había muerto hacía más de veinte años: “¿Madrecita mía, porqué me dejaste? Perdóname por no haber venido a visitarte el domingo pasado, pero bien sabes que te sigo amando con el cariño de siempre...”. En una ocasión acompañamos a un amigo juchiteco, quien había permanecido en el extranjero por muchos años y quien iba ya de regreso a casa. Sus hermanos, hermanas y tías se encontraron reunidos para darle la bienvenida. Tan pronto puso un pie en la casa, se escuchó el explotar de los cohetes y una murga comenzó a tocar una *diana* en el patio, melodía que se toca en momentos de alegría. A ellos siguió el momento de los múltiples aplausos y, de pronto, como si se tratase de dar rienda suelta a la tensión emo-

cional del momento, todos irrumpieron en llanto, recordando a los parientes difuntos, quienes presenciaban la escena desde las fotografías que se encontraban colgadas sobre las paredes. No tardaron en recobrar su serenidad y de allí en adelante se sirvió un banquete alegre y suntuoso. La expresión de respeto al referirse a un muerto es la de “el difunto Fulano”.

El primer aniversario de una muerte se celebra con una gran misa para conmemorar al difunto y para pedir por su vida en el otro mundo. Presenciamos una misa celebrada en honor del famoso guerrero, el General Laureano Pineda, líder del patio político “Rojo” (conservador) de Juchitán. Sus amistades y parientes se reunieron a primera hora de la mañana en casa del hijo del difunto y, acompañados por una murga, se dirigieron a una capilla pequeña cercana, la cual había sido previamente decorada con rosas de *bičiča* tejidas, con hojas y ramilletes de tuberosas. El rango de Laureano Pineda como general y líder del pueblo, exigía que la misa fuese celebrada en la catedral de San Vicente, pero se dijo que el único sacerdote que había en la región se rehusaba officiar en la iglesia del santo patrón, ya que parte de los cimientos de la iglesia habían sido “profanados” por el taller industrial de la nueva escuela que, de hecho, es la más moderna y cuenta con el mayor número de asistencias (más de mil estudiantes) en todo el Istmo. Es así como el astuto sacerdote espera poner a los hombres sencillos y devotos de *Sha-bizende* (San Vicente) en contra de la escuela. El anciano sacerdote cobró cincuenta pesos por officiar la misa, una pequeña fortuna para la mayoría de los integrantes del pueblo y sólo accedió a ir de su hogar, ubicado en Ixtaltepec, a Juchitán, tras de haber hecho alquilar un automóvil para llevarlo al punto de destino.

La misa tuvo lugar en capilla en donde se había congregado ya una multitud. El sacerdote atropellaba las oraciones en latín, cantando a un féretro simbólico negro, cubierto con floreros de tuberosas y velas de cera de abeja pura, entre nubes de incienso, acompañado por una orquesta desafinada de clarinetes, saxofones apaleados,

trompetas y trombones, tocando con igual devoción los fragmentos del siglo XVIII, los sones, valeses y música moderna de la región. La misa concluyó con una colecta para el sacerdote, que de antemano había sido ya bien retribuido. Los invitados regresaron al hogar del hijo del difunto en donde se les invitó a pasar a una gran mesa para disfrutar de un *guiñadó* (pollo en una salsa espesa de chile), con tortillas, atole y cerveza, para comerlo en absoluto silencio, el cual se sirvió en tres tandas con la ayuda de las mujeres de la casa. A medida que cada grupo fue terminando, acudió a dar gracias al atareado anfitrión, tomando otro grupo el lugar del grupo anterior. A medida que cada invitado iba acercándose a la mesa, depositaba una moneda de diez a quince centavos sobre un plato, la forma tradicional de cooperar y de aligerar la carga que estas fiestas ceremoniales representan para la familia.

Día de muertos

La ceremonia más importante en honor de los muertos se celebra el 2 de noviembre, Día de Muertos para los católicos, considerado quizá como una fecha tomada del Día de Muertos indígena antiguo (*šandu* en zapoteco), cuando los muertos vienen a la tierra para visitar a sus descendientes y participan de los alimentos y obsequios que les son ofrecidos sobre altares decorados en forma muy especial para dicha ocasión (*bigié*).⁴⁷ Nueve días antes de la fecha esperada⁴⁷ reina una atmósfera de fiesta. Todos están muy ocupados. En los cementerios se limpian y reparan las tumbas, cubriéndolas de flores; en los hogares se rezan oraciones por las noches y se ofrecen alimentos a los invitados. La llegada de los difuntos en la víspera del Día de Muertos va acompañada de cohetes, desplegando los colores del partido político de la familia, ya sea Rojo o Verde.

⁴⁷ Los rezos para el pueblo de Juchitán que vive en "el centro de la ciudad", se inician a partir del 23 de octubre y el 24 de octubre para aquéllos que viven "en la parte alta de la ciudad". Transcurridos los nueve días de rezos, el Día de Muertos se celebra el 31 de octubre y el 1 de noviembre, respectivamente.

Se cree que el alma no abandona definitivamente sus nexos terrestres sino hasta después de cuarenta días de su muerte, no habiendo, por ello, ceremonias u ofrendas para aquellos que acaban de morir hace menos de cuarenta días antes de la celebración del Día de Muertos. Cabe subrayar que hay ritos distintos para aquellos que han muerto en el lapso de un año, aquéllos que tienen “poco tiempo de haber muerto” (*šandu yá*); para aquéllos que tienen dos años de haber muerto (*šandu iropa*) y para aquéllos que tienen tres años de haber muerto (*šandu gyòna*).

En la noche oscura y ventiscosa del 1 de noviembre, fuimos a Ixtaltepec a visitar aquellos hogares en donde había habido muertes recientes, para ver los altares. Se suponía que los espíritus de los difuntos habían llegado la media noche del día anterior y que se encontraban visitando ya a sus descendientes. A lo lejos se veía la primera luz tenue, entre calles enlodadas, empapadas por la llovizna constante de los primeros nortes, provenientes de la casa de un ingeniero de minas con educación superior. Su madre había muerto ese año y puesto que tenía una buena posición económica, se creía que su altar era uno de los mejores. Un grupo de amigos se sentó afuera en el corredor, bebiendo y charlando en voz baja. Mientras tanto, las mujeres se sentaron en la sala, guardando absoluto silencio y contemplando el altar, una pirámide enorme de diversos niveles, decorada con recortes de papel blanco ribeteados con oro, llena de frutas y flores de todas las especies e iluminada por las llamas vacilantes de grandes y gruesas velas de cera de abeja pura y por un sinnúmero de pequeños quinqués de petróleo. Sobre aquella gran estructura destacaba la fotografía, amplificada y enmarcada, de la difunta anciana. Todo ello irradiaba abundancia y prodigalidad.

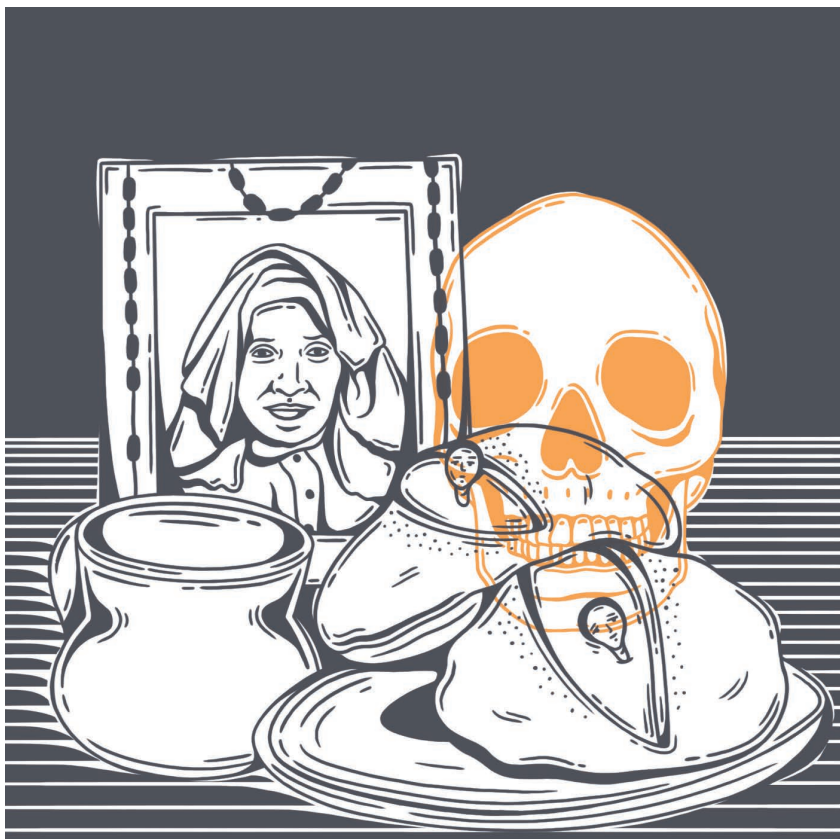
Al acercarnos a ver el altar con mayor detenimiento y tras una explicación ofrecida por parte del anfitrión, nos percatamos de que el altar se sujetaba a ciertos lineamientos obligatorios y que aquella ofrenda pretendía expresar detalles muy simbólicos. Sólo se usaba

cierto tipo de flores: ramilletes de *gié biguá*, la calenda puntiaguda de un vivo color naranja empleada por todos los mexicanos como flor de muertos, combinada con el amaranto de color magenta, ambas cultivadas especialmente para dicha ocasión. Había, asimismo, floreros de tuberosas y una guirnalda de una flor blanca muy pequeña traída de la maleza y conocida como *girisíña*, a la cual se nos pidió que tocásemos y que, con asombro, vimos que era frágil y seca. Por todo el altar había hileras de una planta silvestre con una flor naranja conocida como “gallito” y de otros insectos con alas traídos de la maleza. Por doquier se encontraban salpicaduras de flor de una palma pulposa conocida como *koros*. Las paredes estaban cubiertas con guirnaldas de *bichižá*, de frutas y pasteles, colgadas con clavos. Frente al altar había este tipo de frutas, por muy pobre que fuese y en una de las casas que visitamos vimos que las frutas estaban puestas de tal modo que formaban las iniciales del nombre del difunto. Había velas grandes y pequeñas, las más grandes para los parientes más cercanos y las pequeñas para los parientes más lejanos y para las personas ya olvidadas. Una vez concluidas se derritieron las velas usadas y se restituyó la cera consumida para hacer velas nuevas para el siguiente año.

Sobre el altar había todo tipo de alimentos: platoncillos cubiertos de pan, protegidos con servilletas blancas muy limpias, platos de tamales, tabletas de chocolate, dulces de coco, animalitos de azúcar y un sinnúmero de bebidas, de refrescos y de aguas para las mujeres y cervezas y mezcal para los hombres. También había paquetes de cigarros de la marca que la difunta anciana solía preferir y una caja de cerillos. Una pequeña copa de incienso completaba el decorado del altar. Las personas reunidas discutían sobre si los difuntos consumían o no la esencia de las ofrendas. Alguien insistía en que no había ya sabor alguno en los alimentos y que las frutas, pasteles y demás viandas pesarían menos al terminar la fiesta. Los descendientes y los niños de la casa comieron todo aquello que los muertos habían dejado.

Cuando los anfitriones supusieron que ya habíamos contemplado el altar lo suficiente, se nos invitó a pasar a la mesa, en donde se nos sirvieron tamales envueltos y tazas de café endulzado con azúcar morena. Visitamos ocho casas, algunas de ellas de estrato social elevado, otras demasiado pobres, pero siempre se nos trató con el mismo afecto y cortesía, ofreciéndonos tamales, café y mezcal. Habíamos comido ya un sinnúmero de tamales, pero ello parecía no importar a nuestros anfitriones quienes, haciendo caso omiso a nuestras súplicas, se deleitaban poniendo la mesa, quitando las hojas de plátano de los nuevos tamales e invitándonos a pasar a la mesa, contentos de poder demostrar su hospitalidad. Comimos ocho veces hasta el hartazgo en el banquete de muertos. Temimos herir los sentimientos de personas tan hospitalarias al rechazar los tamales que nos ofrecían, a pesar de que al día siguiente se nos había convidado a participar como invitados de honor en la mesa. Más tarde descubrimos, un tanto consternados, que la etiqueta en aquella ocasión dictaba el aceptar los platillos que se nos ofreciesen, el tomar unos cuantos bocados y el seguir adelante visitando las demás casas.

En las últimas casas que visitamos, ya en las primeras horas de la madrugada, mujeres y niños habían caído rendidos sobre unos peñales colocados sobre el suelo del corredor y del cuarto en donde se encontraba el altar. Sólo los hombres fueron desapareciendo poco a poco, sin hacer ruido, para seguir bebiendo mezcal, esperando a que amaneciese para llevar las velas a la iglesia y ofrecer una última oración a los difuntos.



Zoques

Ceremonias mortuorias

Carlos Basauri⁴⁸

⁴⁸ Basauri, *Op. Cit.*, Tomo III: 372. Cortesía del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas.

Las prácticas antiguas casi ya desaparecieron, por lo menos en los pueblos del sur. Cuando alguno muere, velan el cadáver durante la noche, colocando el cajón en medio de cuatro velas. Durante el velorio reparten café con pan, aguardiente, etc. Otro día hace comida para todos los acompañantes. El cadáver lo visten con sus mejores ropas, antes de colocarlo en el cajón. Generalmente colocan a sus muertos viendo hacia dónde sale el sol. Toda la familia guarda riguroso luto durante un año, y la viuda puede casarse nuevamente si tiene oportunidad.

Crónica de Santa María Chimalapa. El año de 1965.

*Carlos Muñoz Muñoz*⁴⁹

31 de octubre. El cielo está despejado cuando entremos al pueblo, y todo mundo anda activo preparándose con maíz, leña, hojas de plátano, etc., para los tamales de mañana, fiesta de Todos Santos. Ya hoy mismo están puestos los altares, en cada casa, con velas, veladoras, fruta, pan, flores, etc., para los niños muertos cuyos espíritus vendrán esta noche de visita a sus casas.

1º de noviembre. Varias veces algo en la madrugada a buscar el cometa, pero es por demás, pues sigue el norte con un cielo nublado total. Llovizna y hace frío. Este inmenso cometa Ikeya Seki me impresionó con su belleza. Quiero seguir viéndolo estos días, pero el norte que está hoy entró apenas ayer en la tarde.

⁴⁹ Carlos Muñoz Muñoz, *Crónica de Santa María Chimalapa*, México, INAH, 2015: 173-175, 234-235, 288-292. Carlos Muñoz fue un profesor originario de Durango (1931), su abuelo materno Andrés Muñoz fue ferrocarrilero, con él llegó al Istmo de Tehuantepec y vivió en Matías Romero. Estudió en el Seminario de Xalapa, trabajó en diversos sitios: prefecto en un colegio particular de la Ciudad de México, en la Facultad de Ciencias de la UNAM, en la reconstrucción de Chetumal después del huracán Janet (1955), fue maestro voluntario con los jesuitas entre los tarahumaras, realizó labores docentes en Oaxaca, San Luis Potosí y Chiapas. Trabajó en Santa María Chimalapa en 1961 y 1965.

Desayuno chocolate de pataste (chayote) y pan fino, como el más caro y fino que se pueda conseguir en una ciudad. El chocolate de pataste sabe a cacahuete tostado. El pataste se da en el pueblo y alrededores.

A mediodía comienzan a tocar las campanas doblando por los muertos grandes. Todas las casas están de fiesta porque hoy es el gran día en que vienen los muertos de visita. No hay necesidad de ir a verlos al panteón. Hoy y mañana nadie va al panteón.

Los dos sacristanes y los cuatro *masantakus* de servicio en la iglesia este año, están haciéndole paredes al campanario con varillas amarradas con majahua a los horcones, cubriendo luego todo este armazón con ramas verdes de todas clases. Hacen esto porque esta noche la pasarán ahí y los *masantakus* doblando las campanas toda la noche. Y está norteando. Ahora casi no hay borrachos. En la plaza pusieron tendedores llenos de ropa a secar. El suelo de la plaza está lleno de estiércol de vacas, bestias y marranos que se refugian ahí de la lluvia. En los pedazos limpios varios niños andan jugando canicas que han vuelto a estar de moda. Vienen las autoridades municipales, a decirme que quieren hacer junta mañana para pedir una cuota de dos pesos al pueblo y darme un anticipo para que venga yo de nuevo el año que entra. Les digo que yo no quiero hacer compromiso, que lo más seguro es que ya no regreso...

En la noche iba a haber baile, sólo que sigue el norte muy fuerte con rachas de lluvia y no hay nada. Las campanas doblan incesantemente, tocadas por los cuatro niños que están metidos en el campanario hecho casa de hierba verde. Algunos hombres y muchachos andan tomando en las cantinas y los dos tocadiscos trabajan de rato en rato. Tocan las cumbias que están de moda.

Es ésta una noche oscura y los altares de la ofrenda a los muertos resplandecen con sus velas prendidas en todas las casas del pueblo. En esta noche tempestuosa vienen las almas de los adultos muer-

tos a visitar sus antiguos hogares y encuentran su comida, su fruta, su trago de rebajado, sus tamales tan sabrosos, su pan, su chocolate de pataste, sus cigarros, su luz, todo con el cariño, la devoción, el recuerdo y el temor reverencial de sus familiares. La fiesta de Todos Santos es en Chimalapa como la Navidad en otras partes, como el Día de Gracias en Estados Unidos. En Todos Santos, en Chima, se hace la mejor comida, se matan marranos y guajolotes y gallinas para los tamales, y abundan el buen pan y las frutas variadas. Es la fiesta familiar número uno del año.

A las nueve de la noche, el norte es tan fuerte que parece huracán y hace crujir las láminas del techo de la escuela como si las estuvieran arrancando. Lluve torrencialmente y tocan las campanas.

2 de noviembre. Imposible ver el cometa con la nublazón. Siguen doblando a muerto las campanas. En la mañana traen preso a Amado Mendoza porque le quitó su lámpara de mano a un *masantaku* anoche, y a Goliat [Aureliano] porque lo acusan de haber destruido varias matas de café al tumbar un árbol para sacar miel de abejas del monte. Le piden que pague cincuenta pesos por los cafetos y él se niega. Se reúnen las autoridades, discuten, toman rebajado y Amado Mendoza y Aureliano son liberados.

El cielo está nublado claro. Hay canciones desde los dos tocadiscos. Me traen siete desayunos y como un poco de cada uno: pan exquisito, chocolate, tamales y café.

A mediodía la gente anda loca de gusto. Dejan de tocar las campanas y termina la fiesta de los muertos.

En la tarde todo el mundo sale a pasearse. Las muchachas y las niñas andan en grupo recorriendo la calle y los lugares donde de costumbre se reúnen los muchachos. Ya fueron a las arcosas que están por los tres árboles de mango cerca del Calvario; ya anduvieron por un lado de la iglesia y por el campanario... Los hombres

y los muchachos pasan y vuelven a pasar de cantina en cantina, o forman grupos y platican y ríen, al igual que las señoras que están todas afuera de sus casas. No recuerdo una alegría y convivialidad iguales en todo el año.

En la noche hay borrachos por todos lados y siguen el frío y las lloviznas de este Norte.

Narraciones escritas por los informantes

El Tecolote

A ese animal mucho le tiene contra la gente. Dicen que es un animal malo. Es negro, tamaño como de gallina, como un pollo, sus uñas grandes, largas, y sus ojos también. Su pico como de loro, así mero. En el ocote mucho se para. Dicen que cuando va a ir a parar en casa de la gente, esa gente ya va a morir. Así dicen. Grita feo. Una vez fue a parar en casa de Eleuterio López, y su papá sacó arma y lo mató. Y lo vieron toda la gente: mero en un palo de pimiento estaba gritando y entonces llegó en su casa. Era la medianoche y salió la gente y gritaron y se rieron y lo mataron ese pobre. Le tienen miedo, es feo. Y no se para como los pájaros, ni como la paloma, se para como gente. Come pollo chiquito, come pájaro, lo agarra, lo come. Dicen que come pescado también, que en el río lo saca. Anda de noche, porque de día no anda. De noche es que le gusta. Anda buscando rata. Puro en el techo se para, en el techo de la casa. Y entonces mucho da sueño a la gente y no se despierta, y lo sueña la gente y se pone triste.

Características sociales y económicas

La muerte

En la muerte de alguien enseguida se reúnen los familiares, aún los retirados, en la casa del difunto y, si pueden, hacen una enramada los hombres y matan animales, gallinas o marrano, mientras las mujeres se ayudan hacer tortillas y comida para todos los asistentes. Se llama a los ancianos principales para que vayan a rezar ante el difunto. Se hace el velorio: algunas mujeres lloran a gritos, hay lumbre prendida afuera de la casa y los hombres se emborrachan.

Un informante me platica que

En el velorio de un niño muerto los ancianos principales rezan en idioma y les hablan a los antepasados, a los que murieron antes, para que reconozcan al muerto, que es de su familia, que es de su sangre, que es de su pueblo; y les piden que lo cuiden, que no le vayan a pegar, que no lo vayan a maltratar, que lo cuiden, que le ayuden en la vida triste a donde va. Lo recomiendan también con las abuelas, con las mujeres que vivieron antes. Así es Igualmente cuando muere una gente grande-

En 1851, la expedición americana que exploró el Istmo anotó esto acerca de los velorios entre los zoques de San Miguel y Santa María Chimalapa: “Entre los indios zoques existe la singular costumbre de velar a los difuntos. Cuando muere alguno de ellos, todo el pueblo se reúne alrededor del cadáver con instrumentos musicales, y gran provisión de aguardiente. Por la noche hay baile y toda clase de desórdenes, dando aullidos y gritos diabólicos”. (Williams, J.J., 1852, *El Istmo de Tehuantepec*, México, p. 311).

Ahora ya no hay baile ni música en los velorios, solamente conservan los gritos y la borrachera con aguardiente rebajado con agua y azúcar. A veces anuncian por los tocadiscos el fallecimiento de alguien, y entonces tocan el vals de Macedonio Alcalá, “Dios nunca muere”, que se ha convertido en un himno fúnebre de los pueblos zapotecas del Istmo.

Al día siguiente, temprano, van grupos de hombres al panteón a cavar la fosa. No está uno solo en un caso de éstos; siempre tiene ayuda. He visto pasar los entierros a media mañana, a mediodía o a media tarde. Recuerdo que entre los tarahumaras de Chihuahua nos entró la noche en un entierro; pero aquí son a buena hora. Llevan el cadáver en su caja o ataúd que hace aquí un señor que sabe de carpintería. He visto cajas con el fondo abierto, sólo con travesaños como de una escalera. Va poca gente en los cortejos fúnebres; adelante van mujeres que llevan incensarios de barro despidiendo humo perfumado de goma de guapinol. Otras mujeres van atrás de los hombres que cargan el cadáver, llevando palanganas llenas de flores sueltas. No llevan coronas. Al último van los hombres, algunos borrachos.

Me platican que: “Toda su ropa del muerto se va con él, dentro de su caja, al panteón. Dicen que si guardan alguna ropa de él ‘busca sentimiento’ y lo sueñan mucho. Su cama del muerto la queman o la tiran en un barranco. Los trastos en que comía se los llevan con comida, café y tortillas chiquitas, a los nueve días, y allí se los dejan en sus tumbas, por eso se ven platos tirados en el panteón”.

Entierran al difunto junto a las tumbas de sus familiares. Las familias se entierran por surcos, por hileras, y entre los adultos se deja espacio para enterrar a los niños.

El panteón está al oesnoroeste del pueblo. El camino del panteón pasa junto a la iglesia de San Sebastián. Cerca del camino hay un pequeño barranco con mucha vegetación en que sobresalen los

helechos árboles. Adelante, por el camino, que en realidad es una vereda, encuentra uno de pronto las primeras tumbas, sin cerco alguno. Son estas tumbas unos montones de tierra amarilla, cubiertos algunos de flores, sin cruz ni más nada. Otros montones de tierra endurecida por las lluvias y el sol señalan otras tantas tumbas apenas visibles. En algunas se ven platos de china, buenos, ahí tirados. Luego hay varias tumbas de ladrillo y cemento, en forma de minúsculas pirámides escalonadas, sin cruz ni nombre. Estas son las tumbas de los ladinos.

El panteón es angosto y se alarga a los lados del camino; estrechado, devorado por un bosque de encinos de troncos delgados y altos, un bosque impenetrable, que ha ido envolviendo en sus raíces los esqueletos de la mayor parte de los muertos.

Los deudos más próximos guardan un luto oficial de siete días a los niños y de nueve a los adultos. Durante esos días de luto observan la abstinencia sexual. Los hombres no deben tener intercambio sexual con sus mujeres so pena de hincharse y morir. En esos siete o nueve días no deben ir a sus milpas o sembradíos a trabajar porque ven muchas culebras, es decir nauyacac de veneno mortal, o porque le puede hacer daño a la milpa. Sólo van a traer lo que se necesita con urgencia. Tampoco pueden ir a cosechar su café porque entonces ya no va a dar otro año, se va a morir todo el café. Hasta que pasen los días de luto podrán regresar a sus labores agrícolas.

A los siete días de muerto un niño, o a los nueve de un adulto, se hace un velorio en que se velan flores en el sitio donde estuvo tendido el difunto. Platicando con un informante hice esta anotación:

Antenoche hubo velorio en el barranquito, de los siete días de la muerte de una niña, y ayer en la mañana llevaron la flor al panteón; iba algo de gente acompañando. Hoy toda la mañana estuvo abierta la iglesia porque vino la familia de la niña, con un anciano principal que reza en idioma y les habla a los papás de la niña muerta. Les

dice: “que ya cumplieron sus siete días, que tuvieron su cuidado [la abstinencia sexual], que ya no venga el muerto a su casa, que ya se fue, que ahora sí puede ir el señor a su milpa, a su trabajo, que ya no va a pasar nada, que Dios va a perdonar, que ya no se acuerden de su hijita muerta, que ya no la van a soñar, ya no va a haber espanto, no va a haber tentación, que eso ya está bien, que ya pasó, que ya no lo piensen, que ya no lo recuerden”. Así les está diciendo, así está rezando el principal. A las doce del día cierran la iglesia y se van.

Igual es a los nueve días de la muerte de un adulto. Después del velorio de la flor, un anciano principal los limpia con flores para quitarles el encono, el calor del cuerpo, para que no vayan o morir. Luego llevan esa flor al panteón y al regreso llevan velas a la iglesia, acompañados por un anciano principal que va a rezar por ellos, y avisan al santo (Dios) que ya cumplieron su cuidado. Y ya entonces pueden volver a su vida normal.

No hay misas ni rosarios por los muertos. No se visten de negro ni hacen coronas de flores; las flores se llevan sueltas en palanganas.

La fiesta más grande por los muertos es Todos Santos, que celebran en las casas, no en el panteón, los días del mediodía del 31 de octubre al mediodía del 2 de noviembre. El primer día es por los niños muertos y el segundo día es por los adultos.

Afromexicanos

Entre las numerosas tradiciones locales de la Costa de Oaxaca está la *Danza de los Diablos*, que se ejecuta en varias comunidades costeras como Collantes, San Juan Bautista Lo de Soto y Santiago Llano Grande, todas con una sólida raíz africana. El texto que se incluye se desprendió de información obtenida en Santiago Collantes.

Danza de los diablos⁵⁰

Esta danza contiene elementos de origen diverso. Algunos de ellos datan de la época colonial, cuando surgieron las haciendas españolas en la Costa y emplearon la mano de obra de los esclavos negros. Los hombres y mujeres de raza negra fueron utilizados en las rudas jornadas de trabajo en el clima tropical de la costa del Pacífico. Su fortaleza, considerablemente mayor a la de los indígenas, propició que muchos hacendados de la zona introdujeran esclavos negros que sustituyeron o se mezclaron con la población.

⁵⁰ Instituto Oaxaqueño de las Culturas, *Festival Costeño de la Danza. Danzas y bailes de la Costa Oaxaqueña*, Oaxaca, CONACULTA, Gobierno del Estado de Oaxaca, 1994: 21-24. Información proporcionada por el Comité de Cultura de Santiago Collantes: Leoncio Alejandro Rojas Sánchez, Primitivo Mariano y Zenón Toscano Salinas. El texto se publicó debido a la celebración del Festival señalado, cuya primera presentación fue en 1994.

Aunque las guerras que independizaron al país de la corona española tuvieron como una de sus consecuencias sociales la abolición de la esclavitud, este logro no se llevó a cabo de manera efectiva inmediatamente, sobre todo en las zonas más alejadas y de difícil acceso, como las haciendas oaxaqueñas y guerrerense de la Costa. Aún después del término del sometimiento de indios y negros a los regímenes de encomienda y esclavitud, cuando fueron contratados como jornaleros siguieron viviendo en circunstancias similares a las que tenían siendo encomendados o esclavos.

Durante el tiempo transcurrido desde que los negros fueron arrancados de su tierra y traídos a la Nueva España, hasta fines del siglo XIX, siempre conservaron elementos de identidad cultural que los unieron y les permitieron soportar el duro destino que la historia les asignó. Entre esos elementos, algunos son de carácter religioso y artístico.

Cuando a principios del presente siglo (XX) estalló la Revolución Mexicana, un gran grupo de negros “tenangos” (gente andariega) huyó de su condición de jornaleros mal pagados en diversas partes del país y se dirigió hacia la Costa Chica en busca de medios para embarcarse y retornar a África. Debido a que era un grupo numeroso les fue difícil conseguir medios suficientes para partir, por lo que aceptaron la oferta del hacendado Dámaso Gómez, quién los empleó como jornaleros en una despepitadora de su propiedad. Ahí se quedó el grupo por algún tiempo, que se pensaba sería corto. Mientras tanto continuaron con sus ritos religiosos, principalmente en honor al dios Ruja, entre los que música y danza tienen un lugar destacado.

Al poco tiempo llegó a Puerto Minizo un barco que transportaba a un grupo de sonorenses que huía de la guerra del norte del país. Se establecieron en la región y convivieron con los tangos, haciendo una mezcla interesante de tradiciones y costumbres que enriqueció sus formas de expresión, incluyendo a la Danza de los Diablos.

La Danza de los Diablos es un ritual dedicado al espíritu del dios negro Ruja, a quien honraban y pedían ayuda para liberarse de sus duras condiciones de trabajo, es por eso que al inicio de la danza se le invoca con respeto y reverencia.

Actualmente el concepto de adoración al dios Ruja se ha reducido y sustituido por la veneración de los muertos, por lo cual se baila únicamente en el ritual católico de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos, los días 1 y 2 de noviembre. En un principio se acostumbraba que los danzantes recorrieran las casas donde había altares de muertos, en donde bailaban y comían. Luego se iban por las calles del pueblo hasta llegar a la calle principal encontrando finalmente un árbol frente al palacio municipal, que era el punto de reunión de toda la comunidad.

La danza se interpreta por un grupo de entre 16 y 20 personas que son todos los diablos, el jefe de éstos y la Minga, todos son danzantes masculinos.⁵¹ La influencia de los sonorenses es notoria tanto en el vestuario como en la ejecución de la danza. Los diablos se visten con ropas gastadas y rotas, en su mayoría color café con flecos en los bordes. Usan paliacates rojos en diversas partes del cuerpo: en una mano, en la cintura, en el cuello o en la cabeza. Todos llevan una máscara de madera con una cornamenta y pelo de crin y cola de caballo a manera de barba. El jefe de los diablos utiliza chaparreras y binza. La Minga usa una blusa tejida con un rebozo sobre los hombros, y una falda con flecos en la cintura y encajes blancos. Sostiene siempre una muñeca que representa a su hija.

El vestuario que utilizan, combinado con la altura y fortaleza de los negros, hace que den espectáculo impresionante. En la región

⁵¹ El grupo danza en torno a los dos personajes principales. El primero es el Diablo mayor, denominado "Terrón" en Collantes, "Tenango" en San Juan Bautista Lo de Soto y "Diablo viejo" en Santiago Llano Grande; se distingue porque porta chaparreras y en las manos porta una reata para castigar a los diablos que no llevan el ritmo adecuadamente. "La Minga" también es conocida en Collantes como "Chaneca" o "Diabla", una sátira de la mujer del hacendado que en este caso lo es también del Diablo mayor.

donde se practica la danza las madres cuidan a sus hijos pequeños cuando ven a los diablos recorrer las calles, ya que temen que se los lleven.

Una particularidad interesante es el tipo de instrumentos que se usan en la interpretación de la música de esta danza: una armónica, una quijada de res y un “teconte”⁵² (especie de tambor con el que se producen sonidos rítmicos por fricción de una vara larga con la piel que lo cubre).

⁵² El ritmo de la música es marcado por una armónica, enfatizado por la charrasca y por un instrumento tradicional llamado “teconte”, “tigrera”, “arcusa” o “bote del diablo”, que es una especie de tambor elaborado con un guaje o jícara de calabazo cubierto con piel de venado o perro, cuya percusión es provocada por la fricción de una vara cubierta con cera de abeja o de resina.

Oaxaca de Juárez

El Día de Muertos en la prensa

En *El Avance*, diario de los años revolucionarios, *El Importador* anunciaba la venta de coronas mortuorias, de porcelana; en ese mismo diario se publicaba un anuncio comercial del Dr. Herminio Acevedo, especialista en “enfermedades de las señoras”, quien tenía su consultorio en el número 2 de la calle de J. P. García (frente a la iglesia de San Cosme). La siguiente poseía es de la autoría del doctor Acevedo.

La Poseía de la Muerte⁵³

Tras la cumbre verdinegra
se hunde el sol
oficiemos en la tumba del que muere
y pidamos a Dios
que en la hora postrera de la vida,
el amor
nos envuelva con su manto de caricias:

⁵³ *El Avance*, Oaxaca de Juárez, 1° de noviembre de 1913.

la oración
 y un sudario de lágrimas y besos.
 ¿Tiene el sol
 amplio manto de estrellas luminosas
 que cintilan (rezan)
 y parpadean (lloran y besan)
 llorando y besando con pasión
 las postreras claridades del Ocaso?

Cayó el sol
 tras la cumbre verdinegra
 y el crespón
 enlutado de la noche, tiene estrellas
 que cuidan con amor
 esa tumba grandiosa que en su seno
 guarda al astro que murió.
 ¡La vida siempre acaba! Mas pidamos,
 sí, pidamos a Dios,
 que a la tumba que guarde nuestros restos
 vaya el ser que nos amó
 y nos lleve, con dulzura de tristezas,
 ¡una lágrima...!
 ¡una flor...!

En los años veinte, el diario *Mercurio* publicó algunas notas sobre la visita de los habitantes de la ciudad de Oaxaca al panteón general, durante las festividades de Día de Muertos. En noviembre de 1921, la primera plana publicó la nota titulada: “En luctuosa caravana, una multitud discurrió ayer por las platabandas de nuestras necrópolis. Fastuosa fue la pompa con que ornamentaron los sepulcros.”⁵⁴ La misma refiere las visitas familiares a las tumbas y criptas, que una vez limpios se adornaban con flores, sobre todo guirnaldas de margaritas y rosas blancas; en algunos casos se colocaron alimentos (nueces, manzanas, mole, tortillas, plátanos). Se trató de una

⁵⁴ *Mercurio*, Oaxaca de Juárez, 3 de noviembre de 1921.

celebración muy concurrida, a la que la gente acudió vestida de luto; en los espacios alrededor del panteón, relata la presencia de vendimias (puestos de nieve, tamales, dulces y fruta) y cantinas.⁵⁵ Al año siguiente, el mismo diario consignó: “Ya en los panteones el espectáculo era sobre todo triste pero hermoso, artístico, conmovedor; era un conjunto de emociones profundas, de cariños tiernos, de amores inacabables...”.⁵⁶ A continuación se transcriben tres notas de periódicos de los años 1921 y 1933.

El día de Todos Santos⁵⁷

¡Oaxaca! Mi tierra, la de las más rancias originalidades; la que no puede dejar una Nochebuena sin engullirse un turrón con obleas tan coloradas como las mejillas de una niña de segundo patio. ¡Mi tierra! La que no puede admitir que los días de Pasión se coma carne, porque el infierno debe estar sin un diablo, tal y como están los bolsillos de un maestro de escuela, en eso de los dineros. ¡Mi tierra! Aquí, donde es una humillación que en Todosantos no se coma el mole no menos negro que las uñas de un tejedor, o del más pulcro bolero.

La Plaza Mayor de Todosantos, es algo que sólo para visto. Jadeante va la pobre mujer o la impaciente fámula o el pringoso cargador, llevando a las doce del día del sábado, una calabaza de las dimensiones de la cabeza de un Secretario Municipal (no es alusión a Bustamante), y junto con esto un canasto de fruta, condimentos para el mole, y en la diestra de éste, cuelga, patas arriba, un guajolote, único Lázaro que comienza su expiación desde el punto de vista quirúrgico en que la maritornes le amputa el pescuezo, continúa su calvario cuando ha

⁵⁵ *Mercurio*, Oaxaca de Juárez, 3 de noviembre de 1923.

⁵⁶ *Mercurio*, Oaxaca de Juárez, 3 de noviembre de 1922.

⁵⁷ *Mercurio*, Oaxaca de Juárez, 30 de octubre de 1921.

llegado a los intestinos convertido en bolo alimenticio. ¡Ay! Prefiero callar cuál es la última morada a donde depositan sus despojos.

La víspera de Todosantos todo el mundo llega rendido a la cama. Los fogones flamean despidiendo el color capitoso de la calabaza que humeante entre la olla toca un redoble con acento abaritonado. En el bracerero hierve un líquido gelatinoso que tiene que convertirse en nicuatole mientras del gato, con ojos codiciosos, mira pendiente del garabato el guajolote que ya está descuartizado mostrando sus piernas desnudas cual si también el vistiera falda rabona que hoy en día llevan nuestras niñas de moda.

Por la noche, es costumbre que se pinte a los niños, se les sujete una escoba, un libro, según sea el ingenio de los que fraguan la travesura.

Esto trae a mi memoria algo demasiado trágico en varias líneas dejaré apuntado:

Éramos varios pupilos del Colegio de aquel famoso canónigo Ignacio Merlín. Estábamos en vísperas de Todos Santos y como cualquier hijo de vecino teníamos también que solemnizar la noche de las travesuras. Con este motivo nos encaminamos los internos a la sala de dibujo, en donde estaba colgado un esqueleto humano de tamaño natural. Lo descolgamos y sigilosos lo colocamos al lado del mozo que dormía cerca de nosotros. Cuando el desgraciado hubo despertado y vístose dormir con un espectro, fue tanta su impresión y tal choque tuvieron sus nervios que el desgraciado desde entonces no pudo articular palabra si no fue dos años más tarde en que a costa de los bolsillos de nuestros padres lo llevaron a un sanatorio de México.

Pero volvamos a la festividad de los actuales días. Es el día primero. Si se visita alguna casa (generalmente queda ésto entre la clase media y la humilde) descubriremos a primera vista el altar de las ánimas que yo llamaría el altar de los comelones.

Sobre una mesa y puestos de pie, se erigen los muertos elaborados por los más pulcros tahoneros que les ponen caritas de harina que más parecen haber acabado de abandonar un hospital de los modernos en que el estómago vive en menguante y el hambre en creciente (con permiso de D. Panchito Muñozcano), en la misma mesa se ven dos o cuatro gigantescas cañas exprofesas para este tiempo y diseminadas en la superficie de la misma mesa, tejocotes, nueces, jaleas, calabaza en almíbar, nicuatole y en el centro de todo esto, un vaso de agua y una lámpara de aceite.

El vaso de agua para que tomen el líquido las ánimas que entran a las doce del día y la lámpara arde en su honor, como indicándoles que en medio del festín, también tenemos aceite de higuierilla para los muertos.

A las doce del día comienza el ataque con todas golosinas y cuando han soñado las tres de la tarde, seguramente que no hay bicho viviente que lleve el estómago como farol de retreta, porque todos tienen más balastre en los intestinos que mugre en su americana el airoso Pancholín.

En cambio, en las calles, hay algo verdaderamente típico. Pues en las vendutas improvisadas de juguetes, se ven monigotes de papel llevando sobre los hombros la caja fúnebre en donde se simula hay un cadáver, ingenioso símil de nuestros antepasados al haber representado con estas figuras, a ciertos elementos sociales que ni después de muertos nos dejan descansar.

El Día de los Muertos⁵⁸

Desde siempre, la consideración de los que han sido llevados en hombros, rumbo a la sepultura, ha sido espontáneamente constante. Porque constante es la preocupación doble del “más allá” y de los afectos perdidos; porque intriga el silencio, profundamente misterioso, de lo invisible, y la niebla tenaz de las cosas de ultratumba. Pretendemos desligarnos de “ellos”, y nos sentimos sometidos aún a una acción, de manera ignota; pretendemos que somos monarcas, y sentimos que “ellos” no nos obedecen; intentamos, a veces, una respuesta de las bocas que hablan palabras hieráticas, y, a la postre, nos reímos de nosotros mismos y de las burlas de la ciencia.

Al fin, sobre las mutaciones de la nigromancia, queda en pie la sinceridad del corazón solamente; triunfan las rosas, mejor que la cábala, y la memoria, mejor que los experimentos.

Y el desfile de los vivos sobre los muertos, se repite indefinidamente: y, ¿cómo no? Si quienes vamos hoy, mañana seremos los visitados. La renovación es incesante; pero no nos podremos empapar, poseionar del hecho absoluto.

Es, de cualquier modo, amargo echar una ojeada sobre la miseria del puñado de tierra que nos ha de envolver, en la ola de sus gusanos, de sus reptiles y de sus raíces viscosas. ¡Si al menos, entonces, oyésemos los cantos de los pájaros poetas, al amanecer! ¡Si, al menos, pudiésemos cambiar de postura, sonreír a la vida de afuera, oír y reconocer los pasos de los vivos amados!...

Seremos como “ellos”, los misteriosos, los inmensos difuntos...

Noviembre 2 de 1921. José Santaella Ramírez.

⁵⁸ *Mercurio*, Oaxaca de Juárez, 2 de noviembre de 1921.

La longevidad en algunos pueblos del Estado⁵⁹

De los datos referentes a defunciones que han sido concentrados a este Departamento por el mes de enero anterior, hemos extractado los siguientes que dan una idea de la longevidad en algunos pueblos de nuestro Estado.

En los pueblos del ex distrito de Ixtlán fallecieron en el mes citado, en las edades, estado y ocupación que se mencionan.

Yolox	75 años	Casada	Molendera
Yotao	75	Soltero	Labrador
Teococuilco	74	Soltera	Molendera
Yolox	90	Viuda	Molendera
Cacalotepec	80	Casado	Labrador
Cacalotepec	80	Casado	Labrador
Cacalotepec	70	Viuda	Molendera
Calpulálpam	105	Viuda	Molendera

Ex distrito de Tlacolula

S. Pablo Güilá	70 años	Viuda	Molendera
Totolálpam	70	Soltera	Molendera
Teotitlán del V.	70	Soltero	Labrador
Quialana	74	Soltero	Labrador
Mitla	75	Soltera	Molendera
Teotitlán del V.	80	Soltero	Tejedor
Sta. María A.	100	Soltero	Labrador

⁵⁹ Esta nota, de León Olvera, apareció en el periódico *El Oaxaqueño*, Oaxaca, 26 de marzo de 1933.

Ex distrito de Cuicatlán

Sta. Ma. Pápalo	70 años	Viuda	Molendera
Nacaltepec	70	Viuda	Molendera
Chiquihuitlán	72	Casado	Labrador
Chiquihuitlán	80	Viuda	Labores domésticas
Cuyamecalco	100	Soltero	Labrador

Como se verá en los tres Distritos mencionados son varias las personas que murieron, de los 70 años en adelante, llamando muy especialmente la atención los tres casos en cada uno de los distritos, que alcanzaron la respetable edad de 100, 100 y 105 años.

Es de advertirse también, que en su generalidad estas gentes -labradores y molenderas- se dedicaban a trabajos rudos y además que las mujeres habían pasado todas por el estado agotante del matrimonio.

Y si se toma en cuenta que estos individuos pertenecen en su totalidad a la raza indígena pura, y que su alimentación, bastante conocida, es enteramente frugal; resulta más admirable todavía la fortaleza y resistencia de que dan idea estos casos notables de longevidad de nuestros aborígenes.

De profundis

Jacobo Dalevuelta⁶⁰

Fina octubre. Tardes otoñales en que la ciudad se viste de tul. Azur en el espacio, gotas de plata en los cielos. Vienen los primeros vientos del Norte en el tramontar vespertino. De los árboles caen las frutas en madurez. Si asomamos por el campo veremos a los hombres arrancando las mazorcas -colecta del maíz- ventrudas, repletas de grano... Veremos la pizca para la reserva familiar en el porvenir entrante. Maíz nuevo, frijol trigueño, calabaza “shompa”.

Cuando azota nuestra cara el aquilón y nos cubre de polvo los vestidos, en los hogares, la gente costumbrera alude a los difuntos:

- Aires de Todos Santos, comadre...
- Aire de Muertos, doña Rosita...

La sensibilidad se agudiza memorizando que llega el día de la recordación de los muertos; pero el pensamiento lúgubre pasa raudo; lo hacemos huir por inoportuno. Almibaremos la remembranza esperando asistir a la realización de las noches apolilladas de puro viejas; pero insubstituíbles.

Estoy bajo la impresión retrospectiva. Evoco: “Todos Santos - Fieles Difuntos”. Hecho afuera la emoción trasnochada y contradictoria que escribo así: pánico por la visita de los espíritus, estímulo del gusto ante la perspectiva de gulusmear y de hartarme de golosinas.

⁶⁰ Jacobo Dalevuelta, *Cariño a Oaxaca*, México, ediciones Botas, 1938: 129-136. El escritor Fernando Ramírez de Aguilar (Oaxaca, 1887; Ciudad de México, 1953) utilizó el pseudónimo de Jacobo Dalevuelta en sus escritos. Escribió para algunos periódicos de la capital del país durante la época revolucionaria; posteriormente trabajó en *El Universal*. Fue integrante de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de la Academia Mexicana de Geografía e Historia. En 1938 ediciones Botas publicó *Cariño a Oaxaca. Escrito para viandantes*, del cual se transcribe el retablo número 14 (de 19), titulado “De profundis”, que narra la fiesta de Todos Santos y Fieles Difuntos en la ciudad de Oaxaca. En 2016 apareció una edición facsimilar de la obra en la Colección *Las Quince Letras*, del Programa Fomento a la Lectura de la UABJO.

Dice la voz anónima que coge y propaga el rumor -superstición- que desde el día de Todos Santos, gozan los espíritus de un permiso divino especial para dejar la quietud del misterio donde moran y venir a la tierra con sus deudos.

Terror en aquellas noches en las que creía, sin lugar a discusión, que habríamos visita en casa, de los hermanitos de ultratumba, quienes a falta de cama propia buscarían bajo los cobertores, el calor de la mía...

Sopla el ártico y la gente dice: “Ya salieron los fieles difuntos”. Y hay quienes en el tránsito callejero musiten plegarias.

Las campanas doblan. Repiques funerarios, inocentes rogaciones a Dios. Vestidos de luto. Peregrinar de mujeres rumbo a los panteones, provistas de escobas, regaderas, etc., para la limpieza y decorado de las tumbas olvidadas por un año entero. Hay que dejarlas relucientes; hay que decorarlas con flores inmortales, con pensamientos morados. Para el pueblo ignaro queda el zempasuchil. Describiría así una tumba: alfombra de heno, muestrario de cacharros conteniendo flores, candelabros y velas. Limpieza de la superficie marmórea que tiene grabado el nombre que llevó el difunto. Un epitafio. Muchas veces, en sitio visible, el retrato del ido, enmarcado en caoba.

La vida de los primeros días novembrinos es rememorante en todas sus manifestaciones: los tahoneros venden “pan de muerto”; los dulceros, afiligranan azúcares en forma de calaveras; los jugueteros pregonan sus “entierritos” y sus “tumbas”; los alfareros ofrecen los cráneos y esqueletos en barro cocido. En las iglesias se levantan túmulos y los oficiantes se visten talarmente con trapos negros con aplicaciones de oro.

Las veinte. La catolicidad reza “sudarios”, “réquiems”, “Deprofundis” y se cantan los Salmos del Rey David.

Crueldad risueña, hogares adentro.

- “Niño: como durante el año fuiste flojo y desobediente, esta noche te amarrarán los muertos”.

¡Pobres chicos! Desearían que otra vez se detuviera la marcha del Sol. En el examen, en la autocrítica, siempre tienen un saldo a su cargo. Piensan: “esta noche no me escapó, vendrán los muertos y me amarrarán”. Noche. Sueños inquietos, pesadillas que se suceden... llega la sombra misteriosa, rasga en tiras su mortaja y sujeta de pies y manos al arapiezo y los cabos los anuda en los pies de la cama. Grito de terror, despertar horrible. Yo algún día pasé por ese tormento.

La gente mayor pasa la velada en la cocina, con la complicada preparación culinaria para la ofrenda. Se guisa el mole negro, se muele el chocolate, se bate el “necuatole”. En las panaderías huele a delicia: pan de muerto, amalgama de harina flor, mantequilla, huevo, azúcar, anís y ciruelas pasas...

Día de los Fieles Difuntos es casi siempre, día de cristal. En las primeras horas algo de frío; el meridiano es tibio; por la tarde, el bóreas silba. Mañana. Tañido de campanas mayores que ruegan. (Las pequeñas cantarán villancicos por la Navidad). Tránsito de carretas cargadas con caña de Castilla con sus verdes rabos, penachos chalchihuites que parecen palmas que abatió la tormenta. Cañas encogolladas que arrastran y levantan el polvo del camino. Gentes enlutadas que acuden a los sufragios. Cruzarse de criadas que llevan “los muertos” a las amistades. Porque es imperativo de la costumbre que se obsequien entre sí, parte de la ofrenda cocineril del día.

Dentro de las casas, movimiento extraordinario. Dinamismo agotante con la erección del altar conmemorativo formado con mesas y cajones envueltos con papel y sobre cuyas superficies extiéndense los manteles largos. Los altares son producto de contradictorio paganismo, supersticiones, religiosidad; pero en conjunto son ritmo.

Prendido en la pared se ve al Cristo que llora, sangra y agoniza. Más abajo, sobre el muro también, está colgado añorante cuadro de “las ánimas”. Decoración: candelabros de bronce rutilante soportando velas con moños negros, color de oro la flama. Exposición de porcelanas y talaveras policromadas exhibiendo las galas de la cocina, expresiva demostración de la sabiduría de la Señora de casa en esos delicados menesteres.

Dice la tradición que los espíritus -nuestros huéspedes- refocílanse captando el aroma de los guisos. Al día siguiente, las viandas inodoras son pasto de la chiquillería glotona.

Tarde. Peregrinos al cementerio, transformado en ascua, en pebetero aromador. Vamos a escuchar sollozos de huérfanos y viudas; a mirar coqueteos de la juventud enlutada y... a presenciar inhumaciones de quienes la víspera aún pensaban -tal vez- en implorar por los difuntos.

Noche. Frente a los altares, lloran los cirios ardientes; las ánimas, se llevan los aromas de los platillos. Los deudos desgranán rosarios y claman con David, profeta-rey-poeta, la piedad inconmensurable de Dios.

La chica bien aprovechada, sueña romántico amor con el novio que le tiene prisioneras las manos, reja de por medio, en la ventana...

Besos, anhelos, promesas...

Calaveras literarias⁶¹

Las calaveras literarias suelen expresar puntos de vista, usualmente sobre determinadas personas y su conducta. Aquí se incluyen una sobre el general Vicente González, quien fue gobernador de Oaxaca entre 1940 y 1944; y otra, general, dirigida a quienes “no tienen calavera”.

General Vicente González

Es tan Grande la labor
de este honrado gobernante,
que destaca su esplendor
como estrella rutilante.

Hace un año, escasamente
que la nave del Estado
pilotea diligente
y es tanta la gratitud
de todos sus gobernados
que ya se deja decir
que quieren que se termine
su cuatrenio, entusiasmados,
y volverlo a reelegir.

Es floreciente al progreso
de nuestro querido Estado
su labor conciliadora,
con nadie lo ha malquistado.

Sus partidarios ahora
tienen gran satisfacción

⁶¹ Figaro, Oaxaca de Juárez, 1° de noviembre de 1941.

pues además de ayudarlos,
 les brindó su corazón.
 Eso de la reelección
 ha tomado gran revuelo
 en el reino del Panteón
 pues los muertos con gran celo
 recogen ya votación
 pues quieren que en su mansión
 terminen todos sus males
 y cifran sus esperanzas
 en el General González.

Todos aquellos que no tienen calavera

Desde tiempo inveterado
 del poeta pueblerino,
 la lira que él no ha colgado
 en esta época de muertos,
 intenta arrancarle un trino.

Es tan poca la ilusión
 que guarda en su corazón
 pues por causa del destino,
 sólo que esté enamorado
 escribe versos de dado.

Y si pretende vivir
 de lo que puedo escribir,
 lo despachan a dormir
 o se muere el desdichado.
 Por eso en esta ocasión
 hace versos al montón
 y a uno que otro encopetado.
 Si entre los predestinados
 no encuentra su calavera,

es, que no es bastante güera
o es que en verdad, no ha pecado.

En el drama del Tenorio,
hay personas principales
y comparsas de jolgorio,
si de estos fue su papel
y no causó muchos males,
reciba mi admiración
porque es un panal de miel.

Pero si por sanguinario
tienen miedo de nombrarlo,
permita Dios que al osario
se vaya, antes de encontrarlo.

No es temor, es precaución,
es preferible callarse,
a estar sin respiración.
Perdone esta digresión
mi musa debe esfumarse,
mas quiero hacerles patente
que en las fosas del panteón,
hay cabida para todos con buenos o malos modos,
todos deben sepultarse
cuando llegue la ocasión.





Fuentes

Archivos

AGEO Archivo General del Estado de Oaxaca. Fondo: Gobierno. Sección: Panteones.

AHNO Archivo Histórico de Notarías de Oaxaca. Escribano Thomas de caña, 1758, libro 179; Escribano José Manuel Álvarez de Aragón, 1722-1723, libro 33.

BJC Biblioteca Juan de Córdova. Fondo: Luis Castañeda Guzmán, Tomas de Monterroso, Exequias del obispo, 1678.

Publicaciones periódicas

El Avance

El Oaxaqueño.

Fígaro

Mercurio.

Oaxaca en México.

Bibliografía

Alcocer y Sariñana, Baltasar de, *Exequias a la traslación de los huesos de los ilustrísimos y reverendísimos señores obispos de*

la santa iglesia de Oaxaca. Por los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, en la puente de palacio, 1702.

Artes de México, *Día de Muertos. Serenidad ritual*, número 62, 2002.

Basauri, Carlos, *La población indígena de México*, 3 tomos, México, CONACULTA, INI, 1990 [SEP, 1940].

Barba de Piña Chan, Beatriz, *Iconografía mexicana V. Vida, muerte y transfiguración*, México, INAH, 2004.

Bazarte Martínez, Alicia, “Veneración de reliquias y cuerpos de cera en los días de los Fieles Difuntos y Todos Santos”, en: *La festividad indígena dedicada a los Muertos en México*, Patrimonio Cultural y Turismo, Cuadernos 16, 2006: 57-68.

Berlin, Heinrich, Gonzalo de Balsalobre, Diego de Hevia y Valdés, *Idolatría y superstición entre los indios de Oaxaca*, México, ediciones Toledo, 1988.

Butterworth, Douglas, *Tilantongo: comunidad mixteca en transición*, México, INI, 1975.

CONACULTA, *La festividad indígena dedicada a los Muertos en México*, México, CONACULTA, 2005.

CONACULTA, *La festividad indígena dedicada a los Muertos en México*, Patrimonio Cultural y Turismo, Cuadernos 16, México, CONACULTA, 2006.

Concepción Roque, Hilario, *Historia cuicateca*, Mérida, Yucatán, Grupo Impresor Unicornio, 2012.

Covarrubias Duclaud, José Miguel, *El Sur de México*, México, CDI, 2012 [1980].

Covarrubias, Sebastián, *Emblemas morales*, Madrid, Americana, 1610.

Cuadriello, Jaime, “Emblema heroico y sermón fúnebre: el retrato póstumo del capitán Manuel Fernández de Fiallo”, en: *Ciclos pictóricos de Antequera-Oaxaca, siglos XVII-XVIII. Mito, santidad e identidad*, Oaxaca, Fundación Alfredo Harp Helú, UABJO, 2012: 155-193.

Curiel, Gustavo, Antonio Rubial, “Los espejos de lo propio: ritos públicos y usos privados en la pintura virreinal”, en: *Pintura y vida cotidiana en México: siglos XVII-XX*, México, Fomento Cultural Banamex, Caixa de Girona, Fundación El Monte, 2002: 33-95.

Dalevuelta, Jacobo, *Cariño a Oaxaca*, México, ediciones Botas, 1938.

De Balsalobre, Gonzalo, “Relación de las idolatrías, supersticiones y abusos en general de los naturales del obispado de Oaxaca”, en: *Hechicerías e idolatrías del México antiguo*, México, CONACULTA, 2008: 207-248.

De Burgoa, Francisco, *Geográfica descripción del Polo Ártico de la América y nueva iglesia de las indias*, Tomo II, México, Archivo General de la Nación, 1934.

De Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005.

De la Fuente Chicoséin, Julio, *Yalalag. Una villa zapoteca serrana*, México, CDI, 2012 [1977].

Esteva, Cayetano, *Nociones elementales de Geografía Histórica del Estado de Oaxaca*, Oaxaca, Tipografía de San Germán Hermanos, 1913.

Flanet, Veronique, *Viviré, si Dios quiere. Un estudio de la violencia en la Mixteca de la Costa*, México, INI, 1977.

García Hernández, Tomás, Roger Merlín Arango (Comps.), *Muerte que vuelves*, México, Dirección General de Culturas Populares Unidad Regional de Tuxtepec, 1993.

Gay, José Antonio, *Historia de Oaxaca*, Vol. 1, Tomo 2, México, Talleres V. Venero, 1950.

González Esperón, Luz María, *La celebración de Muertos en Oaxaca*, México, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1997.

Greenberg, James, *Religión y economía de los chatinos*, México, INI, 1987.

Huerta Ríos, César, *Organización sociopolítica de una minoría nacional. Los triquis de Oaxaca*, México, INI, 1981.

Instituto Oaxaqueño de las Culturas, *Festival Costeño de la Danza. Danzas y bailes de la Costa Oaxaqueña*, Oaxaca, CONACULTA, Gobierno del Estado de Oaxaca, 1994.

Jiménez, Perla, “Juicio final y misa de difuntos: don Miguel de Mendoza, un pintor cacique en Sochixtlahuaca”, en: *Ciclos pictóricos de Antequera-Oaxaca, siglos XVII-XVIII. Mito, santidad e identidad*, Oaxaca, Fundación Alfredo Harp Helú, UABJO, 2012: 195-235.

Kuroda, Etsudo, *Bajo el Zempoaltepetl. La sociedad mixe de las tierras altas y sus rituales*, Oaxaca, CIESAS, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 1993.

Lind, Michael, “Arqueología de la Mixteca”, en: *Desacatos*, núm. 27, mayo-agosto, 2008: 13-32.

Lugo Olín, María C., *En torno a la muerte. Una bibliografía. México, 1559-1990*. México, INAH, 1994.

Lugo Olín, María C., “Enfermedad y muerte en la Nueva España”, en: *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo II. La ciudad barroca*, México, FCE, 2005: 555-582.

Malvido, Elsa, “La festividad de Todos Santos, Fieles Difuntos y su altar de muertos en México, patrimonio ‘intangibles’ de la humanidad”, en: *La festividad indígena dedicada a los Muertos en México*, Patrimonio Cultural y Turismo, Cuadernos 16, 2006: 41-55.

Martínez, Miguel, *Rosario quotidiano: sus misterios en decimas. Summa de sus indubitables indulgencias, y otras*. Exemplos, y facilimos [sic] sufragios ciertos de las benditas ánimas del purgatorio / por el Padre Predicador Fr. Miguel Martinez, de la muy Santa Provincia de Predicadores de Oaxaca, comisario del Santo Officio. Mexico, Imprenta de la viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1750.

Mendoza Luján, José Eric, “Que viva el Día de Muertos. Rituales que hay que vivir en torno a la muerte”, en: *La festividad indígena dedicada a los Muertos en México*, Patrimonio Cultural y Turismo, Cuadernos 16, 2006: 23-39.

Menegus, Margarita, “La nobleza indígena en la Nueva España: circunstancias, costumbres y actitudes”, en: *Historia de*

la vida cotidiana en México. Tomo I. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España, México, FCE, 2005: 501-521.

Molina Cruz, Mario, *Primeras interpretaciones de simbolismos zapotecos de la Sierra Juárez de Oaxaca*, Oaxaca, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, 2004.

Morales Prado, Wendy, “El ceremonial barroco de la muerte: exequias a un obispo novohispano en 1699”, en: *Vita Brevis. Revista electrónica de estudios de la muerte*, Núm. 4, año 3, 2014: 10-24.

Morera y González, Jaime Ángel, *Las pinturas coloniales de ánimas del purgatorio, Iconografía de una creencia, Tesis, Maestría en Historia del Arte*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1999.

Muñoz Muñoz, Carlos, *Crónica de Santa María Chimalapa*, México, INAH, 2015 [1977].

Pedro Castañeda, Alejandrina, *Riqueza ancestral de la cultura mazateca*, Oaxaca, Carteles editores, 2001.

Portillo, Andrés, *Historias y leyendas oaxaqueñas*, México, editorial Pérgola, 2015.

Ríos, Guadalupe, Edelmira Ramírez y Marcela Suárez, *Día de Muertos. La celebración de la Fiesta del 2 de noviembre en la segunda mitad del siglo XIX*, México, UAM, 1997.

Rodríguez Álvarez, M. A., *Usos y costumbres funerarias en la Nueva España*, Zamora, El Colegio de Michoacán y El Colegio Mexiquense, 2001.

Saldaña y Ortega, Antonio, *Oración fúnebre en las exequias del señor doctor don Pedro de Otálora Carabajal, arcediano de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Antequera del valle de Oaxaca, gobernador, juez provisor y vicario general de su obispado, consultor y comisario el Santo Oficio, protonotario apostólico de la Santa Sede Apostólica, comisario real y subdelegado de la Santa Cruzada, patrón de la iglesia y santuario de nuestra señora de la Soledad*, Puebla, Diego Fernández de León, 1691.

Sarabia, Justina, Isabel Arenas, “Andaluces en Zacatecas (México), 1700-1750. Sus devociones y ritos ante la muerte”, en: *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna*, Huelva, Universidad de Huelva, 2002: 209-226

Séjourné, Laurette, *Supervivencias de un mundo mágico. Imágenes de cuatro pueblos mexicanos*, México, SEP, FCE, 1985.

Signorini, Italo, *Los huaves de San Mateo del Mar*, México, INI, 1991 [1979].

Tavárez, David, *Las guerras invisibles. Devociones indígenas, disciplina y disidencia en el México colonial*. Oaxaca, CIESAS, UABJO, El Colegio de Michoacán, UAM, 2012.

Terraciano, Kevin, *Los mixtecos de la Oaxaca colonial. La historia ñudzahui del siglo XVI al XVIII*, México, FCE, 2013.

Torres Medina, Violeta, *Canciones de vida y muerte en el Istmo oaxaqueño*, México, INAH, 1984 (disco LP).

Turner, Paul R., *Los chontales de los altos*, México, SEP, 1973.

Valero, Ana Rita, “Muerte y duelo en la Nueva España”, en: *Iconografía mexicana V. Vida, muerte y transfiguración*, México, INAH, 2004: 243-261.

Villa Rojas, Alfonso, *Los mazatecos y el problema indígena de la Cuenca del Papaloapan*, México, INI, 1955.

Von Wobeser, Gisela y Enriqueta Vila Vilar, *Muerte y vida en el más allá. España y América. Siglos XVI-XVIII*, México, UNAM, 2009.

Weitlaner, Roberto, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1977.

Zafra, Gloria (Coord.), *Día de Muertos en Oaxaca. Panteones, altares y comparsas. Apuntes de la tradición y el cambio*, Oaxaca, UABJO, 2014.

Zárate Toscano, Verónica, “La muerte y su noble ceremonia en Nueva España. Siglo XVIII”, en: *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna*, Huelva, Universidad de Huelva, 2002: 373-379.

Zilbermann, María Cristina, “Idolatrías de Oaxaca en el siglo XVIII”, en: *Los zapotecos de la Sierra Norte de Oaxaca. Antología etnográfica*, Oaxaca, CIESAS, Instituto Oaxaqueño de las Culturas, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998: 147-165.



La celebración de las Fiestas de Muertos en el Estado de Oaxaca se imprimió en los talleres de Productos Gráficos El Castor S.A. de C.V., con domicilio en Mártires de Tacubaya No. 1-C, Ex-hacienda Candiani, Oaxaca, Oax., en febrero del 2020

Esta edición consta de 1000 ejemplares.

